

AUTORA ROMANCE MODERNO BESTSELLER AMAZON

Alto riesgo

Lee Vincent




WHITE LOTUS
HOUSE PUBLISHING

Alto riesgo

Lee Vincent

www.leevincentbooks.com

PRIMERA EDICIÓN ENERO 2019
WHITE LOTUS HOUSE PUBLISHING

Alto Riesgo

Todos los derechos reservados © Lee Vincent

SafeCreative # 1901189669301 (Obra inscrita el 17 de enero de 2019)

Queda prohibida la reproducción de esta obra de manera parcial o total sin el consentimiento de su autora.

Contacto:

Email: leevincentauthor@gmail.com

Blog: www.desdemiescritorio.info

Facebook: Lee Vincent Escritora

Twitter: [@AutoraVincent](https://twitter.com/AutoraVincent)

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Nota de la autora: Cuando lees piratería pones en peligro tus equipos, pero no solo eso, pierdes las actualizaciones de la historia. Actualizaciones de escenas y nuevos personajes. No auspicias el robo intelectual porque robar un libro es el mismo delito que robar un banco.

Dedicatoria

*A todos los que de una u otra forma se sienten renegados.
Nunca olviden que siempre existe una redención.*

Preámbulo

—¿William Taylor?

El hombre rubicundo y fornido, cuyos brazos estaban cubiertos por tatuajes, dejó de arreglar la motora Harley Davidson y giró la cabeza para encontrarse con un dúo de policías. Enseguida evocó el momento de su captura en Nashville, hacía ocho años y medio. Precisamente, dos agentes se habían presentado a la casa móvil de su novia. Le parecía escuchar los gritos de Rachel cuando lograron ponerle las esposas.

—¿En qué puedo ayudarlos?

No dejó su postura acuclillada frente a la moto. Parecía no importarle la presencia de los gendarmes, no obstante, en su interior pensaba en qué nuevo lío estaría metido.

—Tiene que acompañarnos a la delegación —dijo el mayor de los policías con voz de mando.

Will tiró una de las herramientas para limpiarse las manos grasientas con un paño mugroso. Aquel incidente retrasaría su intención de regresar a Nashville esa misma tarde.

Se incorporó despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo a su favor. Buscaba tentar la paciencia de aquel par. Vio de reojo a la vieja Lena acercarse y le hizo señas para que la mujer desistiera y regresara a la casa remolque.

—Will... —dijo la mujer con voz llorosa.

—Entra en la casa, Lena. Hablaré un rato con los agentes.

La mujer hizo un mohín frustrado, pero al final obedeció a su sobrino y se escurrió en el interior de la humilde vivienda, sin embargo, no dejó de observar la escena a través de la tela metálica de la puerta.

—¿Y por qué debería acompañarlos? —dijo Will, envalentonado. Le desagradaba cualquier tipo de autoridad.

Los ocho años de encierro en la cárcel estatal de Tennessee fueron suficiente represión. Levantó su mentón en claro desafío.

—Está mañana encontraron el cuerpo sin vida de Mary Annie Cooper en el camino Clement.

De primera intención no supo cómo reaccionar ante la impresión que le causó aquella noticia. ¿Cómo era posible que Mary Annie estuviera muerta?

Era un hecho que odiaba a su madrastra y que sus discusiones eran legendarias, pero jamás hubiese imaginado la posibilidad de que alguien deseara asesinarla. ¿Y qué diablos tenía que ver él con todo eso?

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Will, ajeno a los detalles del fatal incidente.

—Usted mejor que nadie debe saberlo, señor Taylor. Es el principal sospechoso. Por eso estamos aquí.

—¿Sospechoso? —Levantó las cejas.

—Sabemos que usted estaba muy interesado en que la señora Cooper vendiera el rancho de su difunto padre para cobrar su herencia. Tenemos un testigo que afirma que la había amenazado.

—Deberá acompañarnos —recalcó el otro policía, quien hasta ese momento se había mantenido en silencio.

—No daré una declaración hasta no contar con un abogado —dijo Will con la mandíbula tensa.

Su pasado le había enseñado que debía ser precavido. Los años que pasó encerrado fueron producto de su ingenuidad. En aquel momento no debió confesar sin contar con la presencia de un abogado de defensa.

Aun así, los agentes procedieron a leerle sus derechos y conducirlo hasta el auto patrulla, después de reducirlo cuando le colocaron las esposas. Se repetía la historia, esta vez era Lena quien lloraba desde la entrada de la casa remolque.

—Llama a Tim y avísale que me han arrestado —gritó Will.

—Will... —decía la mujer en medio de sollozos.

—Tranquilízate, Lena. No voy a regresar a prisión.

Fue lo último que pudo decirle a su tía antes de que lo metieran en el auto de mala manera. Una vez más estaba a merced de la ley, con la gran diferencia de que al menos esta vez era inocente.

Capítulo Uno

Un mes antes...

Will Taylor parecía haber olvidado el árido paisaje que lo llevaba hasta el poblado de Towner, en Dakota del Norte, por eso estaba fascinado con el panorama que se develaba ante sí a medida que avanzaba por la ruta noventa y cuatro. Pese a que el verano acababa de iniciar, las altas temperaturas ya comenzaban a hacer estragos en la vegetación. Al menos, el día estaba despejado y las nubes formaban un mosaico de figuras bastantes llamativas.

¿Cuánto hacía que no transitaba por esos lares? La realidad era que hacía doce años huyó de ese lugar con una gran decepción... Desistió de la autocompasión y descartó los pensamientos. Los años y la calle lo habían vuelto inmune al dolor. Si retornaba era para reclamar lo que le correspondía. Luego de eso retornaría a Nashville para seguir con su vida entre motores de autos y motos de exhibición.

Llevaba varias horas conduciendo su moto y ya el cansancio le pasaba factura en la espalda baja. Calculó que restaban dos horas de viaje, por eso se detuvo en una estación de gasolina, a un lado de la carretera. Allí descansaría un poco y comería algo ligero. Hacía dieciocho horas que había iniciado aquella travesía, aunque había descansado en un motel de carretera durante la noche cuando dejó atrás el estado de Illinois.

Después de lavarse la cara en el lavabo de la misma estación y adquirir unas golosinas, salió de la tienda de conveniencias. Aprovechó para abastecer la moto de gasolina. Con suerte llegaría a Towner antes de que cayera el sol. Le provocaba emoción el hecho de que sorprendería a Lena y a Tim, pues no se esperaban su visita.

Recordó que su tía materna y su hermano mayor fueron los únicos parientes que lo visitaron en la penitenciaría estatal de Nashville en una época muy complicada. Bien decían los internos de la cárcel con mayores condenas: “Aquí es que se sabe quién te quiere de verdad. Escasean las esposas, los hermanos y los amigos. Las únicas que persisten son las madres”. Al principio, Will tuvo la esperanza de que los amigos de la hermandad de motociclistas fueran a visitarlo, pero todos, sin excepción, lo olvidaron.

Necesitaban desligarse del desastre que provocó William Taylor el día más fatídico de su vida en las escalinatas de la corte estatal del estado.

De nuevo desistió de los pensamientos. Se había prometido dejar la amargura de aquellos hechos atrás y mirar el futuro con optimismo. Era lo que hubiese querido David, su mejor amigo. Tampoco quiso recordar las circunstancias en que lo perdió.

Ahora regresaba a Towner para luchar por la herencia que le correspondía como hijo menor del difunto Lucas Taylor. Luego, retornaría a Nashville con dinero suficiente para adquirir su propio taller de reparación de motoras. Pena que su madrastra, Mary Annie Cooper, no le haría el camino fácil, pero la actitud de esa mujer era lo menos que le preocupaba. Llevaba meses amenazándolo a través de su abogado con que no le dejaría nada de la venta de las tierras de Sunny Hill. Un predio de prados verdes que cubría ochenta hectáreas destinadas a diferentes usos. Al momento, Mary Annie Cooper tenía tres cuartas partes de la propiedad arrendadas a uno de los ganaderos más poderosos de Dakota del Norte, Henry Bredford.

Will guardaba muy malos recuerdos de su madrastra, desde humillaciones hasta maltratos durante su infancia, episodios que ocurrieron ante los ojos de su padre, pero que el viejo Lucas Taylor ignoró. Empero, ahora Will era un hombre de treinta y un años y no un niño aterrado o un joven asustadizo. Además, la mujer estaba por cumplir ochenta años, por lo tanto, estaba vieja, cansada y amargada. Al final, la balanza de la vida lo favorecería.

En ese instante arribó a la estación de gasolina un grupo de hombres que descendió de una furgoneta cerrada. Su aspecto estrafalario convenció a Will de que aquel cuarteto acudía al lugar con el objetivo de provocar problemas. Uno de los sujetos pateó el bote de la basura que ubicaba en la entrada en clara provocación y otro regó los periódicos que descansaban en una estantería cercana a la puerta.

Tenían la misma facha de maleantes que Will lucía antes de ser apresado. Melenas largas, barbas abundantes y cazadoras de cuero, sin dejar de lado la bandana en la cabeza y el mosaico de tatuajes en los brazos. Will se giró para revisar la cantidad de gasolina que despachaba la bomba. Movié el pie izquierdo, intranquilo, si como con ese gesto apurara el proceso y restara atención a la llegada de los sujetos.

Peró recordó que la dependiente en el interior de la tienda era una joven incauta, que no debería alcanzar los veinte años. Disimuló estar distraído, pero en realidad observaba a uno de los tipos, quien se mantuvo tras el volante

de la camioneta. Asaltarían el local, no había dudas.

El grupo comenzó a amedrentar a la joven cuando rodearon la cabina de cobro. La chica apenas se movía.

«No es tu maldito problema, Will», pensó. Colocó la manguera de la gasolina en su lugar y se subió a la moto, sin embargo, cuando iba a dejar la estación, vio a través de los cristales de la tienda de conveniencias que uno de los hombres tomaba a la chica por el cabello. El sujeto logró sacar a la joven de la cabina a empujones mientras le lamía la cara. El sádico pasaba un cuchillo por el rostro femenino.

«Tienes un arma de fuego en la cintura, pero es para tu defensa, Will. Es un arma ilegal. No es mi maldito problema», pensaba. No obstante, no podía arrancar la moto sabiendo que aquellos infelices tal vez culminarían abusando de la chica y, en el peor de los casos, asesinandola. Oteó el camino que se abría ante su vista, una vasta pista de pavimento que lo alejaría de ese lugar tan pronto pusiera la moto en marcha. Jamás en su vida había deseado tanto la presencia de una maldita patrulla policiaca.

Entonces, se bajó de nuevo de la moto y caminó a la tienda de conveniencias. No tenía un plan definido. De lo único que estaba seguro era de que buscaría la forma de que la chica no saliera perjudicada.

—No estamos atendiendo clientes —dijo uno de los tipos tan pronto se percató de la presencia de Will.

El hombre estaba tras la caja registradora husmeando en su interior en busca de dinero.

—Vengo por unos cigarrillos —dijo Will disimulando no saber nada de lo que sucedía.

—Te dije que no estamos atendiendo, amigo. Es mejor que te vayas.

—Bueno... —dijo Will—. Entonces, quiero a la chica.

Otro de los tipos soltó una carcajada gutural. De seguro ese grandulón era el jefe. Buscaba una cerveza en uno de los refrigeradores. Destapó la botella con un abridor que cargaba en el cinturón de su mugriento pantalón vaquero y se bebió el contenido de un solo sorbo.

Era un momento de tanta tensión que se hubiese escuchado un alfiler al caer. Nadie se movía, apenas parpadeaban.

—¿La chica? —preguntó el que sujetaba a la muchacha por el cabello. Ahora el malhechor tenía el cuchillo cerca de la yugular de la joven—. Si la quieres, ven por ella.

Will observó al tipo por encima de las gafas de sol. Tenía que actuar

rápido y preferiblemente sin que se desatara una tragedia, en la cual saliera perjudicada la chica. Pero, sobre todo, tenía que procurar que no se viera comprometida su libertad condicional. Sabía que había cámaras de seguridad en el lugar, pero apostaría lo que fuera a que no funcionaban.

Levantó las manos en señal de tregua. Buscaba que los chicos rudos se calmaran. Existía una gran posibilidad de que antes del atraco hubiesen esnifado cocaína y eso exacerbaría su mal juicio. Lo sabía por experiencia propia.

—Hagamos algo —señaló Will—. Ustedes toman el dinero, yo me llevo a la chica.

—Este será nuestro festín, payaso —añadió el tipo que tenía a la joven, sujeta. El ladrón volvió a pasar su asquerosa lengua por el rostro aterrado de la chica.

—Lo que desean en realidad es el dinero —resolvió Will—. Pero si le hacen daño a la chica, les aseguro que no saldremos bien de este lugar.

El jefe de la pandilla sonrió con sorna mientras se acariciaba su enorme panza. Después de ese gesto despreocupado, el tipo soltó un sonoro eructo.

—¿Quién nos va a hacer algo? —preguntó el líder con tono mordaz—. ¿Acaso tú, Iron Man?

El tiempo corría en su contra, por eso Will, con las destrezas acumuladas por todos sus años como delincuente, sacó la pistola de la cintura en un gesto rápido y certero. Hirió al líder en el costado, lo que ocasionó que el hombre perdiera las fuerzas y cayera de rodillas. El tipo que estaba en la caja registradora intentó repeler el ataque al intentar disparar su propia arma, pero se le atascó el gatillo. Will aprovechó ese golpe de suerte para dispararle en la mano derecha. Restaba el tipo que sujetaba a la chica.

Al parecer aquel era el más idiota de los tres, pues no contaba con un arma de fuego, excepto por el cuchillo que sostenía de forma titubeante contra la garganta de la chica.

—Suéltala —dijo Will con un tono conciliador.

—Le rebanaré la garganta, si me disparas.

—Perfecto, idiota.

De todas formas, Will lo hirió en la rodilla y el tipo cayó al suelo revolcándose del dolor. El líder trató de incorporarse, pero Will lo remató con una patada en el rostro. La chica lloriqueaba mientras buscaba refugio detrás de Will.

En eso se escuchó el chirrido de las llantas de la camioneta cuando el

malhechor que aguardaba en el exterior arrancó el motor.

—Tranquila —le dijo Will a la joven después de encargarse de rematar a golpes a los delincuentes hasta provocarle la inconsciencia—. Estarás bien.

—Mi padre vendrá de inmediato —dijo la chica cuando alcanzó su celular—. Es el sheriff de Malcom.

Will caminó hacia la salida de forma sigilosa. Lo menos que necesitaba era un encuentro con ningún jefe de policía de ese remoto condado. Por mucha justicia que hubiese impartido contra aquellos delincuentes, su basto récord criminal siempre saldría a relucir en su contra.

Se subió a la moto y se perdió en el camino, con la esperanza de que las cámaras de seguridad del lugar, como casi siempre sucedía, no estuvieran funcionando.

Jill Hawkins acababa de iniciar su turno en la sala de urgencias del dispensario de Towner, un lugar recién inaugurado, con muchas dificultades en su operación, pero el único sitio que proveía servicios de salud a treinta millas a la redonda. Esa tarde la médica se sentía cansada y un poco irritable. Para variar, en la mañana, antes de dirigirse al trabajo, sostuvo una larga discusión con unas de sus tías materna, pues la solterona, Julie Cooper, insistía en que su única sobrina debería casarse y asegurar herederos. Quien le dio semejante sermón era una solterona empedernida y amargada.

La médica soltó un suspiro al dejar un expediente sobre el mostrador de la estación de enfermería en donde a esa hora de la tarde se desataba el caos por el cambio de turno de los enfermeros. Se acarició su larga cabellera rubia sujeta con una coleta a la altura de la nuca y se retiró los anteojos para dejarlos descansar sobre su cabeza.

—No te vez muy bien hoy —le comentó Stephanie Myers, su joven asistente, una chica que se encontraba en el último año de estudios de medicina. Era de constitución diminuta, vecina del poblado de Berwick, a unas cinco millas de Towner, y en los últimos seis meses se había convertido en íntima amiga de Jill.

—Creo que necesito vacaciones —reconoció Jill mientras revisaba los expedientes de los dos únicos pacientes que se mantenían hospitalizados de forma parcial.

—Un viaje a Cabo San Lucas —mencionó Stephanie con una sonrisa

enorme.

—Ojalá, pero esos sueños son para algunos suertudos y en esa lista no estoy yo.

Stephanie se le acercó para asistirle en la revisión de los expedientes.

—Creo que los puedes dar de alta —señaló la asistente—. Mujer con dolor estomacal. Seguro, gastritis. Anciano con presión arterial alta, pero ya está estable. Olvidó tomarse su medicamento.

Jill estaba harta de su rutinario trabajo en el alejado pueblo de Towner. Se sentía atrapada en aquel rincón de Dakota del Norte, sin posibilidad de escape. Como único pariente de las ancianas Julie, Chelsea y Mary Annie Cooper debía actuar de forma responsable con el cuidado de sus tías maternas, tal y como le pidió su madre antes de morir, hacía tres años. Su alto sentido de humanidad no le permitía abandonarlas a su suerte, mucho más ahora que Mary Annie, su tía mayor, había quedado viuda hacía unos meses y que Chelsea, la menor, iba perdiendo la vista de forma acelerada.

Llevar las riendas del rancho Sunny Hill se le estaba haciendo muy pesado a Mary Annie, pese a que la anciana tenía un carácter y una fortaleza casi sobrenatural.

La médica tomó los expedientes, le dio un último sorbo a su café y se dispuso a preparar los papeles de las altas. La alarma de una ambulancia acercándose espabiló al personal de urgencias. Eso solo significaba un choque de automóviles en la ruta dos o un anciano en problemas. Poco pasaba en ese pueblo remoto del norte del estado.

—¡Doctora! —la angustiada voz de Charles, uno de los enfermeros de turno capturó la atención de Jill enseguida.

Soltó los expedientes y caminó por el pasillo, hasta la entrada de la sala.

—Hombre de treinta y un años, golpe en el costado izquierdo y raspadura en el glúteo derecho —informó uno de los paramédicos mientras empujaba la camilla por el corredor.

El paciente estaba bocabajo. Para ayudarlo optaron por desnudarlo, aunque lo mantuvieron cubierto por una sábana que la doctora destapó para ver la herida. Trató de que el firme trasero del paciente no capturara su atención, pero era imposible. «No es la primera vez que ves a un hombre desnudo. Eres médica y estás entrenada para esto», se reprendió mentalmente.

Noto que el hombre tenía un tatuaje muy llamativo en su espalda, con unos círculos que iban disminuyendo de tamaño a medida que se acercaban a la estrecha cintura masculina.

La raspadura era seria, pero lo más que le preocupaba era lo que había mencionado el paramédico, el paciente tenía un golpe en el tórax que requirió que los paramédicos le aplicaran un sedante para el dolor, medicamento que lo mantenía semi inconsciente.

Después de recorrer el pasillo con rapidez, los paramédicos lo colocaron en una cama de hospital que dispuso Charles. Jill esperó fuera del espacio porque sería más fácil para el trío de hombres maniobrar con el paciente.

Cuando todo estuvo dispuesto, el enfermero le avisó para que Jill entrara en el reducido espacio.

De primera intención la joven doctora se quedó petrificada, sujeta a la cortina que fungía como pared y permitía mayor intimidad a los pacientes. ¿Qué diablos hacía William Taylor de regreso en Towner? ¿No se suponía que estuviera pagando una condena de quince años en la cárcel estatal de Nashville?

El corazón le latió con tanta fuerza, que le provocó un súbito vacío en el pecho. Rememoró la época en que ese hombre fue todo su mundo hacía doce años.

Capítulo Dos

Jill intentaba retrasar el inevitable enfrentamiento con Will, por eso desde que le informaron que el hombre recuperó la consciencia en su totalidad y que los exámenes radiográficos revelaron que la contusión del tórax no era seria, la médica se concentraba en poner al día los expedientes de los otros pacientes. No sabía a quien pretendía engañar, porque si había algo que detestaba en el ejercicio de su profesión era documentar. Incluso, tenía la loca idea de que algún día le pagaría a otra persona para que le hiciera las notas médicas.

No obstante, sabía que mantener un expediente con información actualizada la libraba de futuros problemas legales.

—El paciente de la cama tres está pidiendo algo para el dolor —mencionó Stephanie cuando le pasó por el lado para entrar a la estación de enfermeras—. Debes de ir a revisarle el trasero. Parece que es algo del otro mundo, pues las enfermeras no dejan de hablar de eso.

Jill soltó un suspiro, se retiró los anteojos y se convenció de que, ante una situación difícil e inesperada, no tendría otra alternativa que darle la cara. Apartó la pila de expedientes, se acomodó el estetoscopio alrededor del cuello y caminó con pasos lentos hasta el cubículo en donde una enfermera le curaba la herida a Will.

El hombre se quejaba cada vez que la mujer, de rostro ceñudo, se empecinaba en pasarle la crema antibiótico por el glúteo.

—¡Duele! —se quejaba el hombre.

—Lo sé, pero es peor si coge una infección, señor Taylor. Tiene que cooperar.

—¿Alguien sabe qué ha pasado con mi moto? —cuestionó Will.

Jill bufó. Como siempre, el niño Taylor le daba más importancia a su moto que a su vida. Recordó la última discusión de ambos en medio del camino de grava de la vivienda de la familia Cooper, frente al viejo portón de madera que servía de entrada al rancho. Los dos reclamaban, aunque Will, sacado de quicio, gritaba groserías. No contra ella, sino contra el mundo de los adultos que no permitía que se amaran sin prejuicios. Jill sería médica y él un delincuente común, punto. Ese era el cruel destino de ambos, el cual no podían

eludir. Razón suficiente para no poder estar juntos.

El padre de Jill amenazó al joven de diecinueve años con acusarlo con la policía por seducir a una niña, pues a la chica le faltaban cuatro meses para alcanzar la mayoría de edad. «Vámonos a Nashville, Jill», recordó el último ruego desesperado de Will. Ella quiso dejarlo todo por ir tras él. Renunciar a sus comodidades, a su familia, a ese futuro prometedor que le esperaba en Duke University.

Al final, soltó la mano del joven en el último tramo de escape y se negó a subir en aquella moto. Una cosa era que estuviera loca por William Taylor y otra que no reconociera que el joven le ofrecía una simple quimera.

Como si hasta el cielo fuera testigo del incidente, en ese momento de la tarde inició una lluvia repentina, que los empapó a ambos enseguida.

Esa fue la última vez que se vieron. Jill se mantuvo inmóvil con los ojos inundados de lágrimas hasta que la moto de Will se perdió por el camino. Cuando regresó a la casona de Sunny Hill vio que su padre la esperaba al pie de la escalerilla de entrada con una manta para refugiarla. Charles Hawkins sonrió por su triunfo cuando la cobijo en sus brazos. Logró arrancar a su pequeña de las garras de un ave de rapiña como William Taylor, un tipo que de seguro hubiese tronchado el prometedor futuro de su hija.

Luego, durante su cuarto año de bachillerato, cuando a Jill le llegó la noticia de que Will fue acusado por el asesinato de dos hombres, se convenció de que tomó la mejor decisión, aunque en principio aquello supuso arrancarse el corazón. Lo encerrarían de por vida, según había escuchado de la boca de su tía Mary Annie.

Más adelante, durante las someras conversaciones que Jill solía tener con Tim, el hermano mayor de Will, durante sus cortas vacaciones en Towner, se enteró de que los abogados consiguieron una reducción de condena. Pero jamás imaginó que regresaría, mucho menos tras la muerte de Lucas Taylor, pues no le quedaba nada en Towner, que no fuera una tía paterna alcoholizada, y un hermano, que hacía seis años se había convertido al evangelio de Jesucristo y que ahora pastoreaba la única iglesia evangélica a cuarenta millas a la redonda.

—¿Me va a dar un maldito calmante, doctor? —preguntó Will aún boca abajo sobre la cama de hospital. No se había percatado de la identidad de la médica.

—No puede hablar así —lo reprendió la enfermera y aplicó mayor presión en la herida para torturarlo.

Will soltó una retahíla de imprecaciones que fueron acalladas por las promesas de la enfermera de que sería más cruel aún, si no se comportaba.

Jill escribió una prescripción que le entregó a la enfermera.

—¿Le comieron la lengua los ratones, doctor? —preguntó Will, con sorna.

—Soy doctora —la dulce voz de Jill inundó el espacio.

El convaleciente se quedó petrificado, como si de nuevo hubiese perdido la consciencia. La enfermera recogió el resto de los medicamentos que había utilizado y dejó el cubículo en silencio.

Will se giró despacio para observar a Jill con su rostro perturbado por la sorpresa. Enseguida ella acudió a ayudarlo para que no se lastimara. Era parte de su entrenamiento como médica.

—No me toques, puedo solo.

Ella se alejó con la sensación de que era preferible mantener la distancia. Will aún permanecía desnudo, así que la sábana blanca, que cubría la parte baja de su cuerpo, no era suficiente. Evitó mirarlo. «Ni tan siquiera lo pienses, Jill. Es antiético. Fue tu novio por dos años», pensaba ella.

—Siento lo que te ha pasado...

—No necesito tu compasión, Jill —dijo él, resentido—. Mejor dame una pastilla para este maldito dolor de pecho. —Se llevó las manos al costado para aplacar la molestia—. ¿Puedes decirle a Tim lo que ha ocurrido?

—No soy tu secretaria, William Taylor.

El hombre sonrió dejando ver su descaro.

¿Qué pretendía?, se preguntó Jill.

Will estudió el rostro femenino con los ojos entornados. Le parecía un hecho surrealista que esa mujer estuviera frente a él después de una década y, no solo eso, que ahora estuviera mucho más hermosa y deseable.

—¿Desde cuándo te transformaste en una mujer tan amargada, Jill?

Ahora fue ella quien contestó con una media sonrisa. ¡Cuántas veces había repasado ese encuentro en caso de que la vida se empeñara en enfrentarla a ese hombre! Sin embargo, ahora todos esos ensayos parecían esfumarse. Will tenía un poder muy grande sobre su persona. Desde siempre fue así. Dominio que Jill le atribuía al hecho de que durante su adolescencia solo existía una sola persona en su mundo, William Taylor. Fue el majadero que le pegó goma de mascar en el cabello en sus primeros años en la escuela, que se mofó cuando le pusieron ganchos en los dientes para corregir una sonrisa para nada atractiva y el que se deslumbró cuando la vio en la boda de Tim como dama de lazo, convertida en una mujer. En esa ocasión fue ella quien le mostró un claro

rechazo, que un joven tan voluntarioso como William Taylor tomó como un desafío. Le costó conquistarla, pero al final logró que lo amara.

—Soy amargada desde que atiendo a pacientes insufribles, Will.

La batalla estaba servida en la mesa. Ninguno de los dos contendientes se planteaba ceder. Era cuestión de tiempo para que iniciara.

—Por ahora, lo más que me importa es recuperar mi moto —dijo él.

—Obvio, William Taylor, siempre te has preocupado por cosas insignificantes.

Jill escribió algo en el expediente del paciente mientras torcía el labio inferior. A Will se le antojaba saltar de la cama y atraparle la boca. Le gustaba esa mujer como jamás le gustó otra. La lista de mujeres con quienes compartió cama, cuando llegó a Nashville, era casi tan larga como la ruta catorce, pero ninguna de ellas lo enloquecía como esa rubia de carácter recio e indomable.

—Si los últimos análisis salen bien, te daré de alta hoy mismo —le informó Jill sin perder su talante profesional—. Tienes que venir al dispensario todos los días para que te curen la herida durante una semana.

—Vendré todos los días, si eres tú quien me acaricia el trasero, cariño —dijo él con descaro.

—Tenemos un grupo de enfermeros muy profesionales que se encargará de esa tarea —dijo ella evitando mirarlo. Evadiría caer en su trampa.

—Si todos son como la enfermera que acaba de salir, prefiero que me atienda la doctora —insistió él.

—Creo que te mandaré a inyectar Demerol para que duermas las horas que te restan aquí, Will. No soportaría escuchar tus estupideces.

—¿A qué le temes, Jill? ¿A que aún me consideres irresistible?

La sonrisa de ella delataba la ironía que estaba a punto de soltarle.

—William Taylor, tú serías con el último hombre en el mundo que me metería en un colchón. Quiero que lo tengas claro desde el principio.

—Bastantes veces invadiste mi cama. ¿Lo has olvidado?

—Eso fue cuando era una jovencita bastante estúpida.

—Debo aclararte que ya cuento con mayor experiencia, Jill. He mejorado muchísimo mis peripecias en la cama y fuera de ella —sonrió con descaro, gesto que Jill ignoró.

—Sí, me imagino, por lo tanto, no me apetece que me enseñes tus cochinadas, Will.

—Golpe bajo, nena.

Ella se le acercó para amedrentarlo.

—No sé para qué has vuelto, William Taylor, pero te aclararé algo: En Towner no hay nada que puedas reclamar.

—Si fuera tú, no juraría eso sobre piedra, Jill.

—Mary Annie no está sola. Así que, tan pronto encuentres tu moto, regresa por donde viniste. Ni una sola hectárea de Sunny Hill te pertenece.

Will soltó una carcajada. Sería tan fácil tomarla del brazo y obligarla a besarlo, pero no debía perder el enfoque de por qué había regresado. Tenía que reclamar lo que le correspondía por derecho. Sería cuesta arriba, lo sabía. Ni tan siquiera Tim, su hermano, había resultado beneficiado con la herencia. Precisamente, fue él quien le advirtió que tenía que regresar antes de que Mary Annie Cooper se saliera con la suya y rematara las tierras de su padre a un precio irrisorio.

Jill dejó el cubículo tan pronto regreso el expediente médico al pie de la cama.

Tim Taylor, el reverendo evangélico de Towner, llegó al dispensario bajo un inclemente aguacero que empapó su ropa desde que dejó la comodidad del interior de su auto para caminar hasta la entrada del pequeño hospital. Saludó al guardia de seguridad de la entrada con un ademán de cabeza y se internó en la sala.

Con poco más de quinientos habitantes era muy difícil que algún hecho pasara desapercibido entre los vecinos de ese pueblo. De esa manera, uno de los feligreses que asistía a la iglesia The Calvary se comunicó tan pronto supo del accidente que sufrió su hermano. Así fue como Tim supo que Will estaba recluido en el dispensario con una contusión en el pecho. El hecho de que su hermano estuviera en Towner lo tomó por sorpresa, pues solo habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última conversación que sostuvieron respecto a la herencia.

Una de las enfermeras le dio acceso inmediato tan pronto lo vio llegar al área de espera.

—¿Mi hermano está bien? —preguntó Tim con tono angustioso.

—Sí, reverendo —aseguró la mujer mientras lo escoltaba por un laberintoso pasillo—. Una raspadura en su... —la mujer titubeó, pues no estaba segura si indicarle el lugar preciso del golpe a un hombre de Dios, pero al final se lanzó—, en el trasero.

Tim soltó una media sonrisa. Sí, era un hombre dedicado al servicio de Dios, pero vivía en un mundo real. Caminó de prisa para alcanzar el cubículo en donde descansaba Will, pero antes de correr la cortina, se topó con Jill. La cara de la médica le confirmaba que no estaba a gusto con el reencuentro inoportuno con su hermano menor.

Cuando el reverendo pensaba en la imagen de dos adolescentes locamente enamorados, aquel par siempre acudía a su mente. Tal vez porque el amor de Will y Jill fue un sentimiento incomprendido por adultos llenos de prejuicios, en medio de una familia rodeada de odios y resentimientos. Will Taylor era el hijastro de la tía materna de Jill, una mujer que odiaba a los hijos de su marido desde que tuvo que aceptarlos en su casa tras la muerte imprevista de su madre. Cuando Will y Tim llegaron a vivir a Sunny Hill tenían tres y siete años, respectivamente, pero Mary Annie los vio como intrusos, que le recordaban a cada paso que ella jamás podría ser madre.

—Hola, Jill —le dijo Tim y le besó la mejilla a la mujer. Se apreciaban mutuamente.

—Hola.

—¿Cómo está Will?

—Acabo de ver los análisis y está todo bien. —Se veía hastiada—. Firmaré el alta.

—Siento que Will...

—Descuida, Tim. Mi profesión conlleva cuidar de todos. Lo que me pregunto es qué hace aquí cuando hasta ahora renegaba de regresar a Towner, según tus propias palabras.

Tim bajó la mirada. No quería revelar los planes que tenían para recuperar lo que por derecho les correspondía. Después de todo, Jill era la sobrina de Mary Annie y se parcializaría a su favor.

—Espero que consideres que Mary Annie ha estado un poco delicada en estos últimos tiempos, Tim —le recordó Jill—. Un disgusto más y la tendremos en el hospital de nuevo.

—Sería tan sencillo si ella accediera a...

—No va a transigir. Sunny Hill le pertenece desde siempre.

—Sabes que hay una parte que mi padre le compró antes de que se casaran, Jill —afirmó el reverendo—. Es esa parte la que reclamamos. Incluso, ese pedazo de tierra lo compró nuestro padre para nuestra madre antes de que muriera.

A Jill no le constaban esas alegaciones, pues cuando Melanie Taylor

murió, ella apenas tenía un año, aunque la propia madre de Jill siempre insistió en lo mismo: “la parte baja que rodea el lago sur de Sunny Hill les pertenece a los muchachos”. Era su hermana mayor, Mary Annie, quien negaban el hecho. Así que los hijos de Lucas Taylor tenían pleno derecho sobre esas diez hectáreas, si era que lograban probar que eran dueños de esa herencia.

Pero Mary Annie Cooper tenía la ficha del tranque. No les entregaría las tierras a esos dos pelafustanes, que lo único que hicieron fue amargarle la existencia cuando se vio obligada a criarlos. Dos criaturas del demonio, que solo merecían castigos y encierros en el sótano de la casona. Dos chicos que al cumplir la mayoría de edad se largaron a vivir su vida. Tim se casó muy joven y fracasó a los dos años; y Will se fue a Nashville en busca de aventuras. Un alivio para Mary Annie Cooper, pero luego el cáncer se empeñó con su marido Lucas, hasta que el hombre murió.

Ahora estaban prestos a luchar cada uno desde la trinchera que le correspondía. Por un lado, los hermanos Taylor para recuperar las tierras que su padre le regaló a su madre y del otro Mary Annie Cooper y sus hermanas para retener el legado familiar. Como siempre a Jill le tocaría la posición central.

—No voy a entrar en esas consideraciones ahora, Tim —dijo Jill—, pero te pediré, como un hombre más consciente de lo que puede ser Will, que consideres que Mary Annie ha estado muy mal de salud.

—Te prometo que no exigiremos más allá de lo que es justo para nosotros, Jill.

El reverendo sonrió sin mostrar los dientes, corrió la cortina y se perdió en el interior del cubículo.

Jill soltó un suspiro. No debería pretender demasiado cuando conocía de sobra lo tercos que eran los hombres Taylor.

Will aguardaba por la orden médica que le permitiera abandonar la sala de urgencias. Al menos logró que Tim hiciera gestiones para que la policía le devolviera la moto. El reverendo alquiló una grúa para que llevaran la motocicleta hasta su casa, a las afueras de Towner, y recuperó las pertenencias de su hermano menor: un bulto con dos mudas de ropa, el casco y los papeles personales.

Sin embargo, Will no se libró del interrogatorio de un policía de carretera novato, pero bastante suspicaz. Harto de las preguntas, Will le resumió el incidente: “Intenté evitar a un conductor que invadió mi carril, perdí el control y terminé sobre el pavimento”. Pero la verdad era que sufrió la persecución del asaltante de la gasolinera que conducía la camioneta, quien lo acosó por varios kilómetros, hasta que, tratando de escabullirse, se accidentó. Lo curioso era que el policía no había preguntado en ningún momento por la pistola que cargaba Will en la cintura y que había perdido tras el accidente.

Por el momento, logró que el hombre creyera su versión. Cuando el oficial dejó el cubículo, Tim se le acercó a su hermano menor para preguntarle:

—¿Has echado de menos esto? —El reverendo le mostró la pistola Glock .45 que llevaba en la cintura.

—¿Qué haces con eso, Tim? Eres un pastor.

—Agradece que tengo buenos amigos en la policía de Towner. Gente que se preocupa por mí y me aprecia. Quiero que te deshagas de ella, Will —dijo el reverendo cuando le devolvió el arma—. Cuando te dije que tenías que venir, no era a buscarte problemas.

—¿Crees que ocasioné ese accidente?

—El policía que llegó a la escena me explicó que venías huyendo. ¿De quién, Will?

Tim se fijó en que su hermano menor hizo el mismo gesto que hacía cuando era pequeño y quería desligarse de alguna travesura, escondió la mirada. El reverendo se acercó de nuevo y le dijo muy cerca al oído:

—Soy un hombre de Dios, Will, eso hace que conozca muy bien al diablo. No lo olvides.

La verdad era que, tras su divorcio, cuando tenía veintitrés, Tim también se había involucrado en actos delictivos con el tráfico de drogas en la frontera con Canadá. Sí, conocía muy bien cómo se movía la calle, por eso renunció a ella para seguir a Jesucristo, convencido de que no había una vida mejor.

En eso escucharon la voz de Jill que pedía autorización para entrar. Al menos Will se había vestido con la ropa que le llevó Tim, pues la suya quedó destrozada por los paramédicos en medio de la emergencia.

—Aquí están los papeles del alta —Jill se dirigía en todo momento a Tim, pues evitaba un nuevo encontronazo con un hombre tan puntilloso como Will—. Por los próximos siete días el paciente debe acudir al dispensario para curarle la herida.

—Estaré puntual —aseguró Will. Aún no se había abotonado la camisa,

por lo tanto, su torso masculino y fibroso estaba expuesto. La médica trató de no distraerse con esos detalles fútiles—. ¿A qué hora comienza tu turno, Jill? Intereso que seas tú quien me acaricie el trasero.

—Es mejor que nos vayamos —dijo Tim, avergonzado—. ¿Alguna prescripción adicional para el dolor?

Ella sonrió con sorna. Era su turno en la batalla.

—Imagino que un hombre tan fuerte podrá soportar el dolor con un par de aspirinas —dijo Jill—. No es necesario prescripción, Tim. Puedes conseguir ibuprofeno en la farmacia de Debbie.

Jill se refería a la única farmacia del pueblo.

—Nos veremos pronto, cariño —le dijo Will cuando pasó por su lado después de guiñarle un ojo—. Ojalá y aceptes montarte en mi moto para que recorramos la ruta catorce.

La mujer soltó una risita de burla y el reverendo inspiró todo el aire que pudo, Estaba convencido de que aquel par seguía igual de enamorados como hacía doce años.

Capítulo Tres

El bar de Johnny era el único lugar con vida nocturna en todo el pueblo de Towner y sus alrededores. Un lugar muy versátil, pues en la mañana servían desayuno, después del mediodía se transformaba en el rey de las hamburguesas y luego de las ocho de la noche su propietario, Travis Sullivan, bajaba la intensidad de las luces para convertirlo en una taberna en donde los comensales disfrutaban de los mejores cortes de carne, alitas de pollo, papas fritas y de gran variedad de cervezas de barril.

Por eso, cuando Jill dejó su guardia en la sala de urgencias esa noche terminó allí en compañía de Stephanie. Era como si ese viernes ambas necesitaran de una enorme jarra de cerveza y una cesta desbordante de alitas de pollo. Tan pronto ocuparon un par de taburetes frente a la barra el mismo Travis Sullivan acudió a servirles. Era un tipo apuesto, que desde hacía dos años estaba solo tras un divorcio bastante contencioso. Su mujer se cansó del poco tiempo del cual el hombre disponía y un buen día se marchó. La realidad era que vivir en Towner era un gran desafío al aburrimiento, mucho más para las personas acostumbradas a la ciudad.

Fue lo que le sucedió a Jill cuando tuvo que regresar desde Carolina de Norte para cuidar de sus tías. Pese a todo, ese año que llevaba allí le ayudó a apacentarse y sobrevivir en un pueblo en donde todos se conocían y no abundaban las alternativas de entretenimiento, fuera de la verbena anual con motivo del Día de Independencia, las fiestas del pueblo en primavera y la vigilia de la Noche Buena en la calle principal.

—Buenas noches —dijo Travis con una simpática sonrisa. Desde la llegada de Jill al pueblo el hombre mantenía una campaña de conquista, cruzada que la médica evadía con elegancia.

No era que Travis no fuera increíblemente apuesto, era que Jill tenía metas muy claras a futuro. Planes que no incluían una larga estadía en ese lugar. Incluso, tenía casi convencidas a sus tías para que se mudaran con ella a Toronto, Canadá. Hacía dos meses que le había surgido una excelente oportunidad en el Hospital General de la ciudad. Las tres ancianas refunfuñaban entre sí cada vez que Jill insistía en la mudanza, no solo de estado, sino de país. A su edad no estaban para esas aventuras arriesgadas, aducían.

Sin embargo, cuando Jill se empeñaba en decir que se iría, el trío comenzaba a hacer planes para irse con ella. Al final, la médica recapacitaba. Sin lugar a dudas era duro para esas tres mujeres dejar toda una vida en Towner y aclimatarse a un nuevo ambiente en medio de una convulsa ciudad.

—Buenas noches, Travis —dijo Jill.

—Buenas noches —dijo Stephanie sin apartar la vista del menú—. No sé para qué observó la oferta si nunca cambia.

Travis hizo una mueca de disgusto, pero al final sonrió. Si había algo que tenía ese hombre de cabello negro y ojos marrón a su favor era su buen sentido del humor.

—Por sus caras debo intuir que necesitan unas cervezas de emergencia —dijo y se giró para servir las bebidas. Los barriles estaban colocados en la parte de atrás de la barra, en una enorme estantería que ocupaba gran parte de la pared. El hombre dejó los vasos sobre la encimera de madera y fue a ordenar un servicio de alitas a la cocina.

—¿Por qué nunca le has correspondido, Jill? —preguntó Stephanie.

La asistente era una joven de veinticinco años, de cara redonda y cabello rojizo. Desde pequeña batallaba con el complejo que le producían las pecas en su rostro. A veces caía en una racha de inseguridades, que Jill intentaba palear con mensajes positivos. Lo duro sobrevenía cuando Stephanie perdía alguno de sus amores cibernéticos y eso sucedía con frecuencia. Parecía que la joven tenía una especie de repelente para las relaciones duraderas.

—Porque me voy a vivir a Toronto. —Jill absorbió su cerveza.

—Eso no es seguro y lo sabes.

Travis se dedicó a atender a otros clientes que iban llegando. De vez en cuando miraba en dirección de Jill, sonreía, le preguntaba con un gesto si todo estaba bien y proseguía con su labor de anfitrión.

—Es lindo —apuntó Stephanie.

—Sin duda, es guapo, pero no haré una vida en este pueblo. Tan pronto mi tía venda Sunny Hill nos iremos, así que es mejor no hacer planes a largo plazo y dejar corazones destrozados. Además, Travis acaba de pasar por un mal suceso con su ex.

—Todavía no estás segura de que al final tus tías se vayan contigo.

—Cuando llegue ese momento, decidiré qué es lo mejor.

—No entiendo por qué te complicas tanto. ¿No es más fácil recluirlas en Miracle Care?

Stephanie se refería al único centro de cuidado de ancianos a cien millas a

la redonda. El lugar no estaba nada mal, pero no fue eso lo que su madre le pidió como última voluntad. Alicia Cooper fue enfática en su lecho de muerte, “nunca las dejes, Jill. Prométemelo”. Ella no tuvo remedio y le juro que así lo haría. Y allí estaba, estancada en Towner, haciendo un trabajo que no la retaba profesionalmente, viviendo en una casa con tres ancianas que le recalcan día y noche que hiciera su vida, viendo el tiempo pasar. Sin quitar la última cereza del pastel, el regreso de William Taylor.

Pero no quería pensar en ese hombre. Él no contaba en su vida desde hacía doce años. Después de todo, ambos buscaban lo mismo, que liquidaran la venta de Sunny Hill para salir corriendo de ese pueblo.

—Sabes que...

—Le prometiste a tu madre cuidarlas —culminó Stephanie. Después se pegó al vaso de cerveza hasta casi vaciarlo—. Demasiada carga.

—No las voy a dejar. Apenas pueden cuidarse. Si no llega a ser por la ayuda que me brinda Lucile no sé qué haría.

Lucile Hamilton era la ama de llave de Sunny Hill, una mujer cincuentona que Jill había contratado a su llegada a Towner, puesto que sabía que, con los turnos en el dispensario, cuidar de sus tías, atender la casa y trabajar se le haría cuesta arriba.

—¿Y tú no has pensado hacerle ojitos a Travis? —preguntó Jill.

—Es muy grande para mí. Tiene treinta y cuatro.

—La edad es un factor irrelevante. Es mejor un hombre que un chiquillo de internet.

Tan pronto Jill dejó escapar su pensamiento, se arrepintió. Su intención no era hacer sentir mal a su amiga, pero llevaba meses escuchando las quejas de Stephanie sobre lo mal que le iba con sus amores cibernéticos.

—Lo siento, Stephanie —dijo Jill, arrepentida.

—Es bueno que los amigos sean sinceros. Prefiero eso.

Las mujeres se quedaron mirando a Travis. Sí, era guapo y atento, pero a ninguna de las dos parecía apasionarle. Se giraron cuando escucharon a sus espaldas una especie de algarabía. Era como si los comensales celebraran la presencia de un recién llegado.

Allí estaba William Taylor. Los que aún lo recordaban se arremolinaron a su alrededor. Jill sintió un leve estremecimiento en su panza. Se lo atribuyó a que desde el mediodía no probaba bocado, pero si actuaba con sinceridad era la misma sensación que le producía ese hombre desde que tenía uso de razón.

William Taylor sabía respetar los espacios o eso aparentaba. Se mantuvo con sus amigos a cierta distancia de donde las chicas conversaban frente a una jarra de cervezas y una cesta de alitas de pollo. Jill había pensado que el hombre se dirigiría hasta donde ellas para comenzar una sarta de comentarios mordaces, pero Will se entretenía contándose anécdotas entre viejos conocidos. Se fijó en que Travis le sirvió una cerveza y luego le entregó un plato con un enorme filete acompañado por papas majadas y vegetales. Todavía el motociclista era muy goloso, pero para alimentar ese descomunal cuerpo de un metro noventa era mandatorio comerse la mitad de un búfalo diario, acotó Jill en su mente.

—Es el hombre que llegó hoy al hospital —notó Stephanie—. Las enfermeras comentaron que no habían visto un trasero tan bien formado en años. Aunque una de ellas, Esther, mencionó que lo conocía de niño.

En el poco tiempo que llevaban de amigas, Jill no le había comentado de su idilio por William Taylor. Se había concentrado en su tormentosa relación con el profesor de anatomía, Danny Li, un hombre de ascendencia oriental que la encandiló durante uno de los laboratorios. La atracción de ambos surgió en medio de la disección de un cadáver. La mujer entró al salón tarde y a hurtadillas se acercó al grupo. Ese día Danny Li no le permitió practicar con el cuerpo, sino que la citó a su oficina en la facultad y después de una reunión de media hora, el profesor la invitó a cenar.

En principio a ella le pareció una falta ética su abuso de poder, sin embargo, a medida que el semestre iba pasando y veía cómo ese hombre impartía la clase de forma tan apasionada, aprendió a admirarlo. Antes de que se acabara el curso Jill, no solo cenó con su profesor, sino que compartió su cama. De ahí nació una tormentosa relación que culminó cuando la chica anunció su regreso a Towner.

A una semana de su regreso Jill se enteró por las redes sociales de que el profesor Li andaba cortejando a una nueva alumna. La desilusión la marcó, al punto de dejarle un mal sabor de boca que aún recordaba, pero nada como la devastadora separación de William Taylor.

Los primeros amores duelen así pase el tiempo y la vida trascienda porque son la posibilidad de lo que pudo haber sido y lo que nunca será, solía pensar.

—Tienes cara de melancolía —dijo Stephanie—. No me digas que recordaste al profesor.

Jill culminó su cerveza y enseguida Travis le sirvió una nueva ronda de la jarra.

—No he podido atenderlas como se merecen, chicas, pero esta noche... — se excusó el hombre.

—Nos has atendido muy bien —dijo Stephanie y se irguió para que los pechos bajo su blusa se le pronunciaran.

Jill entornó los ojos pensando en que su amiga capturaba los consejos de forma inmediata. Stephanie bateó sus pestañas un par de veces y Travis le sonrió como tonto.

—Eres rápida, Stephie —señaló Jill, utilizando el apodo de la chica cuando Travis se fue.

—¿No me dijiste que...?

—Por supuesto. Eso debes hacer, buscar un novio de carne y hueso.

—Volviendo al hombre que estuvo hoy en el dispensario —dijo Stephanie mientras miraba de reojo a Will—. Las enfermeras también dijeron que está muy bien dotado.

—Fue mi primer novio —dijo Jill al rato tras darle un sorbo a su cerveza.

Stephanie se atragantó con un trozo alita de pollo, se limpió con una servilleta, absorbió un poco de cerveza y pidió una tregua para apaciguarse.

—Lo tenías muy callado. ¡Cuéntame!

—No funcionó. Creo que eso es lo primordial.

En eso, Will levantó la mano para saludarlas a distancia, como si presintiera que era el objeto principal de la conversación femenina. Jill fingió indiferencia y Stephanie no dejó de mirarlo de reojo.

—Es guapísimo, Jill.

—Es imbécil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pretendía que huyera con él a los diecisiete años.

—¡Qué romántico! —Stephanie hizo un gesto tierno—. Yo con un ejemplar así iría hasta el infierno.

—¿Te parece romántico que dos niños huyan hacia un futuro desconocido? Hubiésemos terminado viviendo de la beneficencia social.

—Eso sí, pero recuerda que siempre estoy a favor del amor.

—Eres tan cursi, Stephie.

—Tal vez. ¿Besa bien?

Jill no quiso pensar en los besos de William Taylor porque de todas las bocas que la habían besado, a lo largo de sus veintinueve años de existencia,

jamás nadie se había acercado a producirle esa sensación entre la emoción y el ahogo que le producía ese hombre.

—No puedo interpretar tu silencio, Jill, pero tu cara te delata.

—¿Por qué me preguntas esas cosas?

—Curiosidad.

—Besa bien —admitió la médica con un mohín de frustración.

—¿Y tuviste sexo con él?

—Me niego a contestar esa pregunta.

—Estamos entre mujeres. Me has contado cosas mil veces peores, como la vez que tuviste sexo con el chico de la clase de literatura inglesa en la biblioteca.

—No fue sexo.

—Quizás para él no lo fue, pero según me contaste tuviste un orgasmo.

—Baja la voz.

—Con la algarabía que tiene tu exnovio no nos escuchará nadie. Cuéntame.

—Fue mi primer...

—¿Perdiste la virginidad con él?

—Públícalo en el Bismarck.

Jill se refería al periódico local.

—¿No te emociona saberlo tan cerca? —insistió Stephanie.

—Terminamos mal.

—¿Por qué?

—Nunca entendió mis aspiraciones.

—¿No te arrepientes?

—Jamás me he arrepentido.

Jill dijo la mentira más grande de su vida. Todos los días se lamentaba por su decisión. Más aún, cuando se acercaba la fecha del cuatro de julio, pues fue en una celebración de la independencia de Estados Unidos cuando Will la hizo su mujer.

Lo observó de reojo. Reía a carcajada ante los chistes de los hombres que lo rodeaban. Se imaginó qué hubiese sido de su vida si todos a su alrededor no se hubiesen opuesto, empezando por su tía Mary Annie, que no dejaba de recalcarle que Will era un bueno para nada. Para esa fecha estarían casados y con varios mocosos pululando a su alrededor. Quizás vivirían en una casa a las afueras del pueblo, tal y como soñaban, con un enorme árbol de olmo y un jardín con margaritas y yerberas. Will trabajaría con los autos, lo más que amaba, y ella tal vez se dedicaría al cuidado de los hijos.

Un cuadro bastante cursi de lo que imponía la sociedad como normal. Pero ahora eran muy distintos. Jill había recorrido Europa en un par de ocasiones, se había hospedado en los hoteles en la costa del Mar Mediterráneo, había probado el sabor del caviar y se había embriagado con champagne. En cambio, Will había perdido gran parte de su vida tras las rejas, se había granjeado un nombre como un reconocido delincuente de Nashville, había asesinado y disfrutado de los grandes placeres de la vida a su manera, entre ellos el sexo desenfrenado. La vida se empeñó en separarlos y convertirlos en dos personas muy diferentes, como el frío y el calor o el día y la noche.

—¿No hay ninguna posibilidad entre ustedes? —preguntó Stephanie.

—Hasta hoy a las dos de la tarde William Taylor era un simple recuerdo y así permanecerá.

—Pero hasta hoy a las dos de la tarde William Taylor no había regresado a Towner. Te mira, amiga, y veo que le brillan los ojos. Todavía te desea, Jill.

—Deja de decir tonterías. —Jill sacó su monedero para pagar la cuenta.

Iban a ser las doce de la noche y el sueño comenzaba a hacer estragos. Travis se acercó.

—Por favor, cobra lo mío y lo de Stephanie —dijo Jill.

—No, pagaré yo —se quejó la amiga.

Travis las observó en medio de la confusión, al final Jill se impuso.

—¿Se va temprano, doctora? —la voz cercana de Will la tensó. No se giró de inmediato, por eso el hombre se acomodó a su lado.

—Bueno, Jill, me voy despidiendo —dijo Stephanie. Levantó su mano a modo de saludo—. Mucho gusto, Stephanie Myers. Dejo a mi amiga en buenas manos.

—Stephanie... —Jill iba a detenerla, pero la chica se escabulló entre los presentes.

La médica tamborileó con sus dedos ansiosos sobre la superficie. Necesitaba que Travis se apurara en traerle el cambio.

—¿Ansiosa? —preguntó él—. Ya no soy un delincuente. —La voz aterciopelada de Will le provocó que se le erizara la piel de la nuca.

—¿Te dedicarás a acosarme durante tu estadía en el pueblo? Si es así, oro porque tu visita sea corta.

—Eso dependerá de lo que quiera hacer tu tía. ¿Sigue siendo una mujer malvada?

—Ha tenido muchos problemas de salud, Will.

—Sabes que no soy su devoto,

—No eres devoto de nadie.

Will extendió su mano para despejar un mechón de la cara de la mujer, pero Jill retrocedió para evitarlo.

—Una vez fui devoto de ti, Jill, pero al final te acobardaste y optaste por hacerle caso a tu familia.

Travis se seguía tardando.

—No digas tonterías. Éramos unos niños.

Will sonrió con ironía.

—¿Me has olvidado?

—Por supuesto, Will. Ya soy una mujer adulta.

—Y estás más hermosa que nunca. —Él se le acercó como una fiera que asecha a su presa, pero Travis rompió el momento.

El hombre sabía del idilio de aquel par, aunque era un poco mayor, pero el chisme de que William Taylor quería robarse a la pequeña Jill corrió como pólvora por las cuatro esquinas de Towner para esa época. No había un solo residente del pueblo que no manejara detalles precisos de la historia.

—Gracias, Travis —dijo Jill y se acomodó el bolso en su hombro.

—Que descanses —dijo Travis—. Te llamaré para coordinar la gira con los niños escuchas.

Travis se refería a que a finales de julio se reuniría el campamento de niños residentes del pueblo en un fin de semana durante el cual pernoctarían al aire libre como parte de las misiones de la organización de niños escuchas. El hombre le había solicitado a Jill que se uniera durante la estadía para salvaguardar el bienestar de los participantes en caso de que ocurriera alguna situación de urgencia.

—Por supuesto, Travis —contestó Jill.

La médica caminó a la puerta y tras ella fue Will. Tan pronto alcanzaron la calzada, el hombre se acomodó a su lado. Caminaron hasta el estacionamiento.

—¿Ahora te dedicas a ser dama cívica? Que yo sepa, siempre rehusaste a ser una niña escucha. Según tus palabras: “no querías ser la niña que vendía galletas entre los papás de sus amigas”.

Jill apretó los dientes. Cuántas mofa tuvo que aguantar en ese tiempo cuando se reveló contra lo que querían sus padres. Prefería pasar las tardes en Sunny Hill montando caballos, correteando tras las gallinas y sufriendo cada vez que miraba a Will a distancia en sus juegos varoniles con Tim. Lo adoró desde que tuvo uso de razón, pero el chico se dedicaba a molestarla con sus estúpidos sobrenombres.

—¿Recuperaste tu moto? —Jill decidió comportarse como adulta e ignorar los comentarios puntillosos.

—Sí, Tim me ayudó. Está hecha un desastre.

—Me imagino. Al menos no tuviste lesiones mayores.

Will no permitió que ella abriera la puerta del auto cuando llegaron al estacionamiento. Colocó su enorme mano sobre la carrocería para impedirlo.

—Lo mejor ha sido volver a verte, Jill.

Ella inspiró. No quería ese tipo de acercamientos.

—Podemos mantenernos en guerra —dijo él con un tono dulce que ella conocía muy bien—, pero ambos sabemos que eso es una coraza para proteger nuestro orgullo.

—A mí también me alegró verte, Will, y saber que estás bien...

—No estoy bien, Jill. Desde que hui de este pueblo he sido muy infeliz.

—Siento escuchar eso. —Ella bajó la mirada.

—¿A veces no te preguntas que hubiese pasado si...?

—Se hace tarde, Will. —Ella revisó su reloj de muñeca. Faltaban cinco minutos para las doce de la medianoche—. El día de trabajo fue pesado y...

El motociclista no le permitió el lujo de finalizar su alocución, le arropó la boca con hambre, pese a la resistencia inicial de la mujer. Necesitaba sentir el aliento de Jill, sus labios, aferrarse a su cintura, pegarla a su cuerpo hasta que se le dificultara respirar, aunque al final la mujer le recriminara tal acción.

Cuando se separaron a ambos les faltaba el aliento.

—No vuelvas a besarme —dijo ella y con sus manos trémulas intentó dar con la manija de la puerta.

—No lo prometo —dijo él con una media sonrisa—. Sabes que soy muy malo con el asunto de la fuerza de voluntad.

Al fin Jill se ocultó en el interior del auto. Estaba tan alterada que se le hizo difícil encontrar el cinturón de seguridad. Condujo fuera del estacionamiento batallando con el temblor de sus piernas y el palpar de su corazón.

Cuando tomó el camino Clement, que daba a Sunny Hill, no pudo evitar desbordarse en un profuso llanto. ¿Acaso lo amaba todavía? Ese sentimiento, que pretendió ahogar con nuevas relaciones, viajes y una profesión demandante, ¿se mantendría tan vivo como la primera vez que William Taylor la besó en la biblioteca del rancho de su tía?

Golpeó el volante para descargar la frustración. ¿Por qué William Taylor tuvo que regresar a Towner? ¿Por qué?

Capítulo Cuatro

Cuando Will recorrió el camino de grava que se dirigía a la casa remolque de su tía, no imaginaba el triste espectáculo que le esperaba tan pronto cruzara el umbral. Agradecía que no tuvo que hacer el recorrido hasta allí caminando, pues Mel y Billy, unos vecinos de Towner, le brindaron trasportación desde el bar de Johnny. Esa era una de las cosas positivas de vivir en un pueblo en donde todos se conocían.

La propiedad de Lena Taylor quedaba a tres millas del centro de Towner, por un camino sin asfaltar que se dirigía al norte, en medio de una extensión de terreno repleta de casas remolque. La vivienda de su tía tenía un aspecto lamentable, las paredes de metal estaban corroídas por el moho y la pintura de antaño ya comenzaba a descascararse. De igual forma, el césped, que en un principio pretendió darle forma a un jardín frontal, ahora estaba descuidado. A las afuera descansaba una destartada silla de patio y una pila de cachivaches viejos, que servía de nido a las ratas.

Will se prometió que durante su estancia en aquel lugar procuraría mejorarlo. Antes de entrar se topó con un perro callejero, que la pobre Lena tenía como mascota y con la que compartía parte de su sustento proveniente de la beneficencia social.

El hombre le acarició la cabeza, el perro movió la cola y se echó al lado de la puerta.

—No te duermas —le dijo Will—. Vigila.

Sin embargo, el can agachó la cabeza y se relajó.

Tan pronto Will entró en el interior de la vivienda oteó en la oscuridad intentando dar con el interruptor. Lo que se presentó ante sí al momento de encender la lámpara de la diminuta sala, lo conmovió. Lena Taylor estaba en el suelo, sujetando una botella de alcohol. Se había quedado dormida.

El hombre se le acercó para despertarla, pero la mujer no respondía. Lo único que lo alivió fue ver cómo su pecho subía y bajaba con una tranquilidad sin igual. La levantó en brazos para llevarla a la habitación sorteando los objetos que ocupaban el estrecho camino.

—No, Will. —Lena aún mostraba la modorra de la embriaguez—. Te dejé mi cama.

Will sonrió. Lena era rebelde y aguerrida, pero tenía un corazón generoso, como pocos.

—Dormiré en el sofá. No te preocupes.

—No, yo dormiré en el sofá —insistió la mujer—. Tú eres mi invitado.

Él la acomodó en la cama para arroparla. Se mantuvo a su lado hasta que la mujer de sesenta y cinco años se rindió al sueño. Will la contempló en silencio intentando recordar qué hecho en la vida de su tía la catapultó a entregarse de esa forma a la bebida. Por supuesto, hubo un acontecimiento medular, el abandono de su marido. Quincy dejó Towner unos días antes de la Navidad del mil novecientos noventa y ocho tras una álgida discusión con su mujer. Enfrentamiento que le costó a Lena un par de costillas fracturadas y su rostro irreconocible por los golpes de aquel animal.

Entonces, ella tuvo que ser fuerte e intentar el bienestar de sus tres hijos. Sin embargo, y pese a todo el esfuerzo que supuso abrirse paso sola, a Quincy JR, el mayor, lo asesinaron tras una pelea estudiantil con tan solo dieciséis años; a Carry, su única hija, la perdió cuando la chica decidió incursionar en el mundo del entretenimiento para adultos con apenas dieciséis. Hacía siete años que un desconocido llamó a Lena para decirle que Carrie había fallecido a consecuencia de una complicación con Hepatitis C. El último de sus hijos, una de las promesas del baloncesto colegial de Dakota del Norte, Sammy Taylor, sucumbió a las drogas cuando cumplió los veinte años. Se decía entre los conocidos que las últimas veces que lo vieron deambulaba por las calles de Detroit. La última llamada del chico a su madre databa de tres años. Luego de eso nadie supo más de él.

Will arropó a su tía, dejó la lámpara encendida sobre la mesa de noche y abandonó la habitación. Se internó en el reducido espacio que servía como cocina. La pila de trastos en el fregadero era descomunal. Sin dejar de lado las ollas sobre la estufa con residuos de comida de hacía unos días. El hombre abrió la nevera, sacó una cerveza, se dio un sorbo, silbó su canción favorita y se puso a limpiar aquel desastre. Al menos, esperaba que ese simple hecho alegrara a Lena al día siguiente.

Hizo un mohín al pensar en cuanta gente, presa de la soledad y la tristeza, se abocaban en las drogas. Fue lo mismo que él sufrió cuando llegó a Nashville, solo, huérfano, con solo diecinueve años. La calle y el club de motociclistas, Los Hijos de la Noche, le brindaron una nueva familia. Se fijó en el tatuaje que llevaba en el antebrazo, un lobo con una carabela como rostro. Debajo, escrito en latín, decía *Non vivunt extra legem*, lo que se

traducía en: “Vivimos al margen de la ley”.

Ese lema describía a la perfección la filosofía de vida de los más de trescientos integrantes del grupo, cuyos dominios se extendía por seis estados del este de los Estados Unidos. Delinquir era su principal objetivo y se hacían de cualquier táctica para lograrlo, desde el tráfico de armas y drogas, hasta la prostitución de mujeres.

El hombre desistió de los pensamientos que lo asaltaban. Iban a ser la una de la mañana y llevaba un largo período sin descanso. Era mejor que se apurara en dejar la cocina limpia, darse una ducha para lavar la herida de su trasero y procurar madrugar. Cuando logró acomodarse en el sofá, media hora más tarde, evocó el beso que le dio a Jill Hawkins al salir del bar. De tan solo recordarlo sintió una punzada de excitación, que atribuyó a que hacía varios meses no disfrutaba del calor de una mujer.

Daba por seguro de que ya no amaba a Jill, no con el amor infantil con que la amó en su juventud, al punto de poner en jaque su libertad cuando el padre de la joven amenazó con denunciarlo por perversión de una menor. Lo que sintió por ella se transformó en un lindo recuerdo de su inocente pubertad. Claro, la deseaba, porque seguía siendo tan hermosa como la recordaba, pero solo lo empujaba un instinto básico de poseerla de nuevo. «Estás bastante necesitado, Will», pensó, sonriente. La verdad era que no se equivocaba, desde que salió de prisión su vida sexual era bastante limitada.

El día que dejó la cárcel fue a buscar a su exnovia, pero Rachel ya compartía su vida con otro hombre, así que terminó en la cama con una vieja amiga. En medio de ese fugaz encuentro descargó los ocho años y medio de encierro. Roxanne, una pelirroja despampanante, de abultados pechos y hermoso trasero, fue el mejor desquite a un celibato impuesto. La mujer lució impecable en el colchón, pero tan pronto pasó la primera oleada de lujuria tras tres entregas corridas, Will huyó al otro lado de la ciudad sin dejar rastro.

Luego de eso, decidió evitar las relaciones para concentrarse en su sueño de iniciarse como dueño de un taller de reparación de autos y motos. Precisamente por eso estaba en Towner, el pueblo que tanto dolor le había causado. Así que, tan pronto tomara el dinero de la herencia, conduciría por la ruta noventa y cuatro de regreso a Tennessee.

Estaba convencido de que en ese lugar no había nada que lo atara.

Al menos eso pensó William Taylor antes de caer rendido por el sueño.

Las mañanas en Sunny Hill eran bastante agitadas por el cúmulo de tareas que había que realizar en el rancho. Con los años y las deudas que dejó Lucas Taylor antes de morir, Mary Annie se vio obligada a prescindir de media decena de manos diestras que recogían el serrín de los caballos, alimentaban los cerdos, atendían a los caballos y el ganado, procuraban recoger los huevos y tener al día el cultivo de hortalizas en el huerto. Ahora toda esa faena recaía en ella.

Hizo un mohín de disgusto cuando recordó el día que despidió al último peón. Darell Thompson fue muy mal educado cuando insultó a la vieja con palabras soeces e inútiles amenazas. Existía la creencia, entre los ciudadanos del pueblo de que ese mismo sujeto asesinó a su mujer en Iowa y vino a Dakota del Norte bajo una falsa identidad. Sin embargo, Mary Annie no tenía quejas de su trabajo. Era de los pocos que llegaban antes del amanecer al rancho, trabajaba sin descanso bajo el sol, y se iba cuando iba a caer la noche. No era de mucho hablar. Por eso le extrañó muchísimo que le recriminara de esa forma al tenerlo que despedir. La verdad era que en Towner y sus alrededores no abundaba el trabajo, aunque la propia Mary Annie se encargó de que lo contrataran en un rancho de la ruta catorce, claro con menor paga y pésimas condiciones de trabajo. Por lo menos se consolaba al pensar que hizo algo para subsanar la situación de aquel pobre infeliz.

La vieja se concentró en el trabajo que tenía ante sí. Revisó que Cindy, la vieja y única yegua del rancho, tuviera suficiente paja en el suelo del corral, luego caminó hasta el espacio que ocupaba una vaca que estaba a punto de parir, y más adelante se dedicó a admirar la camada de gazapos que se agolpaban bajo el calor de una enorme coneja. La vieja hizo un gran esfuerzo por acomodarlos hasta que sintió una punzada aguda en el pecho. Intentó recuperar el aliento cuando se apoyó de una de las columnas del rancho.

Por más que su única sobrina se empeñaba en hacerla entrar en razón en cuanto a su condición de salud, la vieja se empeñaba en llevar a cabo el pesado trabajo. Respiró hondo y se acarició el pecho hasta que los latidos del corazón recuperaron su ritmo habitual.

Su viejo corazón, en conjunto con la gran ansiedad que le provocaba la administración de ese rancho, eran razones suficientes para claudicar, pero Mary Annie no era una mujer que se amilanaba con facilidad. Sacaría a Sunny Hill adelante, así eso supusiera morir allí, en la tierra que la vio nacer. Es que no podía ser de otra forma, pues desde que tenía uso de razón vio a sus padres

labrar aquellas arridas tierras que adquirieron sus antepasados, inmigrantes del este que se fueron a la conquista de lo que en ese tiempo se conocía como La Frontera.

Como cada día, Lucile Hamilton, la ama de llave, la acompañaba durante el trayecto para que no realizara las tareas sola. Pero Mary Annie no requería la presencia de aquella fastidiosa mujer a su lado. La miraba con recelo, pues Lucile representaba belleza y juventud, a pesar de que tenía cincuenta años. Incluso, cuando aquella dama fue contratada por Jill para aliviarle la carga doméstica, a Mary Annie le pareció una afrenta que la mujer se presentara con sus buenas carnes y su vigor a cuidar a un débil Lucas Taylor. Veía de reojo cómo el viejo, su aún marido, miraba a Lucile con deseos. Estaba convencida de que todos los Taylor descendían de Satanás. Era preciso ver a sus dos hijastros. No creía en la completa conversión de Tim al cristianismo, y mucho menos en la alegada inocencia de William Taylor, quien le atusaba las barbas al diablo.

Hizo un mohín de disgusto al pensar en ese par de pelafustanes que pretendían robarse la tierra que fue de sus padres. Ni un céntimo les daría de lo que produjera la venta. Al menos esperaba que la generosidad de Henry Bredford, el ganadero que tenía alquiladas tres cuartas partes de los predios fuera suficiente como para pagar lo que ella le había exigido en su último encuentro. Luego, no quería pensar en esa mudanza de Jill a Canadá, pero sabía que tarde o temprano su sobrina tendría que marcharse, pues en Towner no había nada que la retuviera, ni tan siquiera un hombre digno de ella.

—Recoge los huevos —le ordenó Mary Annie a Lucile con un tono seco cuando la vio entrar al corral—. Y procura que no los rompas. Te los descontaré de tu quincena.

Si había alguien paciente y amorosa era Lucile Hamilton. Con una sonrisa perenne y un semblante diáfano, muy pocas veces sucumbía a la maledicencia, por eso se apuró a entrar al lugar y acomodar los huevos en una canasta. Los desplantes de la vieja Mary Annie los pasaba por alto. Después de todo, la amargura de la mujer era un rasgo muy característico de su personalidad, que con casi ochenta años no cambiaría.

Tan pronto realizaron las tareas de rutina, regresaron por el camino de grava hasta la casona. A esa hora de la mañana de aquel caluroso sábado Jill se afanaba en arreglar el jardín y reparar la destartada cancela que separaba la entrada de la casa, del sembradío de rosas silvestres. Era su único día libre de las tareas en el hospital, por eso lo dedicaba a restaurar el rancho.

—No sé qué hace una médica como jardinera —dijo Mary Annie mientras avanzaba hacia su sobrina—. Dame esa tijera, echarás a perder las rosas, niña.

Jill se apartó con una sonrisa. Conocía de sobra lo maniática que era su tía con las flores. En cambio, Lucile se perdió en el interior de la casona dando por incorregible la amarga actitud de la anciana.

—No deberías coger sol, Jill —argumentó Mary Annie—. Es muy malo para el cutis. Estás en edad casadera y debes cuidarte. No permanecerás en este pueblo para siempre. Buscarás pareja, te casarás, así que debes conservarte. Los hombres buscan mujeres hermosas para procrear.

La joven sonrió ante la visión de mundo de su tía. Eran pensamientos muy arcaicos. Claro que había muchos hombres que buscaban la belleza física de una mujer, pero los hombres sabios e inteligentes querían una mujer a su lado que fuera más que un cuerpo con dos buenos pechos y un par de glúteos prominentes. Buscaban mujeres que los retaran mentalmente. Lo había visto muchísimo en la universidad, pero no discutiría con su tía su visión progresista de la mujer y de la vida.

En eso escuchó el sonido de un auto que se acercaba. Jill supo que Mary Annie conocía la identidad del visitante, pues la vieja frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

Tan pronto el conductor estacionó el auto, Jill se convenció de que aquel hombre cuarentón y calvo era el emisario de malas noticias, como siempre que el abogado Herbert Bradley visitaba Sunny Hill. Tan pronto el hombre de enorme barriga dejó la comodidad del único auto Jaguar que visitaba Towner, evitó pisar el lodo que había dejado una reciente llovizna; sus nuevos zapatos deportivos se lo agradecerían. Llevaba una camisa tipo polo, de buena marca, y unos pantalones a la rodilla.

—Buenos días —saludó el recién llegado con una sonrisa bastante idiota.

Mary Annie frunció el ceño.

—Espero que esta vez venga con buenas noticias, Bradley —dijo la anciana.

Jill se quitó el sombrero de paja para despejarse el sudor de la frente con el dorso del brazo, después de saludar al recién llegado.

—¿Podemos hablar? —preguntó el abogado.

Mary Annie soltó las tijeras de jardín y le señaló al licenciado la ruta que daba a la biblioteca de la casona. Jill los siguió. Todo lo que ese hombre tuviera que decir le interesaba. Sabía que era preferible estar enterada de

todos los pormenores, pues Herbert Bradley le producía una enorme desconfianza. Cuando cruzaron la amplia sala de la casona se toparon con Chelsea, la menor de las hermanas Cooper. La anciana estaba sentada en una mecedora de madera mirando a la nada. La pérdida de la visión actuaba de forma irremediable para ella, pero aún distinguía sombras.

—¿Quién llegó? —preguntó Chelsea, confusa.

—Es el licenciado Bradley —dijo Mary Annie.

—Saludos, Chelsea —saludó el hombre sin acercarse, pero con denotada cortesía.

Chelsea hizo un ademán para corresponderle. Era evidente que tampoco era partidaria del abogado, pues la realidad era que los honorarios de Bradley habían menguado la pecunia familiar, pero Mary Annie insistía en que era el mejor para garantizar la venta del rancho.

Luego de ese encuentro, el trío continuó su marcha hasta el interior de la biblioteca. La construcción de la casona Sunny Hill databa de principios del siglo diecinueve, cuando un rico terrateniente adquirió las tierras para el cultivo de trigo. Se trataba del tatarabuelo de Mary Annie, un inglés de mal genio, que dedicó su vida al trabajo duro hasta que, víctima de un ataque inoportuno por parte de los amerindios Sioux, perdió la vida. Aquella afrenta fue suficiente para que sus cinco hijos fueran a la caza de los indios, aunque al final fracasaron en su empresa.

—Siéntese —le dijo Mary Annie al abogado tan pronto entraron en el espacioso salón que como el resto de la casona urgía de una reparación.

Era preciso ver la humedad que abarcaba gran parte del papel tapiz de las paredes o el estado lamentable de la tela que cubría las dos butacas frente al escritorio, que ahora ocupaba la anciana. Jill se mantuvo de pie para evitar estropear aún más los asientos, puesto que su overol estaba repleto de lodo. Lamentó que las botas que llevaba hubiesen dejado huellas en el piso de madera pulida. La pobre Lucile tendría que remediar el desastre.

—Me gustaría ofrecerle noticias más alentadoras, señora Cooper, pero temo que no es así —comenzó el abogado.

—Por favor, sea directo —demandó la anciana, quien no se caracterizaba por ser paciente y mucho menos si el tema trataba sobre el futuro de Sunny Hill.

—Ayer tarde recibí una comunicación del bufete de Anderson. Parece que los hermanos Taylor pretenden interponer una demanda por el cobro de la herencia de su padre.

La anciana bufó mientras Jill no daba crédito a lo que sus oídos escuchaban. ¿Cómo era posible que aquel par insistiera? Según Herbert Bradley no existía ningún documento legal que estableciera que los hermanos Taylor tenían derecho sobre algún predio del rancho.

—Según supe, el hermano menor llegó a Towner ayer con la idea de reforzar la decisión de Tim —añadió el abogado.

Mary Annie se incorporó en su butaca con su rostro descompuesto por la sorpresiva noticia. ¿Cómo era posible que William Taylor hubiese salido de prisión? Purgaba una condena de por vida.

—¿Está seguro de que William Taylor ha regresado? —Mary Annie observó a su sobrina buscando respuestas. Tal vez Jill conocía el hecho del retorno de ese bueno para nada—. Se suponía que purgaba una condena perpetua.

—Al parecer consiguió una reducción de sentencia y una libertad condicionada —dijo el jurista—. El asunto es que convencieron a James Anderson para que los representara.

—Jamás ha ganado un caso —comentó Mary Annie con desdén en referencia a abogado del pueblo—. Ni tan siquiera ha llevado a cabo un divorcio exitoso.

—El hecho es que tienen a un testigo que dice tener pruebas de que Lucas Taylor le compró a usted el predio de terreno que hoy sus hijos reclaman.

—¡Mentira! —gritó Mary Annie y golpeó con el puño la superficie del escritorio. Luego se llevó una mano al pecho.

—Tía...

Jill corrió a su lado para socorrerla, pero la vieja le hizo un ademán a su sobrina para que desistiera de su exagerada atención. No era el tiempo para dramatismo. Debía luchar por lo que aquellos haraganes reclamaban como suyo. Ninguno de ellos había labrado aquellas tierras, ni tan siquiera levantaron las cercas, mucho menos lucharon para retenerlas cuando surgió la crisis inmobiliaria del año dos mil cinco. ¡No tenían ningún derecho sobre Sunny Hill!

—¿Cree que podemos dejar este tema para otro momento? —le preguntó Jill al letrado. Era preferible que Mary Annie descansara, se tomara sus remedios y evitara la tensión.

—No hay otro momento —insistió la anciana—. Deme alternativas, Bradley. Para eso le pago.

—Comenzaré por investigar qué prueba tiene ese supuesto testigo —dijo el

abogado—. Que usted recuerde, señora Cooper ¿existirá algún documento que detalle en qué condiciones se dio el arreglo?

—¿Qué arreglo? —preguntó la anciana, indignada.

El único papel que evidenciaba la transacción ella misma se encargó de destruirlo el día que Lucas Taylor comenzó su larga agonía. Hizo una pequeña fogata en el huerto y para asegurarse de que ese asunto muriera allí, se encargó de enterrar las cenizas. Ni un metro de ese rancho sería para los Taylor.

—Jamás le vendí nada a Lucas Taylor antes de ser mi marido.

—Los hijos del difunto aseguran que el hombre le compró los predios del lago del sur como un regalo a su madre antes de que ella muriera.

Mary Annie soltó una risa lacónica. Melanie Taylor fue su rival de amores desde que ambas pusieron sus ojos en el apuesto Lucas, sin embargo, la sosa mujer, de cabellera negra, se alzó con el trofeo casándose con el hombre. La noche de esa desgraciada boda Mary Annie lloró por la amargura que le produjo aquel inesperado enlace. Solía pensar que gracias al dolor que le produjo esa unión las entrañas se le secaron y por eso jamás pudo tener hijos.

Luego, la vida le dio una segunda oportunidad de conquistar a Lucas. Por eso, cuando supo que el hombre se había entregado a la bebida, preso del dolor de su viudez, se metió en su colchón. A veces atribuía el súbito encandilamiento del hombre hacia ella a que para ese tiempo practicó la hechicería, empujada por su hermana Julie Cooper, una mujer tan supersticiosa como chismosa.

De esa forma, Lucas Taylor pasó a vivir a Sunny Hill y con él esos renacuajos malditos que le agriaron la vida. Sí, era cierto, antes de que Melanie Taylor falleciera, su marido compró la parte sur del lago de Sunny Hill, pero no existía evidencia alguna de esa transacción, pues Mary Annie logró embaucar al hombre, tal y como lo engañó el día que, frente al único cura, a cincuenta millas a la redonda, le dijo que sí a esa astuta mujer.

—Todo lo que dice ese par es mentira —adujo la anciana—. Estás tierras nos pertenecen a mis hermanas y a mí.

—Será un litigio contencioso lograr probar que no tienen razón —dijo el abogado.

—Para eso fui hasta Minot a procurar sus servicios, Bradley —dijo Mary Annie, exasperada—. Espero que no haya perdido mi tiempo ni mi dinero. ¡Haga su trabajo!

—Por supuesto, señora Cooper. Haré mis mejores oficios.

El hombre se levantó de la butaca, hizo una especie de reverencia ante las

dos mujeres y se marchó. Jill no lo perdió de vista hasta que desapareció por la puerta.

—Malditos los hijos de Lucas Taylor —farfulló Mary Annie—. Tim escudándose en la religión y el otro, un criminal.

La cara enrojecida de Jill la delataría. Su tía la conocía demasiado como para mantener oculto que sabía de antemano que William Taylor había regresado a Towner para procurar la herencia.

—¿Qué me estás ocultando, Jill? —preguntó la anciana.

La médica hizo una mueca y ocultó la mirada.

—Supe de la llegada de Will ayer —admitió Jill al final.

La vieja se llevó una mano al pecho con aspaviento. De los hermanos Towner, Will era el que más le preocupaba. Su fama de delincuente lo hacía peligroso. Se decía que el hombre había asesinado a dos hombres en Nashville.

—No me digas que aún mantienes comunicación con un hombre de esa calaña.

—A su llegada se accidentó y terminó en el dispensario.

La anciana se levantó de su butaca con dificultad.

—Escúchame bien, Jill. Una vez ese hombre pretendió alejarte de tu familia para llevarte a ese infierno en donde fue rey, pero esta vez espero que actúes como una mujer sensata y no te dejes arrastrar. Los Taylor son muy buenos en la cama, pero son pésimos fuera de ella. Tómallo como un consejo de una mujer que vivió veintisiete años con uno de ellos.

Jill soltó un suspiro hastiado. Le disgustaba el tono que tomó la conversación. William Taylor no era importante en su vida.

—Deberías reposar —dijo Jill para aplacar a la fiera.

—Tendré bastante descanso el día que me muera. Por el momento, debemos mantenernos en guardia para enfrentar lo que venga.

—Tu corazón...

—Deja de decir tonterías, Jill. Tú eres la doctora, pero sé muy bien cómo me siento.

—No debes excederte —le dijo Jill cuando vio a la anciana tomarse un trago de güisqui de un solo sorbo.

Mary Annie miró a través de la ventana con su semblante repleto de añoranza. Jill se conmovió al fijarse en el par de lagrimones que surcaron el rostro anciano de la mujer. La vio apretar los puños y contener la rabia.

Era hora de que alguien detuviera esa injusticia. Mary Annie no se merecía

el asedio de aquel par.

Jill abandonó la habitación de su tía después de asegurarse de que la anciana se tomara sus medicamentos. Detrás suyo iba Julie Cooper, la hermana del medio, hablando sin parar, desde recitando remedios de los indios Siux hasta diciendo que era un maleficio que algún envidioso le había hecho a Sunny Hill. Era una anciana con igual de achaques que Mary Annie, pero con un espíritu bastante asustadizo. Creía en las supersticiones, todo era un hechizo y acudía de vez en cuando a la reserva de los indios americanos, sus amigos los Sioux, en busca de diversos remedios. En su habitación tenía altares a diferentes dioses, se las daba de curandera y de vidente, pero en realidad pecaba de ingenua.

—Ese par de demonios viene a asecharnos, Jill —decía Julie mientras bajaban la escalera hasta el primer piso—. Son enviados de los muertos. El propio Lucas Taylor se aseguró de que antes de dejar este mundo mi hermana estuviera atormentada. Sabes que en los últimos años estuvo en guerra con Mary Annie.

—Julie, por favor, desiste de esas aseveraciones sin fundamentos —le dijo Jill, sacada de quicio.

Se dirigieron a la sala principal en donde descansaba Chelsea. Era una pena que aquella dulce anciana estuviera perdiendo la vista. Aún seguía sentada en la butaca reclinable esperando por noticias del estado de salud de su hermana.

—Está mejor —dijo Jill—. Debemos procurar que descanse y que no pase sobresaltos.

—Le haré un té —dijo Julie—. El jefe de Chiwow me dio unas yerbas para calmar los nervios.

Jill levantó la mirada como pidiendo ayuda del cielo. ¿Cuándo Julie dejaría de creer en cosas sobrenaturales que nada aportaban? Quiso hacerle ver su error, pero desistió. Después de todo, sus creencias eran inofensivas y la mantenían alejada del malsano ocio, que llegaba de la mano de la vejez.

—Si pudiera hacer más por Mary Annie —se quejó Chelsea.

—Con esa hermosa sonrisa haces suficiente, tía —le dijo Jill y le besó la frente.

De las tres, Chelsea era su favorita. Tenía una colección de historias orales increíbles, que le contaba desde niña. Todos, relatos de la infancia de las tres

hermanas en Sunny Hill, cosa que entretenía muchísimo a Jill.

—Soy una carga.

—Por supuesto que no, tía —manifestó la sobrina—. Nos das gran alegría.

—¿Crees que esta tarde pueda ir al huerto para cultivar?

Jill sonrió con alivio. Esa petición significaba que Chelsea iba venciendo la tristeza por su padecimiento.

—Por supuesto —dijo Jill con entusiasmo—. Voy a cambiarme. Debo hacer unas diligencias en el pueblo, pero regreso en la tarde para ir juntas al huerto.

—Ten mucho cuidado —advirtió Julie.

—Como si en Towner pasara algo —comentó Lucile, la ama de llaves, quien entró a la sala cargando una bandeja con galletas y café.

—Tendré cuidado —prometió Jill y caminó en dirección de la escalera.

Cuidado debería tener William Taylor cuando lo enfrentara. Jill no podía permitir que la pasada escena se repitiera, pues Mary Annie no viviría para contarlo. Era su deber proteger a aquel trío de ancianas y lo haría a costa de lo que fuera.

Estaba decidida a hacer desistir a aquel hombre tan terco. Si era preciso, ella misma lo escoltaría hasta la autopista número dos con un billete de no retorno.

Capítulo Cinco

Tim Taylor estaba en el templo The Calvary reparando algunas goteras en su interior. Ese sábado lo acompañaba Patrick Emerson, el pasado pastor de la congregación. Un hombre que se había retirado hacía dos años con la idea de darle oportunidad a sangre nueva y joven que impartiera mayor viveza al evangelio. Ambos compartían una misma pasión por la salvación de las almas e incluso compartían el alquiler de la casa pastoral desde que Patrick quedó viudo hacía un año. Era un hombre recto en su proceder, lento para la ira y con una actitud pausada, que se tomaba muy en serio las enseñanzas de Jesucristo. Si había alguien a quien Tim desearía emular durante la consecución de su ministerio ese era Patrick Emerson, quien a sus casi setenta años continuaba sirviendo. Tenía una amplitud de pensamiento prodigiosa y una visión bastante moderna sobre el mundo cristiano, sin caer en la herejía.

—Me alegra que tu hermano haya regresado, Tim —dijo Patrick mientras removía el polvo de los asientos—. Espero que algún día se rinda a Jesús.

—Eso pasará tarde o temprano. Hemos orado mucho para eso.

—¿Y dónde se está hospedando?

—Con Lena. Le ofrecí la casa pastoral, pero creo que se siente mejor con ella.

Patrick sonrió, conocía de primera mano los prejuicios que existían en contra de los cristianos. Para muchos, los cristianos eran prejuiciosos, aburridos y estrictos. Pero ese era el pensamiento erróneo de los que no habían visto las parrilladas de los sábados en la noche en el parque de Towner, en donde se reunía la mayoría de la congregación a cantar, jugar dominó, compartir deliciosos platos y encender una enorme fogata en donde cocinaban malvaviscos y se contaban los detalles más sobresalientes de las cosas que ocurrían en el pueblo y las ciudades adyacentes.

—¿Y que has resuelto con lo de la herencia? —preguntó Patrick—. ¿Todavía sigue esa mujer empeñada en hacerles la vida difícil?

—Creo que ese es su propósito.

—Que pena que esté arrastrada por la codicia —mencionó Patrick.

Tim se mantuvo en silencio. Procuraba evitar hablar de su madrastra, pues tenía muy claro los defectos de esa mujer. Mejor mantener la lengua sujeta.

—¿Y cómo vas con el asunto de Emily? —Patrick se refería a la maestra que contrató Tim con la idea de establecer una escuela primaria para los niños del pueblo.

Era una hermosa mujer, de cabellos castaños y ojos oscuros, de diminuta silueta, tímida y silenciosa. Una treintañera adecuada para que el pastor dejara la soltería. No era bueno que un hombre joven anduviera solo, necesitaba una ayuda idónea, eso pensaba Patrick.

—Es muy eficiente en su trabajo.

—Sabes que no me refiero a eso, Tim. ¿La invitaste al cine?

El joven pastor hizo una pausa en su tarea para mirar a su viejo amigo. Sonrió ante las ocurrencias de aquel empedernido casamentero e hizo un gesto de negación con su cabeza. Patrick era incorregible.

—No la he invitado al cine, Patrick. ¿Olvidas que no estoy interesado en una relación?

—Ir al cine con una buena amiga no es pecado, Tim. Te conozco, eres un hombre decente. No pienso que vayas a tener sexo sin casarte.

A Tim se le cayó una de las herramientas de las manos. Si había alguien directo y que iba siempre al punto ese era Patrick. No andaba por las ramas, pese a lo escabroso del tema.

—No hay muchas alternativas en Towner —reflexionó Patrick cuando le devolvió la espátula para raspar la pintura.

Tim se encaramó de nuevo en la escalera con el objetivo de concentrarse en el trabajo.

—El ser humano no nació para estar solo —continuó Patrick con su reflexión—. Dios nos dio la sexualidad para que la disfrutemos mientras las fuerzas nos lo permitan, Tim. Ya yo pasé de eso. —El viejo soltó una corta carcajada.

—Claro, bajo un matrimonio.

—Por supuesto, pero si no buscas a una chica para salir cualquier sábado en la noche a ver una buena película, nunca tendrás sexo porque no te casarás. ¿Crees que encerrado en estas cuatro paredes conseguirás a la mujer de tu vida?

—Dios me la entregará cuando el crea que sea conveniente.

—Pero también podemos darle una ayudita al Señor. ¿No crees?

Tim sonrió ante las ocurrencias de su amigo. Estaba convencido de que el dueño del universo no necesitaba ayuda para mostrarle quien sería su pareja. Era cuestión de esperar la perfecta voluntad del Padre.

Will estaba afanado en reparar su moto. Ese día, durante la mañana, había hecho una considerable inversión en piezas, por lo que ahora restaba sustituirlas, pero el calor, en combinación con el sol, no ayudaba en la faena.

A su lado se encontraba Duke, el perro de Lena. El pobre requería de atención, pero Will estaba concentrado en su tarea, tanto que no escuchó el sedán cuando se estacionó a su espalda.

Si no hubiese sido por las orejas en alerta del can no se hubiese percatado de que tras de sí se encontraba Jill Hawkins. Will se movió despacio, se incorporó y la observó con los ojos entornados. ¿Qué hacía esa mujer allí en el apartado parque de casas remolques con su rostro adusto? No era un lugar para la medica más destacada del pueblo. La niña protegida de la familia Cooper.

—Hola —dijo él—. No te esperaba por aquí.

El hombre tenía el torso al descubierto y llevaba un vaquero bastante ajustado, que demarcaba a la perfección sus atributos. Inicialmente, Jill se encandiló ante semejante panorama, pero tan pronto fue consciente de su propósito en ese lugar, apretó los dientes y frunció el ceño. Quería patentizar desde el principio lo encabritaba que estaba.

—¿Vienes a curarme la herida? —preguntó él con total desfachatez—. Claro, estás tentada a acariciarme el trasero.

—Vengo para algo mucho más importante que escucharte decir sandeces, William Taylor. —Ella se le acercó en actitud amenazante—. Ayer fui clara contigo. Te dije que Mary Annie no está sola. ¿Por qué insistir con esa mentira de la herencia?

Ahora fue Will quien tensó la mandíbula. De todos los inconvenientes que previó antes de su viaje a Towner jamás pasó por su mente encontrarse con esa mujer y mucho menos que ella se convertiría en un obstáculo para alcanzar su propósito.

—Mantente al margen, Jill. —Will optó por ignorarla, recoger las herramientas y dirigirse al interior del remolque. En todo momento Duke seguía sus pasos sin detener el movimiento de su cola.

Jill maldijo y caminó tras el hombre.

—No entiendo cómo puedes actuar así en contra de una anciana de casi

ochenta años —recriminó ella.

Ambos atravesaron el umbral de la sencilla vivienda. De primera intención Jill quedó impactada al ver en las condiciones en que vivía Lena Taylor, pero intentó disimular.

—Por tu cara de asco debo inferir que jamás has estado en un lugar como este.

—Te equivocas, durante mi práctica de...

—Ahórrate las explicaciones, Jill. ¿A qué has venido?

Will tomó una manzana del interior de la nevera, le ofreció a Jill, pero la mujer lo ignoró. No estaba allí para compartir una merienda con aquel hombre tan dominante.

—¿Qué quieres para que regreses por donde viniste? —preguntó ella, esperanzada en que fuera un asunto de dinero que pudiera resolver con sus ahorros.

Guardaba una suma considerable producto de la herencia del seguro de vida de sus padres. Con esa cantidad sería suficiente para deshacerse de la presencia de ese hombre.

Will se recostó de la encimera de la cocina, cruzó los brazos a la altura del pecho y exhibió una sonrisa socarrona. La observó de arriba abajo como si pudiera desnudarla con los ojos. La lujuria que destilaba ese hombre era apabullante.

—¿Que qué quiero? —El hombre caminó a alrededor de la mujer deleitándose con su figura—. En este momento se me antojan muchas cosas.

Jill sintió un leve estremecimiento ante el hecho de que Will disfrutaba muchísimo el momento. ¿Estaría tan ansioso como ella?

—¿Sabes lo difícil que es para un hombre estar sin sexo por tanto tiempo?

—No seas grosero, William Taylor.

El hombre soltó una carcajada.

—Hablo de un hecho real que no deberías de tomar como algo malo, Jill. Eres médica, debes saber que el sexo es una necesidad primordial.

¿Acaso ese hombre iba a discutir allí la pirámide de necesidades de Maslow cuando ella lo único que quería era salir corriendo de ese lugar? Pero no le daría el gusto de saberla perturbada. Por eso mantuvo su mentón el alto y su mirada desafiante.

—¿Cuánto dinero quieres, Will?

Esta vez el hombre sonrió sin mostrar los dientes.

—No quiero dinero, Jill. Me mueven otras cosas. —A esa última frase le

dio un tono de insinuación muy tentador y mordisqueó la manzana. Luego las descartó en el bote de la basura—. ¿Qué puedes ofrecerme?

—Dinero.

Will le retiró un mechón de cabello de su rostro con el propósito de trastornarla. Le excitaba saberla ansiosa. ¿Lo desearía tanto como él la deseaba?

—¿Eso es lo único que tienes, Jill?

Ella tragó hondo. No quería que él viera el temblor que se había apoderado de sus extremidades, por eso intentaba parecer serena, aunque sus pupilas dilatadas y su respiración entrecortada eran los peores delatores.

El hombre se acercó despacio, hasta que alcanzó el cuello fino y delicado para acariciarlo con parsimonia, pero en realidad buscaba medirle el pulso para saber lo alterada que estaba. Lamió a su antojo intentando tentarla, pero la mujer no se dejó conmover. Con una voluntad de hielo, Jill fingió que aquella caricia no despertaba ni uno solo de sus instintos, aunque el latido en su entrepierna era descomunal.

—Te deseo —le dijo Will al oído—. No ha habido una sola noche que me vaya a la cama sin pensar en tus pechos, Jill.

La mujer levantó la mano para estrellarla en el rostro masculino sin piedad, pero el hombre la detuvo a tiempo.

—Parece que se te ha hecho muy común tratar con cualquiera —le espetó Jill con furia.

Will la sometió cuando la tomó de las muñecas.

—Es la maldita verdad —admitió él—. Ninguna amante ha podido superar esa emoción que me embargaba cuando te hacía el amor en Sunny Hill.

—¡Suéltame! ¡Bruto!

El hombre no desistió, peor aún, la arrinconó contra una de las paredes para que sintiera su potencia.

—¡Déjame!

—Júrame que me has olvidado.

Will insistía en retenerla.

—Por supuesto que te he olvidado. A diferencia de ti, he tenido muy buenos amantes. —Necesitaba herirlo. ¡Cuántas veces no había escuchado historias de las peripecias de William Taylor en Nashville!

En principio, cuando el joven la dejó, sus tías se encargaron de abrirle los ojos: “Ese chico es un aventurero”, “buscará otras chicas y te olvidará”, “los chicos como él solo quieren sexo, lo tuvo contigo y te dejó”. Esa amargura y

resentimiento todavía la abrumaban.

Will sonrió sin alegría. Lo había herido. Sin embargo, el hombre le acarició la mejilla, le dio tiernos besos en el rostro, gestos tentadores que la encendieron de deseo. Con pericia la fue empujando hacia el abismo del deseo hasta que Jill fue incapaz de retroceder.

Tomó su boca con furia y pasión. Tenía en mente castigarla y poseerla. Era suya, así hubiesen pasado doce años y una lista de buenos amantes, como según ella decía. Nadie la amaría como él. Ahora con más experiencia, William Taylor se afanaba para reducirla a sus instintos más básicos y lo estaba logrando. Al menos la mujer no mostraba la resistencia inicial. Se frotó contra ella con el objetivo de que lo sintiera.

—Trata de resistir, Jill—le decía al oído mientras la tomaba la mano con firmeza para que sintiera su excitación—. Inténtalo si puedes.

Ella quería ser fuerte, escapar de la lujuria que la consumía, pero ese hombre, para su suerte o desgracia, era el amante de sus sueños. A veces, cuando cansada de sus amplias jornadas de trabajo, llegaba a Sunny Hill, tomaba una ducha junto a una copa de vino y se recostaba en su cama para evocar las fantásticas rondas amorosas con Will Taylor. Siempre fue apasionado y libre para el sexo. Muy diferente a sus amantes posteriores. ¿Por qué siempre tenía que compararlo?

Por su parte, Will se sentía victorioso al saberla rendida, no porque representara dominio, sino porque no había perdido la habilidad de precipitarla al deseo. Le comió el cuello y le acarició los pechos por encima de la blusa.

—Will, ¿dónde estás? —la voz de Lena desde la entrada de la casa los espabiló a ambos.

Se distanciaron de inmediato. Jill intentó arreglarse la blusa y el cabello mientras Will batallaba con disminuir su erección. El hombre maldijo para sus adentros, pero la mujer se sintió aliviada. No quería pensar en qué hubiese sucedido si Lena no hubiese llegado en ese momento.

Lena se quedó observando a ambos cuando atravesó el umbral. Era obvio lo que acababa de suceder allí.

—Hay condones en el botiquín del baño —dijo la mujer y soltó un par de paquetes de supermercado sobre la encimera de la cocina—. Pero, por favor, no lo hagan en mi colchón.

Jill caminó hacia la puerta con su rostro encendido por la vergüenza y desapareció.

—Creo que te arruiné la fiesta, hijo —dijo Lena con la candidez que la caracterizaba—. Lo siento. Si hubiese sabido, hubiese retardado mi llegada.

—Tranquila, Lena. Creo que me salvaste de un error.

La mujer soltó una carcajada.

—William Taylor, eres muy malo fingiendo. ¿Sabes? Creo que, si te dieran a escoger entre las hectáreas que te corresponde en Sunny Hill y un buen revolcón con Jill Hawkins, te lanzarías de cabeza en el colchón con ella. La deseas y no puedes esconderlo.

Will se sonrojó cuando se dio cuenta de que su tía se refería al enorme bulto que exhibía en el interior del vaquero.

—¿La quieres en tu cama? Reconquistala. Ya sabes, flores, una cita a cenar, una visita al lago. No sé, esas estupideces que nos conmueven a las mujeres y nos hacen abrir las piernas más rápido que abrir la mente. Eres un hombre apuesto. Deberías de sonreír más, pero si esa chica es la indicada, ya sabrá dónde hacerte cosquillas.

Esta vez Will no pudo evitar sonreír ante las ocurrencias de Lena. La abrazó con cariño y dejó el interior del remolque para continuar reparando la moto. Necesitaba concentrarse para no distraerse pensando en los protuberantes pechos de Jill y las cosas que deseaba hacerle. Tal vez tomaría los consejos de Lena para reconquistarla. ¿Pero una reconquista para qué? Si tan pronto finiquitara lo de la herencia se iría de ese pueblo para siempre.

La sala de urgencias era un caos aquel domingo en la mañana, gracias a las travesuras de Bianca Miller, una paciente siquiátrica a quien su marido llevaba al hospital uno que otro día para aliviar la carga que representaba ser su cuidador.

A su llegada al turno matutino, Jill intentó negociar con la mujer para que desistiera de sus manías de arropar a los pacientes, de mover las camas o de recitar a Walt Whitman con su poema “¡Oh yo, vida!”. Bianca se presentaba muy melodramática, cuando se paraba en el centro de la sala fingiendo la pose de una bailarina de *ballet* para recitar: “¡Oh yo, vida! Todas estas cuestiones me asaltan, del desfile interminable de los desleales, de ciudades llenas de necios...”.

La médica se paró en un extremo para observar el magnífico histrionismo de la paciente. Era lamentable que Bianca hubiese perdido la mente tras

múltiples episodios depresivos. Lo que catapultó su estado anímico fue la muerte de su único hijo a manos de unos asaltantes en la ciudad de Minot. Luego de ese suceso, la mujer continuó sus visitas al siquiatra, pero en los últimos tiempos los médicos no daban con otro remedio que no fuera choques electroconvulsivos y largos períodos de confinamiento en el hospital de salud mental de Bickmarck. Asunto que su esposo, Toby, había rechazado trayéndose a su mujer de vuelta a Towner. Era cuesta arriba cuidarla, pero el policía retirado prefería sus noches de insomnio, a saberla presa en un cuarto frío a merced de personas que no fueran sus familiares. En realidad, Bianca no se mostraba violenta. Su única afición era la literatura, eso porque en sus años productivos fungió como profesora de literatura inglesa en la universidad estatal.

Pese a que Jill intentó hacerla desistir de su manía de recitar a todo pulmón y así romper la paz que debería reinar en la sala de urgencias, Bianca continuó declamando a Francois Villon, Dylan Tomas, Rumi, hasta culminar con Shakespeare.

Luego el personal, que había apreciado ese despliegue de talento al rodearla, aplaudió hasta que Bianca Miller hizo una reverencia igual de teatral y se entretuvo al fingir que firmaba autógrafos en los papeles que el personal descartó en el bote de reciclaje.

—Quisiera estar tan enajenada de la realidad como ella —le comentó Stephanie a Jill cuando revisaban los expedientes de los pacientes.

Jill se fijó en que Stephanie tenía un aspecto melancólico.

—¿Qué te sucedió?

—Tommy rompió conmigo anoche.

Tommy era un novio cibernético que la joven estudiante conoció en una red social de citas. Tuvieron un idilio por un par de meses, pero el gran obstáculo era que Tommy Beauchamp vivía al otro lado del mundo, pues cursaba estudios de antropología en Bélgica. Claro, la joven tenía planes de reunir dinero para disfrutar de unas merecidas vacaciones con su galán, pero aparentaba ser que ese plan se había frustrado.

Jill hizo una mueca. De los seis meses que llevaba de amistad con Stephanie, Tommy Beauchamp era el tercer fracaso de la pelirroja pecosa.

—Te he dicho que te busques a un hombre de carne y hueso.

—Tendré que seguir el consejo de tu tía Julie y bañarme a medianoche en el río Misuri.

—No olvides envolvete en las plumas de un águila calva. —Jill le siguió

la corriente—. Eso si quieres que el Romeo tenga dinero.

—¿Y si hacemos el conjuro las dos?

—Aquí quien está en busca del amor eres tú, mi querida Stephie.

—Búrlate... claro como los dos mejores partidos de Towner los tienes a tus pies.

—No sé de qué hablas.

—No finjas. Sabes que Travis Sullivan y William Taylor intentan llamar tu atención.

Stephanie se quedó petrificada mirando hacia la puerta de entrada.

—Hablando del rey de Roma y el que está más bueno se asoma —comentó Stephanie en voz baja.

Jill se giró despacio para toparse con la figura de casi dos metros de William Taylor. Esa vez llevaba una camiseta blanca, ajustada a sus pectorales y un vaquero desgastado que lo hacía ver más deseable aún. La médica intentó disimular que aquel hombre no la trastornaba, pero el súbito vuelco en su estómago era la mayor evidencia. Sin querer recordó su último encuentro y la sensación que le produjo cuando William la obligó a tocarlo.

Regresó la atención a los expedientes para disimular lo alterada que estaba.

—Viene para acá, Jill —dijo Stephanie entre dientes—. Yo me voy.

Cuando la joven estudiante intentó huir, Jill la retuvo por el brazo. La presencia de Stephanie tal vez lograba que Will mantuviera una conversación prudente.

—Buenos días —dijo el hombre. Esta vez sonreía de forma mordaz.

—Buenos días —contestó Jill sin apartar la mirada de los papeles.

—Creo que me están llamando de radiografía —dijo Stephanie y se escabulló.

Jill apretó los dientes. «Traidora», pensó sobre la joven asistente.

—Vine para atenderme la herida —dijo Will.

—¿Va mejorando?

—Deberías revisarme.

En absoluto, ese era su deber, pero no se sentía capaz de llevar a cabo la tarea de manera coherente. De todas formas, y aunque quiso esquivar la responsabilidad, le tocó atender al paciente.

Ambos entraron al cubículo en silencio.

—Desnúdate, colócate boca abajo y cúbrete con esto. —La médica le entregó una sábana de papel—. Esperaré afuera a que estés listo.

—Es lo más sexy que me han pedido en la vida. ¿Sexo sadomasoquista?

—Deja de decir tonterías.

—Creía que ibas a ayudarme, Jill.

La mujer entornó los ojos y salió del cubículo. Regresó dos minutos después cuando William Taylor estaba acomodado en la cama. El muy descarado no se había cubierto el trasero.

—Te dije que te cubrieras.

—Nunca me dejo llevar por la autoridad. A estas alturas debes saberlo, Jill.

La médica preparó la solución para limpiar la herida y el antibiótico. Fue generosa cuando le tocó aplicarle el medicamento en el área. No se vengaría, aunque estaba tentada. Se enfureció consigo misma al fijarse en que las manos le temblaban. ¿Por qué William Taylor tenía ese dominio sobre ella?

—La herida se ve bien —comentó Jill para aliviar la tensión del momento —. Está cicatrizando. En un par de días...

—Cena conmigo esta noche.

William Taylor no se caracterizaba por ser galante, sino todo lo contrario, irreverente total. Su físico y su rostro apuesto eran su mayor atractivo a la hora de conseguir una mujer. La calle y las experiencias lo volvieron tosco para el asunto de la conquista. Así que ese era su mejor esfuerzo por ser atento.

—No ceno con mis pacientes. Es una falta ética.

—Será un secreto entre tu y yo —la voz aterciopelada del hombre la descolocó.

El muy descarado se giró por completo en una maniobra extraordinaria. Durante ese movimiento tomó a Jill de las muñecas para aprisionarla contra su torso. La sábana de papel no era suficiente para cubrir la tentación. Ella estuvo a punto de sucumbir al deseo de mirar, pero en todo tiempo mantuvo su mirada fija en el rostro del hombre.

—¿Qué haces? —preguntó ella en voz baja.

—Intento seducirte.

Ella logró zafarse y en ese momento la sábana de papel cayó al piso. Jill se incorporó de inmediato, pero fue demasiado tarde, la taimada Bianca Miller corrió la cortina y miró la escena con interés. Will ocultó su desnudez lo mejor que pudo y Jill corrió para sacar otra sábana del armario.

—La doctora y el paciente juegan a mamá y a papá —comentó Bianca Miller con una enorme sonrisa.

La médica intentó disimular su rostro sonrojado, tomó a Bianca por los

hombros y la sacó del cubículo. Agradeció que sus compañeros estaban ocupados con otros pacientes y no se habían percatado del pasado incidente.

—Es guapo, doctora —decía Bianca—. ¿Es su novio?

Jill se quedó sin argumento. ¿Qué podría decirle a la paciente?

—Está buenísimo, doctora Hawkins. Si fuera mi hombre le recitaría desnuda: “Habítame, péntrame. Sea tu sangre una con mi sangre. Tu boca entre mi boca. Tu corazón agrande el mío hasta estallar... Desgárrame...”

—Ya es suficiente, Bianca —le dijo Jill y la dirigió a su cama—. Es hora de que escribas un poco.

La médica atravesó la sala para dejar a la paciente en su cubículo.

—Doctora, no lo dejes escapar. Son muy pocos los que son como él.

—Bianca, duerme, por favor.

—Es un dios lujurioso, doctora. Sus ojos destilan deseo. Debe ser muy apasionado en la cama. Sea feliz con ese hombre, doctora.

Jill pensó que la locura de Bianca le hacía decir cosas incoherentes, por eso la arropó y le dijo que tenía prohibido levantarse. Prohibición que duraría hasta que la avezada mujer se escapara.

Tan pronto la médica dejó el cubículo se encontró con William Taylor frente a la estación de enfermería.

—No me has contestado aún, Jill. ¿Cenarás conmigo?

La médica titubeó. Tal vez esa oferta era la única oportunidad que tendría para hacerlo desistir respecto a Sunny Hill. Solo por eso coqueteó con la idea de aceptar.

—Paso por ti a las siete —dijo Will.

—No, prefiero ir en mi auto.

No sería una buena idea que Will fuera en su Harley Davidson a buscarla al pie de las escalerillas de Sunny Hill. Eso supondría una afrenta para Mary Annie. Su tía no lo soportaría.

—Llegaré al bar de Johnny a la hora indicada —dijo Jill.

El hombre sonrió con sorna.

—Cuando pensé en una cena entre nosotros jamás contemplé el bar de Johnny como un lugar al cual invitarte en nuestra primera cita, Jill. Iremos a Minot y lo haremos en mi moto —dijo Will—. Te espero en casa de Lena a las siete. Preferiblemente viste vaqueros. —El hombre se le acercó para decirle al oído—: Y entre más ajustado mucho mejor, nena.

Ella lo miró perpleja ante su descaro.

—No llegues tarde, Jill. Dales saludos a tus tías, en especial a Mary

Annie.

El hombre le guiñó un ojo y salió de la sala de urgencias con mejor semblante del que había llegado esa mañana.

Capítulo Seis

Jill se afanaba en su apariencia frente al tocador de su habitación. Al menos logró sobrevivir al interrogatorio de sus tías ante su negativa de cenar con ellas. Se inventó una súbita reunión con el personal del dispensario. La única que sabía que decía una mentira era Lucile Hamilton, pero la ama de llave no diría nada. En muchas instancias había demostrado ser una tumba.

Lucile la contempló salir de Sunny Hill con sigilo y montarse en el sedán para dejar el rancho. «Espero que lo que vayas a hacer te haga feliz, Jill», pensó la mujer sin dejar de mirar a través de la ventana cómo el auto se perdía en el camino.

—Está muy rara mi sobrina. —Lucile se sobresaltó cuando escucho a Julie a sus espaldas—. Nunca deja la casa a estas horas y mucho menos se pierde una cena con nosotras.

—Tal vez tomó tus consejos y saldrá con algún prospecto, Julie —dijo Lucile con una media sonrisa.

—Ojalá —dijo la anciana. Ya tendría tiempo para consultar el oráculo. Sus dioses nunca le fallaban.

En cambio, Mary Annie se dirigió al comedor en donde la esperaba Chelsea. No necesitaba que Jill le dijera la verdad, sabía que iría a arrastrarse tras el trasero de Will. Se necesitaba más que voluntad para resistirse al atractivo de un Taylor.

No quiso evocar las noches de lujuria que disfrutó con Lucas, su difunto marido. Las veces que se amaron con total lujuria y con desenfreno en el potrero o en el granero. Incluso en la parte de atrás de la camioneta de su marido. Con Lucas el sexo siempre fue como una montaña rusa. Un animal salvaje con instintos básicos para la intimidad y ella vivía obsesionada con su manera de amarla. Aún cuando los años le fueron ganando vigor, el hombre no desaprovechaba para saciarse. ¡Maldita enfermedad que lo dejó inútil en cama hasta su muerte!

De tan solo recordarlo Mary Annie sentía un corrientazo que le corría el espinazo. Esos tiempos ya no regresarían y era mejor afrontarlo.

Era preferible no evocar esos recuerdos, pues los años pesaban y los

achagues no perdonaban. Debía concentrarse en no dejarse quitar ni un solo metro de tierra por parte de aquel par.

La sonrisa serena de su hermana, Chelsea, junto a su mirada perdida la conmovieron. Ella era la más vulnerable de las tres. Era el dulce de la familia, la sonrisa cándida, el hablar pausado, la paz hecha persona. Cuando pasó por su lado, Mary Annie le besó la frente.

—No olvides que te amo, Chelsy.

—Yo también a ti, Mary Annie.

Pero la realidad es que Chelsea sentía pánico ante la presencia de Mary Annie, pues sabía de lo que era capaz. Desde niña vio lo cruel que su hermana podría ser. Recordó la vez que ahogó a los gatitos de su gata Sue porque estaba enojada con su mascota o las veces que dejaba encerrado a su perro en el sótano del granero por días sin agua ni comida. Siempre actuó como un ser malvado, sin corazón. No dudaba de su amor, pero estaba convencida de que su hermana menor no tenía ninguna bondad porque siempre actuaba en beneficio propio.

—Haré lo que sea porque estemos bien —añadió Mary Annie.

—Lo sé —Chelsea se mostró confundida—. ¿Pasa algo?

—No me hagas caso. Son cosas de vieja. Cenemos.

En eso Julie y Lucile entraron al comedor. Chelsea inició el rezo antes de tomar los alimentos mientras Mary Annie rogaba porque un viento recio del este barrierá a los Taylor de Towner para siempre.

Jill recogió a Will en la casa de Lena. Para su sorpresa el hombre aguardaba frente a la humilde vivienda. Esta vez ella quiso permanecer en el interior del auto para ver si de esa forma lograba convencerlo de que desistiera de ese paseo en moto. Había visto demasiados accidentes de carretera cuando hizo su práctica y no quería acabar con un par de huesos rotos, si es que corría con suerte y no moría durante la travesía.

Siempre se había considerado una mujer juiciosa, aunque a los ojos de William Taylor pasara como una cobarde. El hombre recorrió el camino para acercarse.

—Baja —la invitó.

—Preferiría que fuéramos en mi auto, Will.

El hombre inspeccionó el asiento trasero a través del cristal.

—Es pequeño —manifestó—. No podremos hacerlo en un espacio tan reducido.

Jill se quedó con el rostro desencajado ante tamaño descaro.

—Ven —dijo él cuando abrió la puerta.

—Meteorología informó que lloverá —dijo ella a modo de excusa para ver si lo convencía.

—Mejor, lo haremos bajo la lluvia.

Al final no tuvo más remedio que seguirlo. La condujo hasta la parte lateral de la casa remolque en donde aguardaba un Chevrolet Nova del año mil novecientos setenta y dos, de color rojo cerezo. Definitivamente, el auto era de colección.

—Conseguí este carruaje —dijo Will mientras la acompañaba hasta la puerta del pasajero—. Así, si nos agarra un tornado en el camino hacia Minot, estaremos seguros, Jill.

Ella se mantenía en silencio. El interior era espacioso, con los asientos en vinilo. Jamás se había montado en un auto antiguo en tan excelentes condiciones.

—¿De quién es este auto? —preguntó ella cuando Will se acomodó tras el volante.

—Acabo de robármelo, para no perder la costumbre. Ya sabes, los delincuentes nunca dejamos de serlo.

Jill sabía que no hablaba en serio. Una cosa era ser irreverente y otra mostrar sangre fría.

—Me costó una hora de ruegos, pero Tim me lo prestó —dijo Will cuando puso en marcha el motor—. El pastor es un coleccionista.

—Tu hermano es una cajita de sorpresas.

—Ya lo creo.

Will miró de reojo que la chica se mantenía pegada a la puerta y la tomó del brazo para acercarla a su lado.

—Lo bueno de estos autos es que puedo conducir con tu cuerpo pegado al mío, preciosa —le dijo en referencia a que el auto tenía un solo asiento y no se dividía por la ubicación de la palanca de cambios en el medio.

El hombre embriagó el auto cuando apretó el acelerador y el motor soltó un ruido furioso.

—No es necesario que... —iba a decir ella.

—No, chica linda —dijo él mientras la sujetaba—. Desististe de la moto, pero te quiero junto a mí.

Ella no tuvo más remedio que conformarse con la tortura que suponía el caliente cuerpo de ese hombre a su costado y su enorme brazo sobre sus hombros. ¿Quién podría soportar aquel martirio durante la hora que duraba el trayecto a Minot? Tomaron la ruta dos tan pronto dejaron a Towner a sus espaldas.

—Hace doce años debí encerrarte en un auto como este, Jill, para escaparnos. Hoy tú fueras la señora Taylor y yo sería padre de cinco mocosos.

—No digas tonterías.

—Era lo único que le pedía a la vida, Jill. Con eso hubiese sido inmensamente feliz.

Ella se mantuvo en silencio, con un fuerte nudo lastimando su garganta y las lágrimas amenazando con brotar. La vida se había ensañado en separarlos y pese a esa noche, esa cena y ese viaje a Minot, estaba convencida de que ya nada sería como antes.

Stephanie Myers atravesó las puertas del Bar de Johnny con total desanimo. Su idea de un sábado por la noche en Towner era una buena velada junto a su amiga, la médica, pero Jill había aceptado una cita con el irresistible motociclista, renegado y enigmático. No culpaba a su amiga. Si un hombre con las dimensiones de William Taylor la invitara a dar un paseo en moto por la carretera número dos no le importaría que fuera con rumbo desconocido.

Suspiró para despejar el cansancio y se dejó caer en el taburete frente a la barra. Como siempre sucedía, los sábados en la noche medio pueblo se había agolpado en el lugar para jugar billar, beber cervezas de barril y disfrutar de las deliciosas costillas del chef, a quien apodaban el tío Tom.

—Qué raro que andes sola —comentó Travis Sullivan cuando se acercó a servirle.

Esa noche la sonrisa del hombre le pareció muy atractiva a la chica. Eran cosas suyas o Travis era más fornido de lo que recordaba. Lo atribuyó a lo ajustado de su camiseta oscura. Ambos permanecieron en silencio unos segundos.

—Por favor, dame una Blue Moon —dijo Stephanie para dejar atrás el desliz de observarlo más de la cuenta.

—¿No quieres una cerveza de barril?

La chica negó con la cabeza.

—¿Y tu amiga?

Ahí volvía Travis a mostrar su interés en Jill. ¿Es que nunca se cansaría de perseguir a la liebre? Era increíble el aguante del sujeto, mucho más si consideraba que Jill ni le hacía ni ojitos. Sí, lo apreciaba, pero no mostraba mayor interés.

Stephanie suspiró y sonrió como una niña traviesa, gesto que no pasó desapercibido por Travis. «Es linda esta chica. ¿Qué estás pensando, Travis? Es una niña», pensaba él. Desvió la mirada de los pechos femeninos e intentó concentrarse en lo que decía ella. «Mírala a los ojos y no bajes de su cuello. ¡Eres un maldito fisgón!», se reprendió mentalmente.

—Jill está atendiendo otros asuntos —dijo Stephanie. No sería tan chismosa como para propagar la noticia de que andaba en buen plan con el recién llegado.

—E imagino que tú acabas de salir de tu turno en el hospital —dijo Travis mientras le abría la cerveza.

—¿Tan mal me veo?

Travis negó con la cabeza mientras exhibía una sonrisa coqueta. No le diría que, pese a sus ojeras, la encontraba muy sexy.

—¿Deseas pedir algo de la cocina? —preguntó él para regresar al tono serio de la conversación.

—Por ahora estoy bien con esto —dijo Stephani y levantó la cerveza.

Otra vez se desató un incómodo silencio entre ambos mientras se escrutaban. Era embarazoso para ambos no salir de esa parsimonia, pero gracias a la interrupción de otro cliente Travis salió del trance. En todo ese tiempo Stephanie se mantuvo saboreando la cerveza y observando el formidable trasero del hombre.

Sería interesante que un tipo con la experiencia de Travis la invitara a salir, Jamás había compartido con alguien mucho mayor que ella. Los chicos que había conocido a través de la internet apenas le llevaban un par de años. ¿Pero de qué podría hablar con un tipo divorciado, empresario, que pasaba de los treinta? Eso sí, estaba convencida de que al menos el sexo debería ser diferente.

Quince minutos después pidió otra cerveza. Esta vez Travis no se pudo detener para conversar, así que ella se conformó con observarlo a distancia de nuevo. Tenía las manos grandes y ligeras. Sonreía, tomaba nota de las órdenes de los clientes, iba de un lado a otro, dirigía la operación del negocio con gran

precisión y, por si eso fuera poco, tenía el afecto y admiración de sus clientes. Era fascinante cómo llenaba todo el lugar. Todo el que acudía al bar terminaba saludándolo con un fuerte apretón de manos. Sin dudas, Travis Sullivan era una buena persona.

Con la cuarta cerveza llegaron las diez de la noche. Se hacía tarde y era hora de regresar a casa. Stephanie se levantó del taburete después de dejar un par de billetes que bien cubrirían el total de la cuenta y la propina.

—¿Ya te vas? —la voz de Travis a sus espaldas la sorprendió.

—Estoy rendida.

—Qué descansas.

—Gracias.

Stephanie se encaminó a la puerta, pero a último minuto se giró para regresar a la barra.

—Me encantaría que algún día te animaras a invitarme al cine, Travis. Te aseguro que puedo ser una buena compañía.

El hombre se mostró aturdido con la osadía de la chica, pero intentó disimular con una sonrisa bastante tonta.

—Por supuesto —dijo él con voz titubeante—. Lo tendré en cuenta.

—Espero que seas un hombre de palabra.

Stephanie caminó hacia la puerta con movimientos insinuantes que delataban la redondez de sus caderas. Alcanzó la calzada mientras pensaba; «Eres una idiota, Stephanie. Lo único que conseguirás es que no vuelva a mirarte. ¿Qué he hecho?».

Al final Will y Jill optaron por visitar el restaurante Ground Round. Era un lugar ideal para una primera cita reencuentro, nada de fastuosidad y con un menú bastante amplio de costillas, carne de res, papas y vegetales. Claro, no vendían la cerveza de barril del Bar de Johnny, pero podrían dialogar con tranquilidad, sin las miradas inquisitivas del vecindario. Se podía decir que estaban en un escenario neutral sin la presión que suponía las miradas de los curiosos de Towner.

El hombre se comportó como un caballero cuando escoltó a la mujer entre los comensales, le retiró la silla para que se acomodara y se sentó a su lado.

—Espero que te guste, Jill —dijo él cuando se acomodó en su silla—. Tal vez debí optar por un lugar más lujoso.

—Es perfecto —dijo ella admirando la decoración del sitio—. Las veces que he venido a cenar a Minot nunca había optado por venir aquí.

Will sonrió sin mostrar los dientes.

—Hablas como si en todos estos años hubieses tenido muchas citas, Jill.

Ella soltó una corta carcajada.

—En Towner no llueven los pretendientes —admitió Jill.

—Es bueno saberlo.

La llegada de una joven camarera puso punto final a esa parte inicial de la conversación que pretendían sostener esa noche. Luego de tomar la orden, la chica regresó con un par de cervezas y un plato con el pan de la casa.

—Pronto les traigo su orden —dijo la camarera con una enorme sonrisa dirigida principalmente a Will. Era evidente que buscaba llamar la atención del hombre.

El motociclista le sonrió con socarronería, la camarera bateó sus largas pestañas, mostró una media sonrisa y se alejó moviendo su pronunciado trasero de un lado a otro. Jill intentó que la escena tan descarada no la perturbara, pero era transparente cuando algo no le agradaba. Su lenguaje verbal siempre la delataba.

—Espero que no pienses que intentaba coquetear con la chica —dijo él exhibiendo una inocencia que definitivamente no poseía.

—Tu comportamiento me es indiferente, Will. Si estoy aquí es para lograr un acuerdo respecto a Sunny Hill.

Will se tomó un sorbo de la cerveza.

—¡Qué gran desilusión! —dijo él con un tono de fingido—. Pensé que este era el preámbulo de un buen revolcón, Jill.

—Eres tan irrespetuoso que no sé qué demonios hago aquí.

—Soy un hombre sincero. Otro te diría que solo quiere una cena, pero yo te deseo en un colchón. ¿Sabes? No deseo otra cosa desde que volví a verte.

Ella levantó el mentón y tensó la mandíbula. No estaba preparada para la franqueza con que se manejaba William Taylor. Así era él, irreverente total.

—¿Cuánto dinero quieres por renunciar a Sunny Hill? —le preguntó ella con tono sereno.

Él volvió a sonreír con ironía.

—Imagino que el abogado de Mary Annie le habrá advertido de lo que se le viene encima. Tim y yo queremos nuestra parte y no vamos a renunciar a ella.

—Tú solo quieres dinero para regresar a Nashville.

—Veo que estás muy bien enterada —dijo él a la vez que se arrellanaba en la silla. Parecía que nada lo perturbaba.

—¿Cuánto dinero quieres para renunciar a la herencia y marcharte de Towner para siempre?

William buscó la mirada de Jill. Necesitaba escudriñar su verdadero sentir. Esa actitud de odio y resentimiento hacia él le parecía más una buena pantalla. Recordó el beso que se dieron en el interior de la casa de Lena y el tiritar del cuerpo de la mujer. Ninguno de los dos había pasado página de lo vivido en su juventud. Eso estaba ahí, en un rincón, esperando a ser rescatado.

—Más que eso quiero justicia con la memoria de mi madre —dijo él cuando logró armar su argumento—. Tu tía se ha encargado de decirle a todo el pueblo que mi madre era una mentirosa compulsiva, que engendró a dos demonios. —Will se detuvo—. ¿Has olvidado las veces que nos encerraba en el sótano del rancho?

Claro que Jill no había olvidado los ruegos y sollozos de aquellos dos chicos. Hasta ella misma, perturbada, había abogado por su liberación, pero como siempre los adultos tenían la última palabra. A Lucas Taylor poco le importaban los castigos que Mary Annie le impartía a sus hijos. Después de esos episodios Jill se acercaba a William, despacio, temerosa de su ira. El jovencito terminaba por rechazarla. Jill representaba la estirpe Cooper, esa que tanto él odiaba.

—Mary Annie ha cambiado —aseguró Jill, más para convencerse a sí misma que al propio William. En el fondo sabía que Mary Annie tenía el mismo temperamento de cuando Will abandonó Towner—. Ya no es esa mujer temperamental que recuerdas.

—Si fuera eso cierto, Jill, haría justicia y nos entregaría las tierras que nos corresponden.

—No tienen evidencia de eso.

—Llegaremos a los tribunales.

Jill cerró los ojos superada por la tensión.

En eso la camarera sirvió la comida. De nuevo empezó el juego entre William y la sensual chica. Era como si el hombre se divirtiera a mares con la cara atónita de Jill.

Durante la cena evitaron temas escabrosos. Se dedicaron más bien a disfrutar de las suculencias y a hablar del desarrollo que había tenido la zona en los últimos tiempos. Recordaron su niñez, las veces que los llevaron al parque Teodoro Roosevelt. Una hermosa experiencia de cinco días acampando

en aquel fascinante lugar rodeados por la naturaleza. Todavía para esa fecha William no se fijaba en la redondez que iban tomando los pechos de Jill, así que el viaje se convertía en una tortura para el jovencito que veía cómo esa niña no le quitaba los ojos de encima y buscaba todo el tiempo llamar su atención.

—Te odiaba para esa época —admitió Will entre risas—. Me disgustaba que anduvieras detrás del trasero de Tim y mío todo el tiempo.

—No tenía alternativas —aceptó ella—. Era la única niña y mis tías eran en extremo sobreprotectoras. Aún lo son.

—Desde que fuiste a buscarme a casa de Lena me he preguntado cómo pudiste escapar de Sunny Hill para venir conmigo esta noche.

—Mentí —dijo ella al rato.

—¡Ah! Entonces ¿esto es una salida clandestina?

Ella sonrió ante las ocurrencias del hombre.

—Vamos —dijo Will cuando terminaron de cenar.

El hombre pagó la cuenta, le dejó una buena propina a la camarera, le guiñó un ojo y salió del restaurante tras de Jill.

—Me gustaría que cuando salgas conmigo no coquetees con otras chicas —reclamó ella—. Me hace sentir como una idiota.

Caminaban hacia al auto.

—Eso quiere decir que planificas salir conmigo en otra ocasión, sino no te preocuparías por esa nimiedad —resolvió él.

Will le abrió la puerta del pasajero y la ayudó a acomodarse.

—Pues entonces imagino que si coqueteo con otro chico frente a tus narices tampoco te importe, Will.

Él sonrió con ironía.

—Soy menos civilizado que tú, Jill. No lo olvides —dijo Will cuando puso el auto en marcha y abandonaron el estacionamiento.

Antes de retornar a Towner terminaron en un bar de carretera atestado de motociclistas y camioneros. Un lugar con un ambiente estrafalario, muy diferente a lo que Jill estaba acostumbrada.

—Estarás bien, doctora —afirmó él cuando la ayudó a bajar del auto—. Sonríe, Jill. Tomaremos un par de cervezas, escucharemos música pesada y me comportaré como un caballero. —Will le guiñó un ojo mientras la escoltaba al interior.

En definitiva, el bar era tal y como Jill lo imaginaba. Mucho humo de cigarrillo, un par de mesas de billar ocupadas por un grupo de hombres

barbudos que soltaban alaridos cuando las bolas de marfil encontraban la entrada de la boca, una que otra chica luciendo pantalones de cuero y tatuajes en los brazos, y una barra larga atestadas de hombres y parejas con cazadoras de cuero exhibiendo diseños de carabelas y lobos.

Will buscó un taburete vacío en la barra, ayudó a Jill a acomodarse y se posó a su espalda en señal de protección. No quería que ninguno de los chicos se confundiera, era preferible marcar el territorio desde el inicio. Además, los ojos espabilados de Jill le confirmaban que estaba un poco temerosa. No era para menos, aquel no era su ambiente.

En ese momento se escuchaba de fondo la canción Highway to Hell de ACDC, y entre el ruido de la radio y la algarabía cercana, se hacía casi imposible conversar.

—Pide un güisqui —le dijo él al oído.

—¡Estás demente!

—Rompe las reglas, doctora. ¡Arriésgate!

—Jamás he bebido whis...

—Dos Jack Daniels —le dijo Will al bartender.

El hombre tras la barra los preparó de forma diligente.

—Acabas de comer, Jill, no vas a embriagarte. Confía en mí. Eso te ayudará con la digestión.

—No sabía que habías estudiado medicina, Will.

—La universidad de la vida va instruyendo a uno.

Cuando llegaron los tragos, Jill observó su vaso con actitud titubeante.

—Esto es sin pensarlo —dijo Will y se tomó el contenido de su vaso de un solo sorbo.

Jill intentó imitarlo, pero terminó tosiendo cuando sintió el ardor en la garganta y la quemazón en el esófago.

—Al tercer trago no sentirás nada —le dijo él al oído—. Es como cuando pierdes la virginidad, la primera vez es incómodo, la tercera comienzas a tomarle el gusto.

Ella le torció la mirada ante su descaro. Sin embargo, fue incapaz de no recordar su primera vez. William fue gentil, paciente, cariñoso, considerado, pero pese a todo eso, los nervios de ella no le permitieron relajarse y al final dolió y mucho. Pero la tercera vez era como si ambos tocaran el cielo con las manos. Era sublime la experiencia. Tan deliciosa que de solo recordarla sintió que la entrepierna comenzaba en un frenético latido.

—Un millón por tus pensamientos —le dijo él con una media sonrisa.

—Pensaba en que cuando llegue a casa tendré que tomarme un antiácido después de ese güisqui —mintió ella.

William le sonrió para dejarle saber que también había evocado su primera vez con ella.

Minutos más tarde, el motociclista repitió la dosis. Esta vez Jill fue despacio y pudo disfrutar del sabor amargo y amaderado de la bebida. Tal y como dijo Will, al tercer trago ya no le pareció tan fuerte.

—Doctora, creo que es hora de partir —dijo Will tras dejar un billete sobre la barra—. Nos espera una larga ruta hasta Towner.

William la escoltó fuera del local ante la mirada de algunos hombres que se encandilaron con las curvas de la rubia.

—Unos minutos más y le hubiera tenido que romper el taco de billar en la cabeza a un par de idiotas allá dentro —dijo Will cuando puso el auto en marcha.

—Por favor, Will. —Jill estaba mucho más relajada.

Tomaron la ruta número dos, pero justo antes de la salida a Towner, Will se desvió por un camino de tierra.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella.

Después de cinco minutos en una ruta bastante escabrosa llegaron a una gran planicie que servía de observatorio de estrellas.

—Este lugar es peligroso, Will —dijo ella observando a su alrededor.

—Tranquila, tengo un arma de fuego debajo del asiento.

—¡William Taylor!

—Relájate, Jill. Disfrutemos.

El hombre se bajó del auto para ayudar a la doctora a salir. Cuando ambos estuvieron fuera pudieron disfrutar del cielo estrellado y de la brisa cálida del verano. Will aprovechó para abrazarla contra su pecho. La observó a los ojos, acercó sus labios y la besó. Primero despacio, explorando, curioseando, pero después el deseo fue mayor y no pudo contenerse. Necesitaba sentirla muerta de deseo por él.

La tomó de la cintura para apoyarla del auto. Recorrió sus pechos ávidos de acariciarlos y endurecerlos hasta que sus pezones gritaran auxilio.

—Will... esto es un error.

—Esto es el cielo, cariño.

Ella se mordió los labios para que nada escapara de su boca mientras él recorría su cuello con cálidos besos. Se moría por tocarlo, por palpar aquel enorme bulto que se formaba en la entrepierna masculina, más el pudor le ganó

hasta que Will le tomó la mano.

—No te recordaba tan tímida, Jill.

—Prefiero no animarte.

—Es que no hace falta que me animes, ya estoy animado.

William le abrió la blusa para palpar el encaje del sostén mientras la besaba.

—Relájate —le dijo él al oído.

La realidad era que Jill no soportaría que aquel hombre la lastimara de nuevo. Le tomó mucho tiempo superar la amargura que dejó en su corazón. Fueron años de muchas luchas para poder gozar del sexo con otros hombres. Si sucumbía a entregarse a William Taylor caería de nuevo en un oscuro pozo del cual sería casi imposible salir.

No había otro amante como él. Sus múltiples relaciones se lo confirmaron. Por eso, ya no quería sus caricias ni su sexo porque volvería a ser presa de esa obsesión que la había marcado de por vida. Tenía que detenerlo, pero su cuerpo se resistía a no sentir aquel exquisito placer.

—Eres la única mujer que me hace temblar como un demente, Jill. Es tu cuerpo, es tu aliento, tu piel... Te deseo tanto que me duele —le dijo él mientras le acariciaba la entrepierna por encima del vaquero. Quiero sentirte. Déjate llevar.

Tan solo con palparla y estimularla con sus manos y sus palabras al oído, Jill alcanzó el primer orgasmo de la noche. Culminó abrazada al cuello masculino, con su pulso alterado y su cuerpo tembloroso.

—Quiero sentirte de nuevo, nena.

Will le quitó el sostén despacio para disfrutar de sus exuberantes pechos.

—Son tan hermosos, Jill —le decía mientras los acariciaba con ensoñación—. En mis noches de encierro pensaba en ellos. Nos sabes las veces que soñé en que te poseía. De mi condena lo más doloroso fue no poder regresar a Towner para hacerte mía así fuera en contra de tu voluntad.

—No te creo capaz de tomarme a la fuerza.

—Te necesitaba para sobrevivir a mi encierro y ahora necesito estar dentro de ti porque quiero sentir que sigues siendo mía y que estos doce años no han cambiado eso.

Will le bajó la cremallera del vaquero para palparla a través de la braga de encaje.

—La próxima vez utiliza un vestido, ya estuviera dentro de ti, cariño.

—Fuiste tú el de la idea del vaquero.

—Pésima idea. La próxima vez que se me ocurra una tontería así tienes permiso para pegarme.

En eso Jill escuchó que el celular sonaba en el interior del auto con insistencia. Quiso detener a William para atender.

—Ni lo sueñes, nena. Si Towner arde, que llamen a los bomberos —dijo él.

Pero Jill no podía concentrarse con aquel infernal aparato sonando.

—Déjame apagarlo, Will, por favor.

El hombre refunfuñó, pero la dejó escapar. Jill se fijó que en la pantalla se reflejaban tres llamadas del dispensario. Debía contestar porque era un evento que se salía de la rutina.

—Prometiste apagarlo —le recordó él con el labio torcido por la desilusión.

—Es del dispensario —dijo ella.

Después de la llamada tuvieron que dejar aquella maravillosa noche de forma abrupta. En la ruta dos había ocurrido un accidente múltiple y se necesitaban recursos en el hospital para atender la emergencia.

A Jill le sorprendió la comprensión que mostró Will cuando de forma amable la llevó hasta las puertas del dispensario.

—No te preocupes por tu auto —dijo él—. Buscaré la manera de traértelo.

—Siento que la noche acabara de esta forma, Will —le dijo ella.

—Espero que me recompenses —dijo él con una media sonrisa—. Sabes que terminaré debajo de la ducha pensando en ti. ¿Verdad?

Ella sonrió y se aventuró a darle un corto beso en los labios.

—Gracias por esta noche, Will.

—Espero que podamos repetir.

Jill sonrió con tristeza y se bajó del auto. Will esperó a que la mujer desapareciera en el interior del pequeño hospital y puso el auto en marcha. Finalizó tal y como le describió a la doctora, bajo la ducha, autocomplaciéndose, imaginando que Jill estaba allí bajo el chorro de agua caliente a su lado, amándolo.

Capítulo Siete

La sala de urgencia era un caos a esa hora de la madrugada. Con lo limitado de los recursos Jill tuvo que atender a seis pacientes en estado crítico hasta que las ambulancias de Minot pudieron llegar para trasladarlos hasta un hospital de cuidados especializados. De todas formas, el equipo hizo la tarea para mantenerlos estabilizados dentro de su condición. Al menos no perdieron a ninguno de los heridos, entre ellos una niña de siete años.

No fue hasta las tres de la mañana que la médica pudo tomar un respiro. Al equipo se había sumado Peter Moore, el jefe de urgencias, un doctor en su cuarta década, de sonrisa sexy y recién soltero. Hacía meses que pretendía llamar la atención de Jill, pero ella lo ignoraba con sumada elegancia. No le agradaban los romances en el trabajo y además Peter no le atraía en lo absoluto.

—¿Sabes que podrían quitarte tu licencia de médica por atender pacientes en tu estado? —le dijo Peter cuando la vio descansando en el mostrador de enfermería.

—¿Mi estado?

—Tienes aliento a güisqui, Jill. —El doctor tamborileó con sus dedos sobre el mostrador—. Me mata la curiosidad por saber qué festejabas.

Ella se mantuvo en silencio. Era preferible no auto incriminarse. Además, le parecía una afrenta la intromisión de su jefe.

—Doctora... —dijo una enfermera al acercarse levantando un llavero—. Un hombre le ha traído esto. Dice que ha estacionado su auto en la parte posterior del dispensario.

Jill tomó las llaves frente al rostro interesado de Peter.

—¿Qué me perdí en mis vacaciones? —preguntó el galeno mientras Jill simulaba revisar varios expedientes—. ¿Acaso accediste al asedio del dueño de ese estafalario bar? Debo decirte que el tipo tiene un aspecto de los años noventa. No hace pareja contigo, pero creo que eso te lo he dicho en otras ocasiones.

Ella levantó los ojos al cielo. Le molestaban los prejuicios del médico.

—Con quien salgo no es asunto tuyo, Peter.

—¿Por qué no te interesa salir conmigo?

—Te he dicho que tengo como ética no involucrarme con nadie de mi trabajo.

—Entonces, tendré que pedir un traslado al Trinity Health.

—Deja el melodrama —dijo Jill mientras se quitaba la bata—. Necesito descansar.

—Necesitas un hombre que te dé un buen masaje en los hombros, que te caliente bajo las sábanas y se acurruque contigo.

Esa escena era perfecta, pensó ella, pero con el motociclista renegado.

Jill miró las manos de Peter y sonrió con guasa.

—No tienes manos de masajista.

—Te odio, Jill Hawkins —dijo él entre risas—. Tienes una lengua viperina que solo busca destruir mi autoestima.

—Te veo mañana —dijo ella con una sonrisa.

—Qué descansas.

Agradeció en su mente que cuando llegó a Sunny Hill no había nadie esperándola. Sin embargo, Mary Annie estaba despierta en su cama cuando la escuchó caminar por el pasillo y cerrar la puerta de la habitación. «Ha disfrutado la noche con William Taylor», pensaba la anciana.

«Así será más difícil mantenerla de mi parte».

William Taylor se levantó ese domingo de buen ánimo. Silbaba mientras se disponía a pintar el frente de la casa remolque de su tía. A su lado, Duke, el perro de Lena, no le perdía el rastro mientras movía la cola con afán. Estaba determinado a remozar la vivienda y de paso impartirle un poco de ilusión a la vida de Lena antes de regresar a Nashville. Por lo menos, el día anterior se había desecho de la montaña de cachivaches que afeaba la entrada, había recortado el césped y arrancado las flores secas. Esta vez rogaba porque el clima le permitiera pintar, pues en verano las lluvias llegaban de repente. De todas formas, se arriesgaría.

—Parece que hoy alguien se levantó de muy buen ánimo —dijo Lena cuando se asomó por la puerta con una taza de café que le entregó al motociclista.

—Hace sol y estamos en verano. Tengo muchas razones para estar feliz.

—No creo que tu felicidad tenga que ver con la época del año ni con lo brillante del sol, sino más bien con una damita rubia. Te vi llevártela en el

auto de Tim anoche.

—¿Me espiabas?

Will absorbió de la taza de café. Aquel era un manjar que le ayudaba con el dolor de cabeza.

—Bueno... en Towner no hay mucho que ver. Eso era un gran acontecimiento. Solo me conformo con saber si se consumó el acto.

El hombre sonrió con picardía.

—Eres muy curiosa, Lena.

—Terriblemente y lo sabes.

—Hubo una emergencia de último minuto en el hospital y tuvimos que regresar.

—Lamento escuchar eso, pero es un adelanto esa salida.

—Eso espero, aunque no me haré ilusiones. Debo regresar a...

—William Taylor, cuándo entenderás que tu vida está en Towner y tu felicidad es esa mujer, así que no insistas en engañarte.

—Tengo mi vida allá. Mi pequeño apartamento, mi auto, mis cosas...

—Ya mismo incluyes entre las excusas a una mujer.

—No tengo mujer, Lena. Las mujeres no quieren arriesgarse conmigo.

Lena frunció los labios en señal de incredulidad.

—Claro, Will, síguete engañando. Tan pronto logres tener a Jill de nuevo no dejarás Towner a menos que la médica se haga un par de tatuajes, se ponga una bandana en la cabeza, una cazadora con carabela y se suba a la parte posterior de tu Harley para huir contigo a Nashville.

Will sonrió ante la descabellada idea de su tía. De tan solo imaginarse a Jill en ese plan descartó el pensamiento. Esa mujer podía ser cualquier cosa menos una renegada motociclista. No encajaba en ese mundo y él lo sabía muy bien. La noche anterior en el bar se veía escandalizada.

Así que era mejor no ilusionarse con una vida futura juntos. Tal vez el asunto no pasara de un par de revolcones antes de que cobrara su herencia y huyera de ese lugar para siempre.

Jill abrió los ojos cerca del mediodía. Se estiró un poco antes de dejar el colchón y arrugó la cara cuando tuvo que enfrentarse a la claridad que se colaba por las ventanas de la habitación. Entendía que el malestar de su estómago era producto de la ingesta de güisqui. Soltó una sonrisa traviesa

cuando recordó lo maravillosa que había sido la noche anterior junto a Will, sus besos, sus caricias, hasta sus ironías. Sintió que el rostro le ardía cuando recordó el orgasmo que el hombre le hizo experimentar con tan solo tocarla.

Podía ser descabellado, pero estaba loca por hacerlo con ese hombre. Acariciar su pecho, mordisquear su espalda, darle placer con su boca y dejarse poseer con frenesí. Desistió de sus pensamientos eróticos tan pronto sintió una punzada placentera en la entrepierna. Evitaba de esa forma tener que culminar autocomplaciéndose. Hacía más de un año que no disfrutaba de una noche de sexo, aunque sus experiencias íntimas no eran para nada memorables.

Se sentó en la cama y pensó en una estrategia que le permitiera salir bien librada del interrogatorio que le esperaba tan pronto se encontrara con Mary Annie. Ese día no tendría que presentarse a trabajar gracias a que Peter se había compadecido por su labor la noche anterior, pero eso suponía pasar todo el día en Sunny Hill bajo el asedio de Mary Annie.

Soltó un suspiro cansado y estiró la mano para revisar el celular. Le extrañó encontrar un mensaje de Will.

“Espero que hayas amanecido bien y que el güisqui no te haya dejado secuelas. Gracias por aceptar mi invitación. Espero que se repita. Este es mi número por si deseas enviarme fotos, desnuda. Créeme que me darán mucho placer”, leía el mensaje de WhatsApp.

No se podía ser tan impertinente y necio como ese hombre. Por más que Jill intentó molestarse releyó el mensaje y sonrió. ¿Cómo William Taylor había dado con su número? Imaginaba que Tim no pudo resistir la tentación de dárselo.

Pensó en no contestarle, pero no se caracterizaba por ser descortés. Además, muy en su interior se moría por refutarle. «No te entusiasmes mucho, Jill», se dijo. Era muy fácil intentar domar la mente, pero existía una fuerza mayor llamada amor que la empujaba.

“Buenas tardes. Amanecí con un poco de malestar estomacal, pero ya lo voy a remediar. Ni te creas, bombón, que voy a enviarte fotos comprometedoras. Vas y después quieres sobornarme para subirlas a tus redes”, le contestó ella.

“No tengo redes sociales. No me gustan”, contestó Will al rato.

Ella soltó el aparato con una sonrisa en su rostro y se dirigió al baño para asearse. En eso escuchó que alguien entraba en la habitación.

—Hola —se escuchó la voz de Lucile al otro lado de la puerta.

—Hola.

—¿Desayuno o almuerzo? —preguntó la ama de llaves.

—Tengo el estómago botando fuego —dijo Jill—. Creo que me comeré una ensalada de frutas.

La mujer permaneció en la habitación poniendo un poco de orden. Cuando Jill salió del baño la encontró tendiendo la cama.

—No te preocupes, puedo hacerlo —dijo Jill—. Hoy estoy libre.

—Esa reunión en el dispensario fue hasta tarde —dijo la ama de llave con una sonrisa irónica en los labios.

—Aunque no creas tuvimos que regresar antes de tiempo. Se produjo una emergencia en el dispensario.

—Qué mal escuchar eso.

—Un accidente múltiple en la ruta dos.

—Pero antes de esa emergencia debe haber pasado algo,

—No voy a darte detalles, Lucile, pero te diré que la pasamos bien.

—Me alegro escuchar eso, Jill. Te mereces toda la alegría del mundo —dijo Lucile mientras abría las ventanas para que corriera un poco el aire—. Quien no está muy alegre es Mary Annie. Creo que sospecha que te fuiste a ver con William y hoy anda con un humor de perros. Imagínate, que está encerrada en la biblioteca desde esta mañana. No ha querido que nadie la moleste.

Jill se paró frente al espejo para cepillarse la melena.

—Me duele mentirle.

—Ni se te ocurra sufrir un ataque de sinceridad, Jill. No lo entendería. Tu tía lo vería más bien como una traición.

Lucile se acercó a la médica.

—A veces para ser feliz hay que aferrarse a la discreción, Jill. Ella no tiene por qué saber nada.

Jill sonrió con tristeza y Lucile dejó la habitación.

En eso se escuchó la alarma de un nuevo mensaje.

“Quiero verte hoy”, era Will de nuevo.

“Hoy está difícil. Pretendo quedarme en Sunny Hill todo el día”.

“¿Qué? ¿La tía malvada te tiene encerrada en el sótano? Dime y voy a rescatarte”.

“Tonterías. Quiero descansar”.

“Mentirosa. Me tienes miedo”.

“Claro que no”

“Pues demuéstramelo. Esta noche a las diez en el lado sur del lago de Sunny Hill”.

“¡Estás loco!”.

“Estoy loco por verte, besarte y comerte entera. No puedo pensar en otra cosa, Jill. Ve preparada porque esta noche es nuestra noche, cariño”.

Esa frase culminó la conversación. Jill se sentó a la orilla de la cama a pensar en aquel encuentro. Algo en su interior la empujaba a reflexionar sobre el gran error de ir al lago, más otra parte de sí la catapultaba a vivir lo que le ofrecía aquella oportunidad. El dilema la acompañó por el resto del día, aun cuando se entretuvo reparando algunas cosas en el rancho y compartiendo con Chelsea en el huerto. Ni un solo instante fue capaz de olvidarse de William Taylor.

Lo peor sobrevino cuando llegó la noche y sus nervios incrementaron. Se dio un largo baño, se ungió con crema cada centímetro de su cuerpo, se cepilló el cabello y escogió ropa interior de encaje; sexy y llamativa. Al final decidió llevar un sencillo vestido de algodón para facilitar las cosas tal y como el hombre le había pedido. Aquella era su noche.

Antes de dejar la habitación, justo a las nueve y cuarenta y cinco, cerró los ojos, inspiró todo el aire que pudo y se convenció de que nada podía salir mal cuando ella misma deseaba esa entrega más que nada en el mundo.

No fue consciente de que Mary Annie la observaba perderse en el camino hacia al lago desde la ventana de su habitación.

La noche veraniega era matizada por una brisa cálida proveniente del sur. Will tendió la manta a la orilla del lago, encendió un par de velas, dejó una canasta de mimbre, repleta de queso, frutas y chocolate, y se aseguró de que la nevera portátil mantuviera frío el vino. Era una marca de vino barata, su presupuesto no daba para tanto, pero al menos les permitiría a los dos relajarse un poco. Todo tenía que ser perfecto.

Estaba ansioso, más que en ningún otro tiempo. Se frotó las manos sudadas sobre el vaquero, miró a su alrededor buscando señales de Jill, pero observó en su reloj de muñeca que faltaban cinco para las diez. Soltó el aire de los pulmones y se dio ánimo: «Nada puede salir mal, Will. Ella te desea tanto como tú. Ocurrirá lo que anhelan». Pero él sabía en lo profundo de su ser que aquel no era el típico revolcón para saciar la lujuria, sino más bien era hacerle el amor a la única mujer de la que se había enamorado. Creía que ya no la amaba, pero de todas formas se sentía ansioso. Tenía que lograr un buen desempeño... impactarla, saciarla por completo...

—Will —tan pronto escuchó la dulce voz de Jill a sus espaldas finalizó sus pensamientos.

Se giró despacio para encontrarse con la mujer. Jill tenía un poder inmenso de atraerlo. Con tan solo mostrar aquella sonrisa tímida lo reducía. Quiso mostrarse fuerte, por eso se irguió y caminó hacia ella fingiendo una seguridad que no tenía del todo. Le tomó las manos para acercarla a su pecho.

—Quiero retomar donde lo dejamos anoche cuando esa maldita llamada nos interrumpió —le dijo él al oído.

Jill se estremeció al sentir el aliento cálido del hombre junto a su timbre de voz masculino y grave.

—Dime que dejaste el celular —añadió Will.

Ella asintió y le tomó la cabeza entre las manos para besarlo. Si estaba allí era porque sentía la misma urgencia de culminar lo que empezaron. Se desnudaron con prisa mientras se besaban con ansiedad.

—No tengo fuerza de voluntad, Jill. Esta primera vez lo haremos rápido, pero luego...

—Procura no prometer nada que después no puedas cumplir.

El la acomodó sobre la manta mientras le besaba los pechos.

—Hoy te amaré hasta que salga el sol, así tengas que revivirme mañana.

Jill sonrió. Estaba ansiosa porque esa promesa se cumpliera. Se aferró a los enormes hombres masculinos cuando sintió que Will iba en ruta a su vientre.

—Ábrete para mí, cariño.

El hombre se detuvo en el monte de venus para torturarla. La palpó con los dedos hasta dar con su punto de placer. La mujer se estremeció, lo tomó del cabello para guiarlo y soltó unas cuantas groserías que lo animaron a continuar. Como experto, retrasó el placer hasta que Jill suplicó piedad casi sin aliento.

—¿Lo quieres, nena?

—Por favor, no pares.

De esa forma, Will la catapultó al orgasmo. Luego, ella se quedó tendida, como muerta, mientras el hombre la acariciaba con ternura, pues sabía lo sensible que se encontraba.

Tan pronto la médica se recuperó lo derribó sobre la manta y entonces fue su turno de tortura. Observó aquel cuerpo fibroso y masculino, en cuya piel se reflejaba la luz de las velas. Escudriño cada tatuaje o marca en su ruta hacia al placer de Will. Estaba listo, animado, ávido de entrar en ella, más Jill sonrió

traviesa, jugó con su enorme miembro, lo acarició a su antojo y luego lo succionó despacio, como si se tratara del dulce más delicioso.

Will temblaba, lo recorrían espasmos de placer que guiaron a Jill en su objetivo de reducir al hombre, de borrar de su cuerpo la decena de amantes con las que había disfrutado en el pasado.

—No hay nadie como tú, Jill —dijo él mientras la tomaba de la melena para ayudarla con el ritmo. La observaba mientras ella se afanaba en darle placer—. Te ves tan deliciosa, mujer, que estoy haciendo un esfuerzo por no terminar en tu boca.

Will nunca había hecho con ella lo que acababa de describir, así que Jill se esforzó por cumplir su fantasía.

—Jill, no tienes que hacerlo. Sé que para algunas mujeres es repugnante y hasta ofensivo.

Ella sonrió traviesa y lo estimuló con mayor vehemencia.

—Te quiero en mi boca, Will —dijo ella sin dejar de acariciarlo con un movimiento rítmico. Se acarició los pechos con la masculinidad de Will sin dejar de mirarlo con una sonrisa traviesa, gesto que enloqueció al hombre.

—Jill, no sé si sea tan buena idea para ti.

—¡Shhh!

De nuevo volvió a afanarse en complacerlo con su boca hasta que Will no fue capaz de detenerse. El hombre se puso sensible después de alcanzar el placer y pidió una tregua para recuperarse.

—Me has sorprendido, Jill.

—Alimentaré tu ego de macho, pero confesaré que es la primera vez que hago algo así.

Will se alejó para mirarla a los ojos.

—¿Y eso?

—No quiero pasar como una mojigata frente a un hombre con tanta calle, así que esta noche vine decidida a dejar todos mis prejuicios de lado.

Él se mantuvo en silencio.

—Mis experiencias en la calle nada tienen que ver contigo y conmigo cuando hacíamos el amor, Jill. —Will pasó su dedo por el hombro desnudo de la mujer—. Esto es otra cosa.

—Pensé que era importante desinhibirme.

—Por supuesto porque eso me da a mí luz verde para hacerte todo lo que quiero.

Will le mordió el hombro y la colocó de bruceas para recorrerle la espalda

con besos y caricias.

—Eres tan hermosa, doctora.

Le pidió que se colocara a gatas mientras se colocaba un preservativo y después de estimularla un poco con su mano se ubicó detrás de ella y la penetró despacio, tanteando que la mujer no estuviera incómoda. En principio Jill se tensó un poco hasta que su cuerpo se acostumbró a Will. De esa forma, la penetración era más profunda y placentera. El hombre fue paciente y no insistió hasta que ella misma reclamó que se moviera.

Jamás lo habían hecho en esa posición, por eso Jill estaba fascinada. William soltaba pequeños gemidos y de vez en cuando se le escapaba una grosería muy estimulante y ardiente. Ella lo miraba de soslayo por encima del hombro y sonreía coqueta para asegurarse que esa experiencia era lo mejor que había vivido.

—Quiero que ambos lleguemos al mismo tiempo, cariño —dijo él— Entrégate, Jill.

Después de eso, Will embistió una y otra vez hasta que ambos cayeron sobre la manta, sudorosos y sin aliento.

—Te necesitaba tanto —Él la abrazó por la espalda. Era un gesto tan posesivo que apenas ella podía respirar—. Eres mía, Jill Hawkins. Me encargaré de borrar estos doce años de ausencia.

—William Taylor, tú eres mi amante. No ha habido nadie como tú.

El hombre le besó el cuello y le comió la oreja hasta que la mujer volvió a excitarse.

—¿Me darás un respiro, William Taylor?

—Te dije que te amaría hasta que saliera el sol y eso haré.

Capítulo Ocho

Travis Sullivan estaba frente a la puerta del dispensario de Towner batallando consigo mismo. No sabía qué hacía allí procurando por Stephanie Myers. Se sentía estúpido con esa absurda idea pululando en su cabeza, invitarla al cine al día siguiente. Esa noche, por ser domingo, no había abierto el bar, pero librando con los temores no se había atrevido ir al dispensario para invitarla.

Tan pronto la vio estacionar el auto y salir en dirección al hospital para empezar su turno de las once de la noche, el hombre se envalentonó. ¿Con qué excusa entraría al dispensario? Sí, eso era, fingiría una indigestión y así aprovecharía para hacerle el acercamiento. Después de todo fue ella la de la idea.

Soltó un suspiro, levantó la mandíbula, saludó al guardia de seguridad de la entrada y fue al mostrador. Después de llenar el expediente médico y dar un falso diagnóstico lo llamaron para hacerle la evaluación inicial. Al menos, la sala de urgencias estaba vacía. La vio a lo lejos, en la estación de enfermeras charlando con sus compañeros.

La pelirroja era linda, sonreía como un ángel y tenía un trasero como los que le gustaban a Travis, redondo y respingón. «¿Qué estoy pensando? Es mejor irme y dejar esta locura hasta aquí», pensó él, pero cuando se iba a escabullir hacia la salida escuchó la voz de la chica a su espalda.

—¿Travis? —preguntó Stephanie—. ¿Qué haces aquí?

—Buenas noches —dijo él cuando se giró para contestarle—. Tengo algunos síntomas de indigestión, pero no es nada grave. —El hombre se acarició la panza.

—¿No deseas que te revise y salimos de duda? Jill no está, pero está el jefe de urgencia. Debes conocerlo, Peter Moore.

Claro que conocía al jefe de urgencia, un tipo tan estirado que le caía muy pesado.

—Prefiero irme a casa.

—No es la mejor decisión —dijo la chica—. ¿Sabes que la mayoría de las veces los infartos comienzan con una supuesta indigestión? Que no quiere decir que este sea tu síntoma, pero es preferible salir de dudas. Sígueme, será

cuestión de un minuto.

Travis la siguió por el pasillo hasta que alcanzaron un cubículo. Se sintió nervioso cuando Stephanie cerró la cortina y se quedaron solos en el reducido espacio.

—Acuéstate.

—¿Qué... qué vas a hacerme?

—Tranquilo, no te sacaré una tripa.

El hombre dudo, pero al final se acomodó en la camilla. Se notaba nervioso, peor aún, estaba aterrado.

—¿Puedes subirte un poco la camiseta?

Travis obedeció lo que dijo la médica practicante. La chica comenzó a palpar sus abdominales.

—¿Haces ejercicios?

—Corro en las mañanas y levanto pesas un día que otro.

—Es evidente.

Para Stephanie ese era su fantasía hecha realidad, le estaba acariciando los pectorales al hombre que la noche antes había invadido sus sueños. «¿Qué perfume usará? Huele tan rico», pensaba ella mientras continuaba su evaluación.

—¿Puedes desabrocharte el vaquero? —preguntó ella. Esta vez sonrió con malicia.

Ya iba entendiendo el juego. Travis en realidad era muy tímido con las mujeres y allí estaba a su merced.

—¿Y eso para qué?

—Debo palpar tu vientre —dijo ella ahora con su rostro adusto.

Si penoso fue para Travis obedecer, torturante fue para ella ver el nacimiento de su área de placer. Era tan fácil extender la mano y palpar, pero sería una falta ética grave por la que podía ser expulsada, así que intentó concentrarse.

—Creo que son gases, Travis.

—¿Saldrías conmigo al cine mañana? —el hombre soltó su propuesta sin pensarlo.

La chica sonrió con picardía.

—Pensaba que jamás ibas a proponérmelo.

Travis se subió la cremallera con sus manos trémulas y se cubrió el pecho con la camiseta. Estaba sudando y apenas podía articular palabra.

—¿Irás por mí a hasta Berwick? —preguntó ella.

—Por supuesto.

—Te enviaré la ubicación de mi casa, entonces.

—Pasaré por ti a las siete de la noche.

Travis dejó la camilla.

—Hasta mañana, Travis Espero que pronto te mejores.

—Gracias. —El hombre ocultó la mirada—. Ya me siento mejor.

—Gracias por venir a verme y por la invitación.

Travis dejó la sala de urgencias de inmediato. Esperaba que no hubiese quedado como un idiota ante los ojos de la pelirroja.

Will sonreía al escuchar los ronquidos de Jill. Estaban acurrucados en la manta cubiertos por una frisa que a ella se le ocurrió llevar, aunque la noche era cálida. Después del maratón amoroso, bebieron vino, comieron queso y se saciaron de chocolate. Luego, se acostaron a observar las estrellas y la médica quedó rendida.

El hombre aprovechó para contemplarla un rato. Era divina, sencilla en su proceder, pero de una belleza innata. Recordó que durante su encierro en la cárcel estatal de Tennessee contemplaba su retrato a diario. Era la única foto que conservaba de ella. Los compañeros de celda se reían y hacían bromas con la chica rubia. Un día llegó un nuevo compañero de celda que se excedió en sus comentarios ofensivos hacia Jill, y Will, enojado de rabia, lo golpeó hasta que los custodios tuvieron que separarlos. Ese incidente le costó dos semanas en lo que llamaban el “hoyo”, un frío calabozo del cual salía solo por una hora todos los días. Para ese tiempo pensó que enloquecería. Lo peor vino cuando lo retornaron a la celda. Su compañero fue trasladado, pero el muy crápula le había prendido fuego al retrato.

Desde ese incidente el motociclista comenzó a pensar que era mucho mejor no aferrarse a una quimera, sino que tendría que enfrentarse al olvido. Con toda seguridad Jill se habría ido a cumplir su sueño de ser médica y lo olvidaría. Jamás aceptaría salir con un delincuente común, si era que lograba librarse de esa larga condena. De esa forma se engañó a sí mismo y encerró todo lo que sentía por aquella mujer en un rincón de su alma. Las mujeres con las que compartía se afanaban en asomarse a su alma, escudriñar en ella, pero él se negaba. Ninguna pasó de una buena compañía. Ni tan siquiera con la

mujer que más compartió, Rachel. Intentó quererla y hasta se encariñó con ella, pero ese sentimiento estaba a años luz de lo que sentía por Jill Hawkins. Al final, también perdió a Rachel, pues la mujer no tuvo el aguante para esperarlo ocho años.

—¿Qué hora es? —preguntó Jill con su rostro adormecido y su voz ronca cuando despertó.

—Todavía hay tiempo para una vez más —le dijo él y le besó el cuello.

—Eres insaciable, William Taylor —dijo ella en medio de risas.

—Eres como una droga.

Jill se tensó. Sabía, por los relatos del propio Tim que Will sucumbió a las drogas antes de estar en prisión.

—Lo he dejado, Jill. En la prisión me sometí a tratamiento y rompí con la adicción, si es que eso te preocupa.

Ella suspiró. No quería que el tema empañara esa noche, pero tenía muchas preguntas.

—¿Cómo caíste en todo eso, Will?

El se sentó sobre la frazada para servirse una copa de vino. La convidó a ella, pero Jill se negó con un gesto.

—Cuando llegué a Tennessee estaba solo. Contaba únicamente con mi amigo David, pero éramos muy jóvenes y las calles de Nashville no eran seguras. Comenzamos reparando autos y motos. Nos metimos en varios problemas. Algunos menos serios que otros, hasta que nos buscamos un lío con un tipo que tenía una ganga. No tuvimos más remedio que unirnos al club de motociclistas para procurar apoyo.

—¿Te uniste al club buscando protección?

—Fue nuestra escapatoria de una muerte segura, Jill —dijo Will con amargura después de darle un sorbo a su copa—. En el club logramos la confianza de los líderes. Vas escalando porque vas demostrando a qué estás dispuesto. No me pidas que entre en detalles, pero traficamos con drogas y armas, regentábamos un par de prostíbulos en la ciudad y defendíamos a los miembros del club.

—¿Qué quiere decir “defendíamos”?

—Matábamos, si era necesario —dijo Will con pesar.

Jill se llevó una mano al pecho, escandalizada.

—Hay cosas de las que me arrepiento y por las que me atormento, Jill, pero era mi forma de sobrevivir.

—¿Y por qué no dejabas esa vida?

—Porque esa gente era mi familia, mis hermanos. Eran mi mundo. Después que entras ahí no encuentras la manera de salir.

—¿Y por qué caíste preso?

—En el 2009, David se metió en un lío muy feo. Comenzó a cortejar a la mujer del líder de otro club, lo emboscaron y lo mataron. Su muerte fue espantosa, Jill. Lo torturaron por días. David era mi hermano —dijo Will. Se detuvo por unos segundos—. Sus padres consiguieron que juzgaran al tipo que lo mató, pero después de un juicio amañado, el infeliz salió absuelto. Su abogado logró que lo declararan inocente por un tecnicismo. No pude soportarlo y los maté a los dos saliendo de la corte.

El silencio se hizo rey de inmediato. Solo se escuchaba el ruido de los grillos y del viento que recorría la pradera.

—Después de eso me fui a casa y me encerré por una semana. Estaba aterrado. Las noticias decían que si me encontraban tenía que enfrentar la pena capital por haber matado a un abogado, corrupto, pero abogado. Vivía con una mujer a las afueras de la ciudad. Pensé que no me atraparían, pero a la semana los policías llegaron y me arrestaron sin tan siquiera leerme los derechos. Confesé sin abogado y me encerraron.

—Pero tenías que cumplir.

—Por supuesto, pero con un abogado la pena quizás hubiese sido menor. Luego me asignaron una abogada del estado. La señora Ramírez hizo todo lo posible porque me redujeran la pena y lo logró. Obvio, también mi buen comportamiento jugó a mi favor. Me redujeron la pena a doce años. Cumplí ocho años y medio y ahora estoy en libertad condicional.

Otro silencio se apoderó del momento. Esta vez un poco más largo.

—En tres años seré un hombre libre —añadió William.

—¿Y tus compañeros del club?

—Se olvidaron de mi existencia. Para ellos estaba hundido. Pensaron que me fijarían la pena capital —Will sonrió con tristeza—. En la cárcel es que sabes quién es quién.

El hombre se detuvo.

—Te entiendo si no quieres volver a verme, Jill, o si no quieres que me acerque. Nadie quiere estar con un hombre con un pasado tan...

Jill lo abrazó por la espalda. Quería pensar que Will seguía siendo el jovencito que la enamoraba en los terrenos de Sunny Hill, que aprovechaba la distracción de los adultos para robarle un beso o que se las ingeniaba para amarla en su habitación, de noche, cuando todos dormían.

A la mujer se le escaparon un par de lágrimas al pensar que la vida había sido muy cruel con ese hombre. Mientras ella avanzaba, visitaba otros países, conocía personas influyentes y se daba la gran vida, Will, su Will, se hundía en un pozo hondo.

—No quiero que me tengas lástima, Jill. Tampoco lo pasé tan mal. Los líos me los busqué por mi propia voluntad y la calle me gustaba. Aún me sigue gustando. Tal vez nunca cambie y algún día regrese al club. No conozco otra vida.

Jill se mantuvo quieta, aterrada con la confesión de Will.

—Creo que el mal ya está mis venas, doctora. No sé vivir de otra forma.

Se miraron a los ojos y Will aprovechó para secarle el rostro.

—Gracias por esta noche, Jill, ha sido muy especial para mí.

—También para mí —admitió ella.

—Te necesitaba y aún te necesito.

Will volvió a besarla. La tomaría de nuevo. Esta vez buscaría saciarse por completo, pues estaba seguro de que después de esa conversación Jill Hawkins se acobardaría. Tomaría lo que ella quisiera darle antes de que la noche perdiera la magia.

El reverendo Tim Taylor miraba la escena extasiado. Su hermano menor estaba trepado en una escalera pintando el alero de la casa de Lena. Tenía que aceptar que la vivienda había dado un cambio radical desde que Will estaba allí. Hasta la propia Lena se veía diferente, puesto que solía sonreír más.

Se acercó despacio, pero Duke, el perro, delató su llegada.

—Te ves genial como reparador de viviendas, Will —dijo Tim a modo de broma.

—¿Cómo ves el proyecto?

—Admito que no pensé que estuviera tan adelantado.

Will se bajó de la escalera para estrecharle la mano a su hermano tan pronto se quitó los guantes.

—Vine a buscar el Nova —dijo Tim—. Sé que te encanta, pero esta noche tengo una cita.

Will abrió los ojos sorprendido.

—¿Y eso?

—No es lo que piensas. Tal vez me expresé mal.

—No tiene nada de malo que salgas con una chica. ¿O si pastor?

—Claro que no, pero esta cita es con un matrimonio. Le daré una terapia. La están pasando muy mal.

En eso Lena salió con un par de vasos con limonada.

—Te ves mucho mejor después de la gripe, Tim —comentó Lena cuando saludó a su sobrino mayor.

—Dicen que la marihuana cura hasta el mar de amores —comentó Will con irreverencia para mortificar a su hermano.

—Al menos a ti parece que no te funcionaba —dijo Tim—. Porque según tus propias confesiones cuando la fumabas era cuando más te recordabas de Jill Hawkins.

—Eso fue un golpe duro, hermano —admitió el motociclista.

—Dejen las bromas —dijo Lena antes de regresar al interior de la casa.

—Y hablando de la doctora, ¿cómo te fue tu cena?

—Mal, surgió una emergencia en el hospital y tuvimos que abandonar la misión.

—Tal vez Dios los está librando de algo mucho peor.

—Pero anoche... —Will chascó la lengua y desistió—. No sé por qué te estoy contando esto, Tim.

William se giró para tapar la pintura.

—¿Te quedarás para reconquistarla?

—Sabes que en poco tiempo tengo que regresar a Nashville para ver a mi abogada y presentarme a la prueba de dopaje. Si en un par de semanas no logro algo contundente con la herencia, tendré que irme sin nada.

—Anderson me acaba de llamar para decirme que con el pagaré que encontró Lena y su testimonio podemos lograr algo importante. Con seguridad el abogado de Mary Annie tratará de impugnar el testimonio de Lena por lo de su alcoholismo, pero no sabe que tenemos el papel del pagaré. Esa será la estocada final.

—Ojalá y sea tan fácil como dices, Tim.

—Tendremos esas tierras, Will. Ya verás.

Capítulo Nueve

La estación de enfermería estaba atestada esa tarde, así que Jill buscó un rincón para no escuchar los chismes de las enfermeras y el personal de mantenimiento. Conversaban sobre los últimos acontecimientos políticos del estado y de las nuevas peripecias del presidente Donald Trump. La médica hizo una mueca frustrada y se entregó a la tarea de actualizar los expedientes de dos pacientes que atendía en ese momento.

Unos minutos después sintió que alguien le halaba la coleta de caballo. Al girarse se encontró con la sonrisa traviesa de Stephanie. Esa mañana le pareció ver un dejo de alegría en el rostro de su joven asistente.

—¿Te reconciliaste con tu amor de internet? —le preguntó Jill sin dejar de escribir en el expediente.

—No, algo mucho mejor que eso —le contestó Stephanie con claro entusiasmo.

—Me encantaría adivinar, pero a esta hora mi cerebro no tiene suficiente cafeína como para estimularse.

Stephanie se le acercó para observarle la cara.

—Te vez fatal, Jill. Luces unas ojeras espantosas. ¿Pasaste mala noche?

Jill sonrió con malicia. Su mal aspecto era culpa de William Taylor. El hombre cumplió la promesa de amarla hasta que saliera el sol. Tuvo suerte de regresar a Sunny Hill antes de que sus tías se despertaran, pero no escapó de la mirada inquisitiva de la ama de llave.

—No dormí bien.

—¿Pesadillas con el motociclista, doctora?

Volvió a sonreír como quien rememora una aventura.

—¿Tienes algo que contarme? —inquirió la asistente.

—Creo que quien tiene algo que contar eres tú, Stephe.

La joven suspiró y miró a su alrededor para comprobar que nadie la estuviera escuchando.

—Travis vino anoche y me invitó al cine.

Jill abrió los ojos sorprendida. Le daba gran alegría que Stephanie por fin tuviera un pretendiente de carne y hueso y no un amor cibernético.

—¿Y eso?

—Vino aduciendo una supuesta indigestión. Lo atendí en un cubículo.

—¿Tú sola?

La joven estudiante asintió.

—Eso está muy mal, Stephanie. Te he dicho que no puedes atender a ningún paciente si la supervisión de...

—Sabía que estaba fingiendo. Era una excusa para acercarse.

—De todas maneras, te arriesgas a que Peter tenga un pretexto para llamarte la atención.

—Tienes razón, pero el punto es que me lo pidió. Iremos al cine esta noche.

—Me alegro mucho por ti. Necesitas esa salida.

—No sé. Estoy aterrada. Nunca he salido con un tipo tan grande... me refiero a la edad. ¿Y si hablo de cosas que no le interesan y me encuentra muy inmadura?

—No creo que le resultes inmadura, sino muy deseable. Se ha encandilado con tus pechos.

—¿Y si me pide hacerlo? Nunca he tenido sexo con un chico con su experiencia.

Jill soltó una risotada.

—¡Baja la voz! —le dijo la asistente—. No quiero que nadie se entere.

—¿De qué? ¿Qué vas a salir con uno de los hombres más guapos de Towner?

—Ah, claro, porque el más guapo es el motociclista. Aún no me has contado cómo les fue en la cena.

—Tuvimos que interrumpir la salida para atender el accidente.

—Por cierto, no entiendo por qué no me llamaron. Eso me hace pensar que no confían en mí.

—Te equivocas. Peter me pidió llamarte, pero Kerry me había dicho que acababas de finalizar tu turno y pensé que sería cruel hacerte regresar.

—Que considerada mi jefa.

—Otro día te hago venir.

Jill vio que a la joven asistente se le tensaron los músculos de la cara, se giró para ver la razón. Allí estaba el motociclista con un ramo de rosas rojas en la mano. Hasta a Jill le pareció una escena surrealista.

El hombre se acercó y Stephanie se escurrió después de saludarlo. Jill intentó que no se le notara el nerviosismo, pero era casi imposible.

—Hola —dijo Will.

—Hola —contestó ella.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Y tú?

—Un poco cansado.

—Me imagino.

—Estuve la mañana arreglando un poco la casa de Lena.

—Muy noble de tu parte.

El hombre recostó su codo del mostrador para observar a la doctora con detenimiento. Evocó un par de escenas de la noche anterior, pero no se animó a seguir por ese camino porque podría ser peligroso.

—¿Por qué pienso que ya has levantado un muro entre nosotros, Jill? — preguntó él al ver el proceder de la mujer, puesto que exhibía una actitud cortante. Como si le incomodara su presencia.

—Ideas tuyas —dijo ella, pero no levantó la mirada del expediente.

—Vine para atenderme la herida.

—Creo que ya puedes atenderte tú solo. Tienes que lavar el área con jabón, secar lo mejor posible y aplicarte el antibiótico.

Hubo un silencio incómodo. Will se sentía como un idiota allí frente a todo el mundo con un arreglo de flores. Jamás le había llevado flores a una mujer. ¿Qué razón lo empujó a realizar esa estupidez? Ah, claro, la genial idea de Lena para dejarle saber a Jill que la noche anterior había sido especial. La verdad que fue la mejor noche de sexo de su vida.

—¿No quieres verme? —Will fue directo— Dilo y me iré. Lo menos que quiero es incomodarte.

Jill se mantuvo en silencio.

—Te acobardaste —reflexionó él—. Eso es.

—Estoy en mi trabajo y creo que no es el momento...

William dejó el arreglo de flores sobre el mostrador. Chascó la lengua y soltó una risita irónica.

—Sabía que sería una pésima idea intentar parecer un caballero. Estoy convencido de que las mujeres adoran a los canallas.

El hombre tomó el arreglo floral de nuevo, se dirigió a la enfermera que regularmente le atendía la herida para entregárselo y se marchó. Jill miró la escena de reojo, cerró los puños para contener la rabia e intentó concentrarse en documentar, pero las risitas y los comentarios de las enfermeras en referencia al gesto de Will la sacaban de quicio.

William Taylor era un grandísimo cabezota. No quería encontrárselo en lo

que le restaba de estadía.

Durante el resto de la jornada a la médica le pululó una sola idea en la mente: era mejor no hacerse ilusiones a largo plazo, cortar por lo sano y evitar desilusiones. Will quiso un buen revolcón y lo tuvieron, y ambos lo disfrutaron como dos adultos, sin promesas de un futuro juntos. Es que no había posibilidad de nada más. Sus vidas no tenían ningún paralelismo.

Jill tomó la decisión de que salvaguardaría su corazón porque ya no tenía diecisiete años y no le quedaban fuerzas ni ánimo para batallar con una desilusión amorosa. Se mantendría a distancia del motociclista, así tuviera que tomar medidas extremas.

El camino a The Calvary era un poco difícil. En los últimos tiempos las lluvias habían echado a perder el pavimento y al gobierno no le importaba arreglar un camino comunal que se dirigía a un templo evangélico a las afueras de un pueblo remoto. Will tuvo que hacer peripecias para que la Harley no cayera en los huecos de la carretera.

Al final del camino se alzaba un edificio de color almendra con una cruz sobre el portal.

Era una vista hermosa, pues el templo quedaba enclavado en una llanura de verdes pastos, que obviamente Tim se encargaba de que estuviera podada y arreglada. El hombre estacionó la moto frente a la entrada, se retiró el casco y caminó en dirección del templo.

A su entrada se topó con un hombre mayor quien pasaba la aspiradora. Por el ruido del aparato no se percató de la presencia de Will de inmediato, pero tan pronto el motociclista atravesó el pasillo central, el hombre apagó el aparato.

—Buenas tardes —dijo Patrick Emerson y extendió su mano a manera de saludo—. Tú debes ser William.

El motociclista se sorprendió, pero le contestó el saludo con cortesía.

—Lo digo por la Harley. Tim me ha hablado de ti. Yo soy el pastor retirado, Patrick Emerson.

—Mucho gusto —dijo Will—. Tim también me ha hablado mucho de usted.

—Espero que te haya dicho cosas buenas. Puedes tutearme. Es la única manera de olvidar que estoy por cumplir los ochenta años.

Ambos sonrieron.

—Si vienes a buscar a tu hermano, lo encontrarás por el pasillo de la derecha en la tercera puerta —dijo Patrick.

—Muchas gracias.

Will caminó hacia el pasillo que el hombre le había indicado.

—Espero que cualquier domingo de estos te animes a acompañarnos, William.

Will se detuvo en seco. Nunca había sido asiduo a las cosas de Dios. Respetaba, puesto que sabía que había un ser superior, pero no reconocía religión alguna.

—No hay nadie tan pecador como para que el Señor no pueda redimirlo —añadió Patrick y encendió la aspiradora porque no necesitaba una respuesta del motociclista.

A Will se le grabaron las palabras de aquel anciano, pero se enfocó en dar con Tim.

A su llegada a la oficina encontró a su hermano entre un cúmulo de facturas y papeles.

—¡Qué sorpresa! —dijo Tim y se levantó para darle la mano—. Por fin te animas a visitarme.

—El camino está pésimo.

—Haremos unas cuantas actividades para recaudar fondos. Es mejor no contar con el gobierno.

Will observó la diminuta oficina de su hermano.

—Aquí paso la mayoría del día.

—Hay mucho silencio —manifestó William.

—Bueno, no tenemos el ambiente de un bar de carretera, pero cuando hay cultos la cosa se enciende.

—Me imagino.

—¿Y qué ha pasado?

—Necesitaba hablar con alguien y quien mejor que el hermano pastor.

Tim cerró la puerta para ganar mayor intimidad.

—¿Quieres tomarte algo? Aquí no tenemos whiskey, pero tenemos Coca Cola fría.

—Mejor dame una botella de agua.

El pastor lo invitó a sentarse.

—Tú dirás.

—Acabo de hacer la mayor estupidez de mi vida.

—No me asustes, Will.

—No es nada que comprometa mi libertad.

Will se estiró en la silla.

—Fui a llevarles flores a Jill a su trabajo y me trató con indiferencia.

Tim sonrió.

—¿Lo encuentras gracioso?

—Eso le pasa a los tipos rudos y apuestos como tú, Will. No tienen que hacer mucho esfuerzo para llamar la atención de las chicas y no están acostumbrados a brindar esas atenciones. No tienes que sentirte mal.

—Anoche... anoche estuvimos juntos. Ya sabes, volvimos a intimar y pensé que sería un bonito detalle... Bueno en realidad no fue idea mía, sino de Lena.

—Lena piensa como mujer.

—¿Pero por qué reaccionó de esa forma? Intenté ser amable.

—¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—De que Jill Hawkins está aterrada. Desde que tiene uso de razón tu has sido su objeto de enamoramiento.

—¿Objeto?

—Sabes a lo que me refiero. Siempre ha estado enamorada de ti.

—Estuvimos doce años sin vernos. Me confesó que tuvo otras relaciones.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado durante estos doce años, Will?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Contesta.

—Muchas. Perdí la cuenta. Sexo tienes con cualquiera que desees.

—¿Y has dejado de querer a Jill por eso?

Will apretó la mandíbula. Con el encuentro de la noche anterior había descubierto que nunca la había dejado de querer. Incluso, que en lo que restaba de vida no se enamoraría de ninguna mujer, no de la manera en que se había enamorado de la médica.

—Tu silencio me dice que sientes mucho todavía.

—No soy de palo.

—Lo sé y sé también lo enamorado que estaban cuando eran adolescentes. ¿Sabes algo? A diferencia de ti, que te fuiste de Towner, yo me quedé aquí. Cuando decidiste marcharte, Jill cayó en una depresión muy fuerte. Sus padres la tuvieron que obligar para que dejara Sunny Hill. Solo así retomó sus estudios. Hace un año, cuando regresó, durante su primera conversación conmigo, me preguntó por ti y vi ese brillo que sienten los enamorados. Esa

mujer te ama, William Taylor y lo único que has hecho es hacerla sufrir.

William se levantó para caminar por la oficina.

—No quiero hacerle daño.

—Eso lo hubieras pensado antes de volver a acostarte con ella.

—Es que tú no entiendes.

—Soy pastor, pero también soy un hombre. Tuve mis líos antes de estar aquí. Dejé un corazón roto en Canadá y no sabes lo mucho que lamento eso. Todos los días lo recuerdo, pero era mejor así. Tienes que decidir qué vas a hacer.

—Cobrar mi herencia y regresar a Nashville.

—Pues si esa es tu decisión, Will, tendrás que cargar con las consecuencias. La mayor de ellas, alejarte definitivamente de Jill hasta que te vayas.

El motociclista soltó un suspiro.

“Solo quiso ser amable contigo, Jill”, a la médica le parecía escuchar la voz recriminatoria de Stephanie cuando le contó sobre el incidente con Will. Acababa de dejar su turno en el dispensario y se dirigía a Sunny Hill. Sin embargo, de camino decidió tomar la ruta del parque de casas remolques en donde residía Lena. Pudo llamarlo al celular, pero prefería disculparse en persona.

Necesitaba presenciar la actitud de Will y saber si la perdonaba de verdad. Se excedió, eso era lo único que sabía. El terror le ganó a la razón. Tal vez él no entendería su reacción, pero, en primer lugar; estaba bajo la mirada del resto de sus compañeros de trabajo; segundo, estaba batallando con sus sentimientos y; por último, tal y como Will le había dicho, se había acobardado.

Estacionó el sedán frente a la casa remolque y caminó despacio por el sendero que daba hasta la vivienda. El perro que custodiaba la entrada la asustó, pero en eso Lena se asomó al balcón.

—Duke, cierra el hocico —le dijo la vieja al can.

—Buenas noches —dijo Jill—. ¿Puedo hablar con Will?

La anciana hizo una mueca.

—Doctora, Will no se encuentra.

Jill sabía que era mentira, puesto que su motocicleta estaba a la vista.

—Lena, hemos tenido un malentendido y es importante que hable con él.

—Will salió a ayudar a una de mis vecinas. A la pobre se le dañó una tubería del baño.

—Entiendo. ¿Le puedes decir que vine?

—Claro, doctora.

—Gracias, Lena. Buenas noches.

—Igual para usted.

La realidad la golpeó cuando regresaba al sedán. Escuchó unas risas cómplices provenientes del otro lado de la calle. Allí estaba el motociclista charlando de forma muy amena con una joven mujer de cabello marrón. Jill se fijó en que la mujer en cuestión vestía un vaquero corto y una camisilla de manguillos que resaltaba sus enormes pechos. No dejaba de coquetearle a Will y de sonreír con actitud insinuante.

Por su parte, el hombre estaba sin camisa y lucía un vaquero bastante ajustado. También sonreía y obvio, coqueteaba.

Ella tan preocupada por arreglar el malentendido y William Taylor estaba de caza. Se montó en el sedán, pero no pudo encender el auto. Maldijo en su mente, incluso golpeó el volante.

—¡No me hagas esto ahora, maldito auto! —dijo Jill.

Estaba a punto de echarse a llorar cuando escuchó un golpe en el cristal. Allí estaba el motociclista. Aspiró todo el aire que pudo y bajó el cristal.

—¿Tienes problemas?

—No quiere encender.

—Puedo revisarlo, si deseas.

Jill tuvo que morderse la lengua para no preguntarle en tono irónico si esa era la noche del buen samaritano, pues William se había dedicado a socorrer mujeres en toda la noche. Tenía que dejar el berrinche a un lado y procurar su ayuda.

El hombre le dijo que abriera el capó para revisar. Jill intentó encender el auto varias veces, pero fue inútil.

—Creo que son los cables de corriente —dijo él—, pero a esta hora no hay nada abierto. Si quieres mañana puedo revisarlo.

—No tengo opción —dijo ella cuando se bajó del auto.

—¿Y qué hacías por aquí, Jill?

—Perdiendo el tiempo —masculló Jill.

Will sonrió. Quería ponerla en aprieto.

—Tendré que llamar a alguien para que me recoja.

—Puedo llevarte —dijo él.

—No quiero molestar.

—Esta vez iremos en mi moto. Dame un minuto para buscar mi camisa y las llaves.

Will se dirigió a la vivienda y Jill se mantuvo al lado del auto aguardando.

—¿Y Will? —Jill se sobresaltó cuando vio a la mujer de vaqueros cortos a su lado.

—Entró en la casa.

—¿Y quién eres tú?

Jill ignoró la pregunta.

—¿Su mujer?

Estuvo a punto de decirle que era la madre de sus cinco hijos, pero al final el teatro se terminaría cayendo tan pronto el motociclista regresara.

En ese momento Will salió y la mujer caminó hacia él.

—Te traje pie de calabaza —dijo la extraña al entregarle un plato—. Te agradezco la ayuda. Sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Lara. No tenías que molestarte.

—Espero que una noche de esta vengas a mi casa. Podríamos ver películas. Hago unas palomitas de maíz exquisitas.

Will sonrió con malicia, miró en dirección de Jill y dijo:

—Claro, cuenta con ello.

La mujer se giró para regresar a su casa y Jill miró de reojo cómo el motociclista le miraba el trasero. Soltó un suspiro airado, tomó su bolso del interior del auto y extendió las llaves para que Will las tomara.

—Vamos —dijo el hombre después de llevar el pie al interior.

Durante el recorrido hasta Sunny Hill fue una tortura para él el abrazo de esa mujer a sus espaldas. Si fuera más valiente la raptaría y la llevaría al lago otra vez para hacerla suya, pero ya se había prometido que no le haría daño ni la llenaría de ilusiones.

Jill le tocó el hombro tan pronto llegaron a la entrada del rancho para indicarle que se detuviera.

—Puedes dejarme aquí. Caminaré.

La medica se bajó de la moto y le entregó el casco.

—Gracias por traerme.

—Jill ¿por qué fuiste a casa de Lena?

—No tiene importancia. Buenas noches.

—Buenas noches.

William no arrancó la moto hasta que la vio atravesar el umbral de la casona. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil para ambos?

Capítulo Diez

Al día siguiente, durante el desayuno, Mary Annie Cooper monopolizaba el encuentro al conversar sobre el ofrecimiento del señor Bredford. El magnate ganadero había subido la oferta de compra de Sunny Hill en un quince por ciento. A Jill le extrañó sobremanera la generosidad del hombre, pero no estaba de humor para iniciar una conversación sobre lo bueno que era Bredford, cuando Mary Annie era su mejor abogada.

—He echado tu auto de menos esta mañana, Jill —dijo Mary Annie con un tono sagaz.

—Lo dejé reparando —dijo la médica sin expresión alguna en su rostro—. Aparenta ser que tiene los cables de ignición dañados.

—¿Por eso tuviste que venir con William Taylor como una forajida a la media noche? —cuestionó la anciana.

Jill soltó un suspiro cansado. Evitaba iniciar una batalla.

—Por favor, no empecemos —intervino Chelsea—. Tengamos el desayuno en paz.

—Se ofreció a traerme —explicó Jill a la vez que tomaba un pedazo de pan de una canasta—. Era muy tarde y...

—Y te ha engatusado otra vez —culminó Mary Annie.

Lucile servía el café en silencio, pero prestando atención a todo lo que ocurría en ese encuentro.

—Terminará por romperte el corazón cuando se largue de nuevo —sentenció Mary Annie— ¿Se te olvida lo mal que la pasaste la última vez?

Jill mantenía el rostro inexpresivo.

—Porque sabes que tan pronto no logre nada con la herencia se largará por donde mismo vino —continuó Mary Annie—. No tiene un futuro. Debes entenderlo.

La doctora se levantó de la mesa sacada de quicio, tiró la servilleta y corrió hacia las escaleras.

—Julie, habla con el jefe Sioux —dijo Mary Annie cuando perdió a su sobrina de vista—. Esto ha sobrepasado mis fuerzas. Necesitamos su ayuda

—Hoy mismo iré a verlo, pero necesito dinero, Mary Annie —dijo Julie.

—El dinero no es problema —masculló la anciana con su rostro furibundo. ¿Hasta cuándo tendría que lidiar con los Taylor?

—Si creen que con un hechizo podrán acabar con el amor es porque no saben nada de la vida —comentó Chelsea con su voz dulce—. Jill y Will están atados de por vida y eso nadie lo podrá cambiar.

Jill agradeció que tenía turnos de catorce horas los siguientes tres días. Eso significaba que tendría el fin de semana libre para participar de la fiesta de independencia que tendría lugar en Towner y que estaría todo ese tiempo fuera de Sunny Hill. Significaba, además, que no tendría que enfrentar a su tía. Aquellos arrebatos de la anciana durarían hasta que William Taylor tomara la ruta dos a bordo de su Harley Davidson y aunque Jill no quería pensar en ese hecho eso ocurriría de forma irremediable.

Una fuerte opresión acogía su pecho cuando pensaba en ello.

Tan pronto entró a su turno ese día recibió un WhatsApp de Will:

“Buenas tardes, tendré tu auto listo antes de que oscurezca. ¿A dónde quiere que te lo lleve?”

“Estoy en el trabajo. ¿Cuánto es la reparación?”

No tuvo respuesta de Will, aunque insistió en la pregunta.

Al final no tuvo más remedio que desistir y concentrarse en la tarea que tenía de frente. Ese día su paciente favorita, Bianca, estaba en la sala de urgencia. Como siempre, recitaba sus poemas, aunque esa vez estaba más espiritual, pues había ido cubículo tras cubículo orando por los pacientes.

Jill la observaba desde la estación de enfermera. Pensaba qué hubiese sido de esa mujer si la tragedia no hubiese tocado su vida y cuál sería su fin. Existía una gran posibilidad de que a medida que su salud mental siguiera deteriorando ocurriría lo que el esposo había evitado a toda costa, la encerrarían en una institución para pacientes mentales. La médica negó con la cabeza y continuó con sus tareas,

—Es maravilloso —escuchó la voz de Stephanie a sus espaldas cuando se acercaba.

La joven se veía risueña.

—Llegas diez minutos tarde a tu turno, Stephie.

—Lo siento. Anoche apenas pude dormir.

—¿Y eso por qué?

—Soñaba despierta con Travis. Si no me pide que me case con él, soy capaz de pedírselo.

Jill hizo una mueca de incredulidad, puesto que sabía que su joven asistente era muy enamoradiza.

—¿De qué hablas, Stephie?

—Travis Sullivan me ha enamorado.

La doctora entornó los ojos. Todos los hombres que habían pretendido a la joven pelirroja la habían trastornado, al igual que esta vez.

—Cuéntame cómo te fue —preguntó Jill, pero continuó revisando los expedientes de los cuatro pacientes que atendía en urgencias esa mañana.

—Es un caballero. Me besó cuando me dejó en la puerta de mi casa. Ese fue el único beso en toda la noche.

—¿Te besó? —Jill levantó la vista de los expedientes por la sorpresa. Tenía una opinión de Travis como un tipo respetuosos en extremo y tímido para los acercamientos.

—Fue un beso casto.

—¿Un beso casto?

—O sea, no hubo lengua —dijo Stephanie en voz baja para que los demás no oyeran. Me invitó a acompañarlo durante la verbena.

—Eso me alegra, así tendré con quien entretenerme.

—Tengo malas intenciones durante esa celebración, Jill —dijo la joven al rato—. Te lo advierto.

—Ve despacio, lo puedes asustar.

—Es que lo tengo que besar. No puedo contenerme. Huele tan bien. Sus manos... Oh, sus manos.

—Intenta concentrarte, Stephie. Hoy nos toca inventario de medicamentos. Asunto serio.

—¿Y tú?

La medica le contó su odisea cuando fue a buscar a William en casa de Lena.

—Entonces, estás sin auto —dijo la asistente cuando entraron al cuarto de los medicamentos.

—Dice que lo tendrá listo esta misma tarde.

—El destino de ustedes es estar juntos.

—No lo creo —dijo Jill e hizo una mueca.

A las ocho en punto Will apareció en la sala de urgencias. Jill estaba dando de alta a una paciente que presentaba un cuadro de cistitis cuando una

de las enfermeras le avisó que el hombre la buscaba. Stephanie soltó una risita burlona desde la estación de enfermeras.

—Sabes que cuando regrese me desquitaré ¿verdad? —le dijo Jill cuando pasó por su lado—. Te tocará tranquilizar a Bianca cuando despierte de su sueño profundo.

Encontró a William Taylor recostado de una de las paredes con las manos en el interior de los bolsillos de su vaquero. Siempre tan atractivo y varonil que ella no pudo evitar que la recorriera aquella emoción de deseo.

—Buenas noches —le dijo Jill.

—Buenas noches. ¿Puedes salir al estacionamiento unos minutos? Me gustaría que probaras el auto.

Jill le pidió un segundo para avisarle a Peter que se ausentaría un tiempo de la sala. Ambos caminaron al exterior del dispensario en silencio tan pronto Jill regresó. A la mujer le sorprendió que el auto estuviera limpio.

—No tenías porque...

—Es solo un detalle, Jill.

—Gracias. La verdad era que lo estaba pidiendo a gritos.

Al hombre se le zafó una carcajada que contagió a la doctora. Jill se sentó tras el volante y William se acomodó en el asiento del pasajero.

—Todo muy bien —mencionó ella—. Enciende sin problemas.

Se veía inquieta.

—¿Por qué fuiste anoche a casa de Lena? —preguntó él con un tono aterciopelado.

Hubo un silencio durante el cual ella evitó mirarlo a los ojos.

—Quería disculparme contigo por cómo te traté —dijo ella al final—. No suelo ser una persona descortés y sé que tuviste un lindo gesto. Me comporté como una grosera.

El hombre la observó. Quería besarla, pero recordó la conversación con Tim. No quería lastimarla, crearle falsas expectativas y romperle el corazón. En dos semanas, de forma irremediable, tendría que regresar a Nashville, sino terminaría tras las rejas. Estaba seguro de que, aunque pasara la prueba de dopaje y la señora Ramírez abogara por él, la corte no le volvería a dar permiso para un viaje entre estado. Le quedaban tres años por cumplir. Tres años durante los cuales Jill podría hacer su vida con un hombre libre, establecerse en otro estado y tener un mejor futuro profesional. No la arrastraría a su mundo.

En cambio, ella se mantuvo esperando que el hombre se acercara para

besarla, pero eso jamás ocurrió.

—Todo eso queda olvidado, Jill. Me excedí al presentarme a tu trabajo. Pude perjudicarte.

—¿Cuánto es la reparación? —Ella prefería que la conversación girara en torno a un tema neutral.

—Acéptalo como un regalo.

—No, Will, este es tu trabajo y...

—Estoy bien, Jill. Tengo mis ahorros.

William la acompañó de vuelta al dispensario. Ambos caminaban en silencio.

—¿Cómo regresarás a casa de Lena? —le preguntó Jill cuando alcanzaron la puerta de la sala de urgencias.

—Iré al Bar de Johnny un rato. Necesito un par de cervezas para librarme un poco del cansancio. De ahí cualquiera de los muchachos me lleva.

—Gracias de nuevo, Will

¿Por qué no hacía un intento por besarla?, pensó ella. Tal vez estaba encandilado con la mujer de vaqueros cortos vecina de Lena. Al final, William había logrado un revolcón con ella y ahora iba a su siguiente conquista, pensaba Jill.

—No hay de qué. Que tengas buenas noches —dijo él antes de marcharse.

Jill se mantuvo allí hasta que el hombre desapareció entre la oscuridad de la calle.

La fiesta de independencia tendría lugar esa noche, así que todo el pueblo de Towner era acogido por un ambiente de celebración. Como cada año el sheriff ordenaría el cierre de la calle principal, la banda de la escuela secundaria tocaría sus características melodías de marcha, algunos se vestirían con disfraces de los padres de la patria para recrear la época y cerca de la medianoche habría un colorido espectáculo de fuegos artificiales. Sin dejar de lado las parrilladas, las cervezas y las máquinas de diversión tipo verbena.

De todas las celebraciones del pueblo esa era la de mayor importancia. No había ciudadano de Towner que no acudiera a aquel festín que llevaba más de un siglo de vida.

Jill se plantó frente al espejo de la cómoda de su habitación para maquillar

sus ojos y sus labios con cuidado. Cuando estaba por culminar sintió unos golpes en la puerta. Le sorprendió que fuera Chelsea.

—¿Interrumpo? —preguntó la anciana de mirada perdida.

—Por supuesto que no —dijo Jill y la ayuda a internarse en la recámara.

La médica la acomodó en la orilla de la cama y le besó la frente.

—¿Te sientes bien? —preguntó Jill.

—¿Irás a la verbena?

—Sí.

—Eso es bueno. Recuerdo en mi juventud... Pero eso hace tanto tiempo. Ahora todo ha cambiado.

—¿Quieres ir?

Chelsea soltó una sonrisa triste.

—¿Para qué? No podría ver los fuegos artificiales.

Jill se detuvo en seco, pero de inmediato se unió con su tía en la orilla de la cama.

—Siento tanto que...

—No, Jill... No me compadezcas. Estoy bien. —De nuevo soltó una sonrisa fingida—. ¿Te encontrarás con Will?

La doctora sabía que tenía que ser cuidadosa con el tema, pues no sabía si Chelsea era una enviada de Mary Annie, aunque lo dudaba, su tía no se prestaría para una bajeza como esa.

—Voy a encontrarme con unos compañeros del trabajo, a subirme a la noria, aunque me muera del miedo y a disfrutar de las parrilladas. Estar con William no está en mis planes.

Hubo un silencio largo.

—Cuando era joven también perdí la cabeza por un chico —confesó Chelsea.

Era la primera vez que la anciana se abría en un tema tan personal.

—Nuestros padres ya habían muertos y tus padres se acababan de casar. Mary Annie, por ser la mayor de las hermanas, tomó el papel de líder familiar. Recuerdo el día que le dije que estaba enamorada de Edward. Soltó varias imprecaciones contra la familia del joven y me prohibió salir de Sunny Hill sola, así que Julie se convirtió en mi guardiana. Era un infierno hasta una noche que decidí escaparme con Edward. Nos habíamos puesto de acuerdo mediante unos recados clandestino de que esa noche nos encontraríamos a la medianoche en un granero para escapar a Montana. Él tenía familiares en ese estado. Pero esa noche, aunque esperé hasta que el sol levantara, Edward no

llegó. Mary Annie le había puesto precio a nuestro amor y el muy idiota aceptó el soborno y se fue sin mí. Me consuelo al pensar que Mary Annie utilizó más que el dinero para convencerlo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Con el correr de los años he visto lo cruel que puede ser mi hermana cuando se propone algo. Luego, me encontré con la hermana de Edward y me confirmó que Mary Annie había amenazado a Edward con la escopeta de papá.

—Chelsea sonrió con la mirada perdida—. Edward no tenía la valentía entre sus cualidades, así que tomó el dinero y se olvidó de mí. Después hubo otros pretendientes, propuestas que nunca se materializaron y con el tiempo me di cuenta de que Mary Annie nos quería a Julie y a mí a su lado para siempre.

—¿Y por qué quería eso?

—Nos convirtió en sus incondicionales. Pasamos a ser sus oportunos sirvientes. Es muy egoísta. —Chelsea le tomó las manos a Jill—. Escúchame bien, no dejes que se salga con la suya, Jill.

La doctora parpadeó un par de veces, pues no entendía del todo a lo que la anciana se refería.

—Disfruta del amor sin prejuicios estúpidos.

—No tengo un amor —dijo Jill y caminó a la cómoda para seguir maquillándose.

—Lo tienes, aunque te niegues a reconocerlo. William es el amor de tu vida, Jill Hawkins.

—Pero no podemos estar juntos. Will tiene una vida muy diferente a la mía.

Chelsea hizo una mueca.

—Si se lo propusieran encontrarían muchos puntos en común.

Jill se giró para mirar a su tía.

—En unos días tiene que regresar a Tennessee. Le quedan tres años de condena.

—Contéstame algo con toda la sinceridad del mundo, amada sobrina, ¿tú aún lo amas?

La médica se tomó su tiempo para reflexionar. Estaba convencida de que William Taylor, con todos los defectos del mundo, era el hombre de su vida, pero no había una oportunidad hábil para ninguno de los dos.

—Lo amo.

—Pues esa es razón suficiente para luchar, Jill.

La doctora se mantuvo en actitud reflexiva hasta que su tía abandonó la

habitación.

El pueblo estaba abocado en las calles con la celebración. Los ciudadanos de pueblos circundantes también se daban cita en aquella famosa verbena. Jill dejó su auto estacionado en las calles vecinas y caminó entre el gentío. Stephanie la estaba esperando a las puertas del Bar de Johnny. La joven estaba un tanto desilusionada, pues Travis estaba ocupado con la enorme parrillada que su local llevaba a cabo, así que no podría atenderla hasta que todo ese despliegue de clientes se dispersara.

—Tienes cara de pocos amigos —le comentó Jill a la joven pelirroja.

—Pensé que podría disfrutar con Travis, pero ya ves, hay una enorme fila para entrar al local y acaba de decirme que esta noche...

—Sé comprensiva —le dijo Jill y la tomó por los hombros para dirigirla en dirección de la verbena—. Mientras tanto subiremos a la noria.

—No me habías dicho que le tienes pavor.

—Esta noche quiero arriesgarme —dijo Jill—. Me siento capaz.

Stephanie soltó una risita burlona.

Cuando estuvieron frente a la enorme noria se acomodaron en la fila. El gentío era mucho más de lo habitual. Unos minutos después Jill distinguió una espalda ancha cubierta por una cazadora de cuero. Sin dudas, se trataba de Will, pero cuando se fijó vio que el hombre estaba acompañado de la vecina de Lena. La mujer sonreía extasiada de la conversación que sostenían.

—No voltees —le dijo Jill a su asistente—. A las dos horas mira quien está.

Stephanie disimuló lo mejor que pudo, pero su lenguaje corporal era evidente.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó la joven, intrigada.

—La vecina que te había contado.

—Tiene la blusa a punto de reventar. Los pechos... Ay, Jill, no quiero alarmarte, pero creo que caminan hacia acá.

La médica miró de reojo. Efectivamente, aquel caradura caminaba hacia la fila de la noria. Jill levantó el mentón y dirigió su atención en dirección contraria. Lo importante era no quedar en evidencia frente aquel par.

—Buenas noches —la voz grave de William Taylor se escuchó a sus espaldas.

Jill fingió no haber escuchado nada hasta que la risita de la mujer que acompañaba al motociclista la llenó de indignación. «Tú has soportado cosas peores, Jill Hawkins. Finge indiferencia», se dijo y se giró para saludar al hombre con una enorme sonrisa.

Stephanie observaba la escena con atención.

—Buenas noches, Will —dijo Jill.

—Ya conoces a Lara —dijo el hombre cuando presentó a su acompañante—. Es la vecina de Lena.

«Sí, y la mujer que calienta tu colchón, canalla», pensó Jill. La médica sacó su mejor sonrisa para saludar a su rival.

—Saludos —le dijo la doctora a la tal Lara.

La mujer sonrió con frivolidad. La batalla estaba echada, las dos mujeres reñirían por la atención del motociclista.

—Buenas noches —dijo finalmente Lara.

—Pensé que odiabas la noria, Jill —dijo Will a modo de burla.

—Hay traumas juveniles que los años me han hecho superar —dijo la médica con una sonrisa de triunfo. «Entre esos traumas estás tú, imbécil», pensó Jill.

«No me has superado, doctora. Te tiembla el labio inferior de la rabia de saberme acompañado por otra. Quiero saber hasta dónde eres capaz de llegar, Jill Hawkins», se dijo el hombre a sí mismo.

En eso la fila avanzó y Jill y Stephanie ocuparon la última silla de esa ronda.

—Que disfruten —dijo Will cuando le tocó aguardar.

Jill sonrió y se dejó llevar por el hombre de seguridad de la máquina de diversiones.

—Te admiro —dijo Stephanie cuando el carrito que ocupaban ambas se elevó—. Yo le hubiese arrancado los ojos.

—No vale la pena. William Taylor desaparecerá de mi vida en muy pocos días.

Después de eso, ambas mujeres pasearon entre los quioscos, comieron golosinas y terminaron degustando una parrillada en el Bar de Johnny. Cerca de la medianoche, cuando se esperaba el despliegue de fuegos artificiales todo mundo salió a la calle. La algarabía era descomunal.

Jill se alejó del gentío, pues conocía el mejor lugar desde donde ver el espectáculo. Caminó en dirección a la antigua casona Fernsby, una vivienda abandonada hacía más de dos décadas. La propiedad estaba cubierta de

helechos, lo que dificultaba el paso de la doctora, pero ella se conocía el lugar como la palma de su mano. Tomó la escalera de piedra hasta el tercer piso y sin dificultad accedió a la terraza y de ahí al tejado. Era la vivienda más alta de todas las circundantes.

Se recostó con las manos detrás de su cabeza e intentó no evocar los recuerdos de hacía doce años cuando en aquel tejado William Taylor la hizo su mujer.

Capítulo Once

De pronto el cielo tuvo un matiz diferente. Un mosaico de colores intensos llenó el espacio en conjunto con ruidos estridentes y gritos de libertad. ¿Cuánta sangre y vida les costó a los antepasados norteamericanos aquella celebración de independencia?, reflexionaba ella sin perder su postura relajada sobre el tejado. En eso, le pareció ver una sombra.

Estaba sola en esa vivienda apartada y aunque Towner era un pueblo con una bajísima incidencia de delitos tuvo miedo, hasta que el rostro risueño del motociclista se asomó. El hombre logró acceso al tejado con una maestría tremenda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, pues temía que a Will se le hubiera ocurrido la fantástica idea de invitar a la tal Lara.

—Es el punto desde donde mejor se puede presenciar el espectáculo.

—¿Y dejaste tirada a tu acompañante?

—Siento un tono de celos.

Jill soltó una risita de burla.

—Ya quisieras, William Taylor.

—Pero para tu tranquilidad debo aclarar que no es mi acompañante. Me la encontré casualmente en la verbena y no quise ser descortés.

—Eres un dechado de amabilidad y buenos modales.

—Cuando quiero puedo ser educado. ¿Y tú qué haces aquí?

—Viendo el espectáculo...

—Y recordando viejos tiempos —culminó él con voz aterciopelada.

El hombre se había acomodado cerca de ella. Disfrutaron en silencio hasta que Will perdió la paciencia y le robó un beso. La médica reaccionó con sorpresa inicialmente, pero luego se dejó llevar por su deseo.

El motociclista aprovechó la debilidad de ella para acomodarse entre sus piernas.

—Revivamos el momento, Jill —le dijo el hombre al oído—. Deseo estar dentro de ti, sentir tu temblor y tu desenfreno, nena.

—No podemos —alegó ella valiéndose del último vestigio de consciencia, pero estaba demasiado excitada por las caricias de Will. Sentir las manos ansiosas del hombre recorrer su cuerpo la estaba enloqueciendo.

William se quitó la camisa en un movimiento rápido. Eso bastó para que Jill le mordiera los hombros y le recorriera la espalda con las uñas.

—¿Esto es un sí, cariño? —preguntó él. Quería estar seguro de que ella también quería ese encuentro.

La mujer lo miró con sus ojos colmados de deseo y le comió la boca. El hombre no puso resistir ese repentino ataque de pasión, así que la ayudó a desprenderse de la blusa y el sostén. Observó con fascinación los pechos de ella. Eran abultados y perfectos. Los acarició con parsimonia hasta que la vio retorcerse de lujuria. Continuó su descenso por el vientre femenino hasta que tuvo que batallar con el botón del vaquero.

—¡Maldito botón! —dijo con voz ronca.

Jill sonrió mientras se incorporaba para deshacerse del vaquero y de la braga de encaje. Will no perdió tiempo y la imitó.

Al menos el tejado no tenía una caída en pendiente, sino más bien tenía un ángulo de apenas veinte grados, así que el riesgo era mínimo para los amantes. Se enredaron tan pronto sus cuerpos estuvieron al descubierto.

—Will, la protección. —Esta vez era ella la que recordaba que era mejor prevenir una enfermedad de transmisión sexual.

El motociclista extendió la mano y sacó una bolsita con un profiláctico en el interior. Ella quiso ayudarlo, pero el hombre estaba ansioso por poseerla, así que se lo colocó con prisa. La besó de nuevo, la estimulo con su mano hasta comprobar que estaba lista y deseosa por recibirlo. Solo por eso se coló en su interior entre jadeos y palabras de lujuria.

Ambos estaban ansiosos por alcanzar el clima teniendo como fondo el ruido y las luces de los fuegos artificiales.

—Es hermoso tenerte de nuevo en este lugar, Jill Hawkins.

—William, no puedo esperar más.

El hombre la embistió con fuerza y ritmo hasta que ambos tocaron el cielo al unísono.

—Te quiero, Jill —le dijo él cuando la acomodó en su pecho—. Te quiero como ese primer día en que me di cuenta de que tenías unos enormes pechos y un delicioso trasero.

Jill lo golpeó con cariño para que desistiera de sus bromas.

William se refería al día de la boda de Tim, cuando la vio desfilar hacia el altar vistiendo un traje que pronunciaba sus atributos de mujer. Ese día la persiguió hasta el despacho de la casona de Sunny Hill para besarla. Fue un encuentro candente entre dos adolescentes sedientos por el deseo.

El joven no pudo evitar la lujuria de tocarle los pechos y apretarle el trasero. Para él era un sueño caliente poder acariciar a Jill, para ella fue la muestra que necesitaba para convencerse de que amaba a aquel joven estafalario y rebelde con todo su corazón.

Allí comenzó el idilio que ni doce años de ausencia, ni la calle, ni la prisión, ni los prejuicios habían logrado destruir.

Los amantes se acurrucaron y se entregaron a un plácido sueño.

En la mañana del jueves de esa semana Jill condujo hasta el Bar de Johnny, tal y como Travis le había pedido. El lugar era el punto de encuentro de los niños escuchas que participarían en la expedición.

Antes de entrar al local se aseguró de bajar un bulto con sus pertenencias y el kit de primeros auxilios. Su participación no era una mera casualidad, sino que era una previsión que tomaba Travis Sullivan en caso de que alguno de los niños resultara lesionado o sufriera algún padecimiento durante la gira de cuatro días en el parque nacional Theodore Roosevelt.

La médica esperaba que, a su regreso el domingo por la tarde, no hubiese ocurrido ninguna incidencia.

En eso escuchó la voz de Stephanie. Se notaba bastante entusiasmada con la expedición.

—La pasaremos genial —dijo la joven tan pronto saludó a Jill—. Todos están adentro. Creo que Travis hará una reunión antes de partir.

Ambas entraron al local atestado por una tropa de cerca de treinta niños y alguna docena de adultos. Para sorpresa de Jill le extrañó ver a Will entre los asistentes. ¿Qué hacía el motociclista allí? Intentó disimular su nerviosismo, saludo a todos de forma general y ocupó un asiento.

—Creo que con la llegada de Jill se completa el grupo —dijo Travis—. Como saben, el destino ha cambiado y este año el parque Roosevelt nos abre sus puertas.

Jill y Will se miraron. Ambos recordaron su último encuentro en el tejado. Desde ese fogoso encuentro habían evitado coincidir.

Los niños de la tropa irrumpieron en alaridos y aplausos cuando Travis anunció el destino. Los padres intentaron llamar al orden, pero la tropa era difícil de contener. La excitación del viaje mantenía a la grey infantil y juvenil exacerbada.

—Dividiremos a los adultos en grupo —indicó Travis, vestido con el típico uniforme de color verde—. Por ejemplo, la unidad de seguridad estará comandada por William Taylor, la doctora Jill Hawkins y la asistente médico Stephanie Myers.

Un poco más y a Jill se le cae la mandíbula. ¿Por qué William Taylor sería el encargado de la seguridad? ¿Travis había perdido el juicio?

El motociclista se sentó al lado de la médica.

—Sé que te toma por sorpresa, pero la otra noche cuando vine a tomarme unas cervezas a Travis le pareció bien incluirme para el asunto de la seguridad —explicó Will—. Me conozco bastante bien el bosque. Además, mi fama de delincuente y asesino le sirve para amedrentar a los malhechores.

Jill soltó una mueca furiosa.

—No sé a qué estás jugando, William Taylor —dijo ella.

—Estas noventa y seis horas las pondré como labor voluntaria cuando regrese a Nashville. Tal vez me reduzcan tres meses de cárcel.

—Deja de decir sandeces y dile a Travis que no irás.

—¿Y perderme un viaje a mi parque favorito? ¿A qué le tienes miedo, Jill?

La médica quiso gritarle que a sí misma. Cuatro días al lado de ese hombre, sin escapatoria y sin excusas para evitarlo, se convertirían en tortura.

—Escuchen —dijo Travis—. Hoy almorzaremos en el pueblo de Medora.

De nuevo los niños se alteraron.

—En la tarde tomaremos la ruta hacia donde estableceremos nuestro campamento en Cottonwood.

Después de esa corta reunión, en la cual quedaron asignadas las tareas de todas las unidades y se le dieron instrucciones precisas a la tropa, se dirigieron al exterior del local para acomodar todo el equipaje en la parte baja del autobús de pasajeros.

Jill intentó compartir asiento con Stephanie, pero al final el motociclista consiguió sobornar a la joven asistente y hacerse con su espacio.

—Espero no estropear tu viaje, Jill —le dijo el hombre cuando se acomodó a su lado.

—Debo acostumbrarme a la idea de que no tengo otra alternativa que soportarte —admitió ella.

Esa semana en que evitó todo contacto con William Taylor después de su último encuentro se juró a sí misma que se olvidaría de ese asunto. Ahora teniéndolo tan cerca sus planes podrían irse al traste. Se sentía frustrada consigo misma y su manera de demostrarlo era a través del enfado.

—Trataré de no molestarte, Jill. Te lo prometo.

Al menos durante las primeras dos horas del viaje el hombre cumplió lo pactado, se acomodó en su asiento, se recostó y se quedó dormido. Para Jill no fue fácil tenerlo cerca, con ese vaquero que le quedaba tan ceñido a esa parte que tanto la tentaba, con aquella camiseta que destacaba su pecho y esos brazos anchos cubiertos por tatuajes.

Le miró el rostro masculino de mandíbula cuadrada. Era tan guapo y tan varonil que se le antojaba besarlo. Lo encontró lindo desde la primera vez que lo vio en Sunny Hill, pese a que en aquel tiempo William tenía nueve años y ella siete. El niño batallaba con una mella en los dientes del frente y con el cabello largo e indomable, pero le pareció adorable lo salvaje que era. La rechazó desde la primera y eso la enloqueció más. Era como si aquel ser y ella se pertenecieran desde la eternidad.

Lo peor vino en la pubertad, cuando le tocaba pasar los veranos en el rancho de sus tías. Will le huía, no la tomaba en cuenta para nada, pero el destino fue bueno y cuando le salieron pechos y su trasero se hizo grande y curvo Will no pudo resistirse y durante la boda de Tim la besó. Cuatro meses más tarde se dio la entrega.

«¿Qué estoy pensando? ¡Puras estupideces! ¿Cuándo vas a dejar de idealizar a William Taylor? Eres una mujer de veintinueve años y no una niña, Jill», pensaba. Pero era imposible, ahora mucho más desde su última vez en el tejado. Se moría por repetir la experiencia, cabalgarlo y poseerlo.

—Me siento hostigado —dijo el hombre medio dormido.

De inmediato ella giró la cabeza para observar por la ventana con disimulo.

—Me fascina cómo me devoras con la mirada, Jill —dijo él cuando se irguió en el asiento—. Aunque pretendas disimularlo, me comes con la vista.

—Prometiste no estropear el viaje —dijo ella.

—Tienes razón.

Ahora era él quien se deleitaba con el fino cuello de la doctora, sus pechos, esos labios carnosos que lo habían devorado. La quería poseer de nuevo. Comérsela a besos. Recitarle groserías al oído para excitarla. Solo faltaba que en esa travesía ocurriera algo que le diera una oportunidad.

Se prometió a sí mismo que si surgía un chance la amaría por última vez. Solo le pedía a la vida una oportunidad más para tenerla. Luego regresaría a Towner, tomaría su moto y desaparecería, sin importar que no hubiese logrado el objetivo de su viaje respecto a la herencia.

Saldría de la vida de la doctora Jill Hawkins como había salido hacía doce años, pero esta vez sería para siempre.

Capítulo Once

Cuando alcanzaron el pueblo de Medora había pasado el mediodía. Los chicos se quejaban por el hambre y por las ansias de iniciar la aventura, pero Travis tuvo un excelente control de grupo, y después de unas cuantas amenazas de regresar a Towner si exhibían un mal comportamiento, la tropa se tranquilizó.

El pueblo de Medora era una réplica casi exacta de un pueblo del viejo oeste americano, con sus edificios construidos en madera, con calzadas confeccionadas en tablones, heladerías y restaurantes de estilo antiguo y hasta paseos en carruajes.

—Si me hubiese tocado vivir en el Viejo Oeste me hubiese gustado ser como Jesse James —mencionó Will.

Jill hizo una mueca ante su absurdo comentario.

—No habría dama que dejaras en paz, entonces —dijo la médica.

—Solo me interesaría por una —le indicó el motociclista muy cerca al oído para que el resto no escuchara—. La bella y virginal Jill Hawkins. La raptaría para llevarla a mi guarida.

—Deja de decir estupideces, William Taylor —dijo ella y continuó caminando tras el grupo.

—¿Vas a negar que no te parece genial?

—Esas personas tuvieron una vida dura.

—La vida es dura en cualquier época —sostuvo él.

En eso Travis se detuvo para dar unas instrucciones. Fue en ese momento que Will tuvo que hacerse cargo de los cinco chicos de la tropa que le fueron asignados. Los niños estaban entre las edades de siete a once años y al ver el semblante del motociclista y sus tatuajes se sintieron un poco intimidados. Entre ellos estaba el hijo menor del sheriff de Towner, el pelirrojo pecoso, Tobías Smith. Llevaba unos lentes con bastante aumento y un rostro curioso repleto de pecas. Tenía fama entre los integrantes de la tropa de “sabelotodo”. Algunos decían que de adulto Tobías sería algo así como un científico loco.

La realidad era que el chico de ocho años tenía un conjunto de parafernalias muy extraño entre sus pertenencias. Al contrario de lo que Will supuso, entre Tobías y Jill se dio una química instantánea. Era que a la médica

le fascinaban las personas diferentes a la norma, por eso estaba seguro se había fijado en él desde muy pequeña, pues William Taylor se escapaba de cualquier vestigio de normalidad.

—Si siguen mis instrucciones, no tendrán problemas, pero si tientan mi paciencia, no tendré piedad —les dijo Will antes de emprender el recorrido por Medora.

Jill abrió la boca con sorpresa y se le acercó para decirle al oído:

—No puedes tratar a estos niños como si fueran parte del club de motociclistas.

Will sonrió.

—Se ve que no sabes nada de nada, Jill. Estos niños son peores que los motociclistas del club —dijo él—. Son manipuladores y mentirosos. Ya Travis me advirtió al respecto, pero si quieres ser su redentora estás en pleno derecho. Yo prefiero mantenerlos al margen.

—Si no te gustan los niños, no sé para qué viniste a la gira.

—Me encantan los niños, sobre todo los que obedecen —dijo Will con una sonrisa fingida—. Niños, en marcha.

Jill soltó un suspiro y no tuvo más remedio que seguir al despiadado líder.

Cuando arribaron al lugar donde establecerían el campamento antes de que cayera el sol, Travis dio unas instrucciones para el acomodo de las tiendas de acampar, indicó la hora de la cena y anunció que harían una caminata nocturna para observar las estrellas. De nuevo, un fuerte estruendo producto del entusiasmo de los niños llenó el ambiente.

Travis ejerció sus buenos oficios como líder y los controló cuando los amenazó con no hacer la fogata para degustar malvaviscos y escuchar historias de terror antes de dormir, así que la tropa respondió a la amenaza y se puso en marcha para levantar el campamento.

Jill y Stephanie batallaban con su tienda. Las instrucciones eran complicadas e imprecisas. La médica, que se catalogaba como una mujer paciente, comenzó a maldecir cuando se dio cuenta de que la vivienda temporera parecía todo menos una tienda. Apenas se sostenía su estructura.

Lo que la sacó de quicio fue comprobar que la tienda de Will ya estaba lista. El hombre se encargaba de dirigir a los chicos a sus propias tiendas. En eso se giró para encontrarse con la cara de hastío de la mujer, le dirigió una

media sonrisa y caminó en su dirección.

—¿Problemas, doctora? —preguntó él.

—Nada que no podamos resolver —dijo ella. Jamás su orgullo le permitiría aceptar la derrota.

—A este ritmo dormiremos a la intemperie —comentó Stephanie mientras repasaba las instrucciones.

Jill miró a su asistente con su rostro a punto de gritarle: “TRAIDORA”.

—Puedo ayudarte —le dijo Will a la médica en voz baja para que Stephanie no escuchara—. Pero te costará.

—No quiero deberte nada, William Taylor.

—Un baño en el río a la medianoche.

—Estás desvariando si crees que iré contigo.

—Tú te lo pierdes —dijo el motociclista antes de girarse sobre sus talones y dirigirse a su tienda.

—Le hubieses pedido ayuda, Jill —se quejó Stephanie.

—¿Por qué mejor no le pides ayuda a tu príncipe azul? —le pregunto Jill respecto a Travis.

—¿No lo ves? Está ocupado.

—Pues no nos queda de otra que intentar armar esta porquería.

Antes de que el último rayo de sol se desvaneciera las chicas habían montado la tienda de acampar. No quedó tan perfecta como las del resto, pero al menos se sostenía. En todo ese tiempo Jill evitó un encontronazo con Will y él, por su parte, se dedicó a darle instrucciones al grupo de chicos bajo su cargo.

—No quedó muy mal, doctora —Jill se sorprendió al escuchar la voz de Tobías Smith a sus espaldas.

Se giró para sonreírle al niño.

—Eso mismo pienso yo —dijo ella, risueña—. Para ser nuestra primera vez...

—Cuando participé de mi primera gira con la tropa tuve que estudiar a fondo las instrucciones —dijo el niño—. Esas instrucciones tienen un fallo de estructura y las medidas hacen que uno falle.

Sí, Tobías Smith era un “sabelotodo”, pero también sonreía con simpatía y aparentaba ser amistoso.

—¿Irás con nosotros a la caminata nocturna? —preguntó Tobías—. El Capitán Motero quiere saber.

—¿Capitán Motero? —Jill estaba confundida.

—William Taylor. Lo hemos bautizado así por lo de su moto. Nos contó que tiene una Harley Davidson. —Tobías se giró para contemplar a William a distancia—. Se ve rudo, pero parece buen tipo. Si no fuera así Travis no lo hubiese traído. ¿Es su novio, doctora?

—¿Mi...? No, somos amigos. Nos conocemos desde pequeños.

—Pues parece que se gustan.

El niño era “sabelotodo” e indiscreto, pero a los ocho años era difícil que Tobías tuviera la madurez para saber qué preguntar y que no.

—¿Va a venir?

—Lo intentaré —dijo ella, aunque en realidad quería darse un baño y meterse a la tienda a dormir.

La noche antes le había tocado un largo turno en el hospital y ese día se estaba haciendo interminable. Al final no tuvo remedio y arrastrada por su joven asistente tuvo que realizar la caminata.

Fue una experiencia estupenda porque entre los padres que estaban en la gira había uno con conocimientos de astronomía, así que pudieron contemplar el espacio, disfrutar de la naturaleza nocturna y regresar al campamento antes de la medianoche. Luego hicieron una fogata gigantesca y disfrutaron de una comilona de malvaviscos. Las historias de terror estuvieron a cargo de otro de los padres, un hombre que no escatimó y dejó fluir su imaginación hasta hacer gritar a los chicos.

Después cada cual se retiró a su tienda. Esa noche Stephanie huyó a la tienda de Travis y Jill no tuvo más remedio que conformarse con dormir sola. Pero cuando alcanzó el sueño, los aullidos de un lobo la despertaron. Se sentó en la bolsa de dormir y agudizó el oído. El animal estaba a distancia, pero se escuchaba de manera potente. Intentó regresar al sueño, sin embargo, fue imposible.

Tanto la atormentó el miedo que pensó en buscar refugio en otra tienda. De inmediato descartó ir a la tienda de Travis. No había que ser un genio para saber lo que hacían su amiga y el hombre en aquel momento.

No tenía conocidos allí. Decidió aguardar, pero el miedo la consumía. Iría a la caseta de William. Seguramente el hombre daría una vuelta por los alrededores del campamento y espantaría a la manada de lobos. Para eso había ido hasta allí, ¿o no? Era el encargado de seguridad y ese era un asunto de peligro.

Salió de la tienda cuando comprobó que todo afuera estaba despejado. Corrió hacia la tienda, pero en el último tramo aceleró cuando volvió a

escuchar el aullido.

—William —susurró ella frente a la puerta de tela.

Se había olvidado de que el hombre era como una roca cuando dormía.

—¡William!

Por lo menos tuvo suerte y al segundo llamado el hombre apareció. Se notaba aturdido por el sueño.

—¿Qué sucede?

—Hay lobos merodeando —Jill aún susurraba para no despertar a los otros.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Qué les rasque la panza a estas horas?

—Déjame entrar, por favor. No puedo dormir. Stephanie...

—Pasa —William se hizo a un lado para permitirle que entrara.

Ya en el interior Jill no estuvo tan segura de si su decisión fue la más acertada, pero al menos junto a Will se sentiría más segura.

—No sabía que eras tan miedosa.

—¿Siempre tienes que ser tan imprudente?

El hombre se fijó en que solo tenía puesto una camisa con manguillos y que no llevaba sostén.

—No seas tan...

—¿Tan qué? —Él se le acercó despacio, pero ella no pudo evitar sentirse agobiada—. Soy un hombre y tú te has metido a mi vivienda.

—No seas tan infantil. Si no hubiese una manada de lobos amenazando al campamento, no estaría aquí. ¿Por qué no sales y revisas?

—¿Quieres que sea la cena de una docena de lobos hambrientos?

—Nos comerán a todos.

—No se acercarán. Ven, duerme.

William le ofreció un espacio en su propia bolsa de dormir, pero ella rechazó el gesto. Jamás se metería en un lugar tan estrecho con ese hombre. Eso sellaría lo irremediable. De tan solo imaginar el calor de él contra su espalda sintió una poderosa descarga nerviosa en su vientre.

El motociclista se acomodó en la bolsa de dormir y cerró los ojos con una sonrisa placentera. Era cuestión de minutos para que la doctora reclamara un lugar a su lado. Cuando otro aullido se escuchó en los alrededores, Jill no tuvo más remedio que acurrucarse con él en el interior de la bolsa.

—¿Y si destrozan las tiendas? —preguntó ella, aterrada.

—Tengo un arma de fuego para defendernos. Duérmete.

—¿Por qué tienes un arma de fuego? Estás en libertad condicionada.

—Deja de hacer preguntas, Jill, y duerme.

—¿Es ilegal?

—Da igual. Me sirve para defenderme.

—Si te investigan...

—Duérmete, Jill Hawkins, porque pasarán una de dos cosas: O te mato o te hago el amor. Tú decides.

Jill tragó hondo. De las dos alternativas, obvio, se inclinaba por la segunda. Sintió que el hombre la abrazaba por la espalda y que poco a poco su miembro tomaba una condición de dureza que de inmediato la excitó.

Se estaba aprovechando, definitivamente. A la vez que el cálido aliento de Will le recorrió la nuca no pudo evitar extender su mano y acariciarle su masculinidad.

—Si vas a jugar, no vamos a parar a último minuto porque te dé un ataque de consciencia, Jill. Llegaremos hasta el final —le dijo él con voz ronca—. Te haré mía porque es en la única maldita cosa que pienso desde que me metí en este asunto.

La reacción de ella fue girarse para mirarlo a la cara.

—Quiero cabalgarte, William Taylor. Quiero que grites mi nombre cuando llegues al límite del control.

Jill se quitó la camisa y Will se encargó del pantalón corto hasta que quedó desnuda. Al igual que ella, el hombre se desnudó con prisa. No había que hacer grandes proezas para cumplir las exigencias de la doctora, pues Will estaba listo.

Ella fue despacio para no lastimarse. Era fundamental que su cuerpo se acostumbrara a la potencia del hombre, que lo recibiera y lo disfrutara. Después, inició un movimiento cadencioso apoyada con sus manos en el torso masculino. Will la guiaba con sus jadeos. Lo vio cerrar los ojos, morderse los labios y retorcerse de placer.

—Eres malvada, Jill. ¡Hazlo ya!

—Todavía, William Taylor. Resiste, si es que puedes.

Jill continuaba con su danza sobre el cuerpo fibroso. Cerró los ojos, se entregó al placer de ser ella quien llevara el ritmo esa vez. Se sintió poderosa, pero fue presa de su propia lujuria cuando el orgasmo le llegó de improviso. Will aprovechó ese momento de vulnerabilidad para sorprenderla con un movimiento rápido que lo colocó sobre ella. Ahora era él quien embestía con fuerza y ritmo.

—Eres mía, Jill Hawkins. Mía, como la primera vez.

—Will...

Al finalizar se mantuvieron abrazados. Will intentó moverse para permitirle a ella liberarse de su peso, pero Jill protestó, así que se mantuvo quieto, observándola. Era hermosa, más aún cuando acababa de hacerle el amor. Olía a él porque se pertenecían.

En ese momento vio que el rostro de Jill se tensó.

—No utilizamos protección, William.

En los albores de la pasión ninguno de los dos pensó en protegerse.

—Usas la píldora ¿no?

Jill se mantuvo en silencio y un dejo de tristeza se apoderó de su rostro. Will la tomó de la barbilla para que lo mirara.

—No puedo tener hijos —confesó ella—. Hace unos años me diagnosticaron una condición en el útero.

Will se apartó un poco.

—Siento escuchar eso, cariño —dijo él.

El hombre le besó la frente para consolarla.

—Le temo a las enfermedades de transmisión sexual —dijo ella—. He visto tanto.

—Puedes estar tranquila. Hace tres meses me hice todos los chequeos y estoy bien. Luego de eso con la única mujer que me he acostado has sido tú.

—Tú también puedes estar tranquilo. Como médica me tengo que hacer exámenes periódicamente.

William se acomodó a su lado y la abrazó para que ella colocara la cabeza en su pecho.

—¿Es irremediable?

—¿Lo de tener hijos? —preguntó ella.

El hombre asintió.

—El médico me dijo que el daño era irreversible. Ya me he hecho a la idea de que no voy a tenerlos.

—Eres joven.

—Tengo que aceptar mi condición. Además, cada día es más difícil encontrar a un hombre para tener familia. Ya estoy por cumplir los treinta.

—Eres hermosa, inteligente, profesional... Serías un tesoro para cualquier hombre.

«Menos para ti», pensó ella.

—En mi caso tengo demasiados problemas como para arrastrarte a mi lodazal, pero te juro que si mi realidad fuera otra...

—William...

—No te merezco, Jill. En cinco días tengo que regresar a Tennessee a una vista de seguimiento de mi libertad provisional. Hay gran posibilidad de que no me vuelvan a dar un permiso para pernoctar fuera del estado. Cuando llegue a Nashville viviré en un cuartucho en el mismo garaje en que trabajo por un mísero sueldo. No hay futuro para nosotros.

A ella le escocieron los ojos, pero intentó disimular la emoción que la embargaba. William Taylor había dictado sentencia sobre lo que ambos sentían uno por el otro. Estaba por cumplir los treinta años, era madura y entendía que lo que ese hombre acababa de decir era lo correcto. Se querían, eran excelentes amantes, había una chispa explosiva entre ellos, pero no había una oportunidad de una vida futura.

—Déjame hacerte el amor una vez más para atesorar el recuerdo.

Jill se abrió para él y lo recibió de nuevo. Esa vez fueron despacio, explorándose, devorándose e intentando ganarle al tiempo.

En la madrugada, antes de que el sol despertara y el resto del grupo saliera de sus casetas, William acompañó a Jill a su tienda. Se mantuvieron en silencio frente a la puerta de tela. Tenían muchas cosas que decirse, pero ninguno de los dos cedía.

—Gracias por alojarme, William —dijo ella. Buscaba quitarle dramatismo a todo lo ocurrido.

—Siempre puedes tocar mi puerta —él sonrió con picardía.

—Espero que los lobos no vuelvan esta noche.

—No estés tan segura. De todas formas, siempre tendrás un lugar en mi saco de dormir.

William le dio un ligero beso en los labios, se giró sobre sus talones y regresó a su propia tienda.

Durante el día mantuvieron cierta distancia frente a los niños, aunque se trataron con mucha cordialidad. Jill se escandalizaba cuando el hombre le permitía al quinteto de niños a su cargo tomar riesgos extremos. Habían ido a nadar en el río Misuri. No era un río caudaloso, pero tenía algunas áreas profundas. Sin embargo, a Will no parecía importarle el peligro que representaba que los niños se tiraran de cabeza desde la orilla.

—Pueden romperse la cabeza —le reclamó Jill.

—Doctora, deberías probar —dijo Will mientras se quitaba la camisa para lanzarse—. Atrévete.

El hombre se colocó en posición y se tiró al agua en un movimiento magistral. Jill se quedó patidifusa cuando comprobó que los chicos imitaban a Will en todas sus locuras. Ahora se trataba de llegar a la otra orilla del río primero.

En eso Stephanie se acercó.

—¿No vas a mojararte? —preguntó la joven asistente.

—No me gusta bañarme en el río. Además, puede haber animales.

—Por favor, Jill. ¿Un cocodrilo? No estamos en Florida.

—Por ejemplo, una serpiente.

Stephanie bufó.

—¿Y tú la pasaste bien anoche? —le preguntó la doctora.

La joven ocultó su sonrisa cargada de picardía.

—Estoy enamorada de ese hombre, Jill.

—Me alegra escuchar eso. Travis se merece estar con una buena chica y tú merecías un amor de verdad.

Ambas observaron al líder a distancia. El hombre dirigía a su tropa de vuelta al campamento.

—¿Escuchaste los lobos anoche? —le preguntó Jill.

—¿Lobos? El único lobo que escuché fue a Travis aullando.

Jill le golpeó el hombro para que desistiera.

—Tuve que irme con Will a su tienda —confesó Jill.

—Que oportuno.

—Estaba realmente aterrada y tú fuiste muy mala amiga y me abandonaste.

—Yo soy la culpable de tu revolcón con Will —dijo la asistente.

—¿Revolcón?

—No me creas tan ingenua, Jill. Ustedes dos solos en una tienda de acampar con solo un saco de dormir. Por favor, claro que lo hicieron.

—Pero no se repetirá.

Stephanie rechistó.

—Pues procura que los lobos no te atormenten esta noche de nuevo.

—¿Dormirás con Travis otra vez?

La joven negó con la cabeza.

—Lo menos que haremos será dormir.

—Espero que te estés protegiendo, Stephie.

—Por supuesto.

La joven se alejó para unirse a la tropa de Travis. Tenía la juventud y el ímpetu necesario para vivir aquella aventura. Jill se fijó en que Will y el quinteto de niños regresaba. Después de secarse un poco se dirigieron al campamento. William y Jill se quedaron un poco rezagado para poder conversar.

—Doctora, debe perder el miedo a los ríos.

William sabía muy bien el temor de Jill a las profundidades. No era en balde, Cuando pequeña se había caído en un pozo en el rancho. Al menos el lugar no era tan profundo y su padre y varios de los trabajadores de Sunny Hill pudieron rescatarla sin que se desatara una tragedia. Así que todo lo representara agua y profundidad le daba pavor.

—¿Todavía no los superas?

—Creo que hay cosas en nuestra infancia que por más que nos empeñemos no las olvidamos.

A William le llegó como un rayo los encierro en el sótano de la casona de Sunny Hill. Tan pronto Mary Annie lo tomaba de la oreja y bajaban las escaleras hasta la oscuridad al pobre niño el corazón se le quería salir del pecho. Lo peor ocurría cuando aquella bruja malévola cerraba la puerta y corría el cerrojo. Evocó una noche que pasó en el sótano y cómo las ratas se paseaban por su cuerpo.

—Todos tenemos marcas, Jill.

Ella se detuvo para mirarlo a la cara.

—Siento mucho lo que sufriste, Will. Mi tía...

William posó su mano sobre la boca femenina.

—Lo he superado. Apenas recuerdo esas cosas.

—Eras tan pequeño. Mi mamá me contaba lo que Mary Annie les hacía.

—Tu tía es un ser muy atormentado.

—Se ha arrepentido. Me lo ha dicho.

William exhibió una media sonrisa.

—Ya no importa.

El hombre prosiguió por el camino y Jill lo siguió. Era casi imposible profundizar con Will, pues el hombre se proyectaba cerrado para hablar sobre esa época de su vida y eso solo denotaba que aún estaba muy herido.

La madrugada del domingo se perfilaba como el último tiempo para estar juntos, pues al mediodía regresarían a Towner.

—Lo que escuchaste no eran lobos, Jill —le dijo él después de hacerle el amor—. En este parque lo que hay son perritos de la pradera. Inofensivos,

pero con un aullido suficientemente alto como para que parezcan que son lobos.

William soltó una carcajada y ella le pegó en el hombro.

Capítulo Doce

El abogado James Anderson se aseguró de que no se le cayeran los pantalones antes de cruzar la cancela del rancho Sunny Hill. Ese día había olvidado ponerse un cinturón gracias a la batalla que libró con su mujer tan pronto amaneció. Amanda Rubber podía ser un verdadero demonio cuando quería enfrentar a su marido. Esta vez la guerra la inició una factura de la tarjeta de crédito que delataba una compra en una joyería de Minot.

¿Cómo fue tan imbécil de tamaño descuido? Hacía un mes que le había comprado unos pendientes a su secretaria. Tammy se lo merecía, le daba atenciones que su mujer le negaba, pero esta podía ser la última gota en la piedra. Se pasó un pañuelo por su frente para retirar el sudor y maldijo ese verano tan caluroso. Así de cruel también sería el invierno. De tan solo pensar en la nieve se le revolcó el estómago.

—¿Le puedo ayudar en algo? —El abogado se sobresaltó cuando escuchó una voz de mujer a sus espaldas.

Al girarse se encontró con una cincuentona con el cabello cubierto con un pañuelo de algodón floreado y un delantal bastante maltrecho.

—Soy James Anderson —el hombre sonrió como un idiota—. El único abogado en Towner. ¿Y usted es?

—Lucile Hamilton, la ama de llaves de Sunny Hill.

La ama de llave había escuchado historias inverosímiles sobre ese hombre, pero jamás lo había visto en persona. Se convenció de que todos los rumores que corrían por el pueblo eran ciertos, era descuidado en su aspecto, inseguro, con apariencia de imbécil y de tan solo ver su enorme calva y su poca higiene dental, sintió repulsión.

James apretó el mango de su maletín con fuerza para impartirse un poco de ánimo. Esa cita con la terrible Mary Annie Cooper lo tenía tan tenso como las cuerdas de un violín recién afinado. Se acomodó los espejuelos sobre el puente de la nariz y parpadeó con mayor frecuencia. Sufría un terrible tic nervioso que en situaciones de elevado estrés le impedía controlar el movimiento de los parpados.

—Vine... a... ver a la señora Cooper —tartamudeó.

—Aquí viven tres mujeres con ese apellido. ¿Con cuál de las hermanas quiere reunirse?

Lucile sabía que era con Mary Annie, puesto que Julie ni Chelsea estaban al tanto de los asuntos administrativos ni mucho menos legales del rancho, pero quería hacer sufrir aquel hombre tan patético y apocado. Parecía una hoja en medio de una tormenta. Estaba como perdido. ¿Y esa era la defensa de los hermanos Taylor? Con tamaño defensor acabarían sin una sola hectárea de Sunny Hill.

—Con Mary Annie —dijo James con voz apenas audible.

Lucile torció los labios en un gesto de disgusto, pero le pidió que la siguiera.

El abogado revisó cada detalle del interior de la casona cuando alcanzó el interior. Tal y como lo imaginaba, el deterioro era descomunal. Se necesitaba mucho dinero para restaurar pisos, reparar las goteras del techo, arreglar las ventanas y sustituir por completo el mobiliario. Por eso, no era de extrañarse que Mary Annie Cooper estuviera en trámites de venta con Henry Bredford, el lobo ganadero de la región. Un tipo tan audaz como rapaz.

Cuando llegaron ante la puerta del despacho Lucile anunció la presencia del abogado. Mary Annie autorizó la entrada del hombre y le pidió a la ama de llaves que se retirara.

James Anderson observó todo el interior del salón con cuidado. Las cosas no iban bien en aquel rancho, eso estaba evidenciado.

—¿A qué ha venido? —preguntó la anciana quien se encontraba sentada tras el escritorio—. ¿A compadecerse por nuestra miseria?

James carraspeó para ganar tiempo.

—En realidad vine por el caso de los hermanos Taylor.

—No sé como puede ser el abogado de esos dos buenos para nada. Lo invitaría a sentarse, pero honestamente espero que su visita sea lo más breve posible.

James tragó hondo. Mary Annie no se andaba por las ramas.

—Mire señora Cooper, he venido porque deseo evitar que tengamos un litigio contencioso...

—Usted sabe que aquí no hay tal litigio. Esos dos no tienen ninguna prueba de lo que alegan. ¿Y sabe por qué? Porque esa transacción nunca se dio. Jamás le vendí nada a Lucas Taylor. ¡Es una mentira! Desean robarme mis tierras.

—Está equivocada, señora Cooper. El difunto Lucas Taylor le dio a su hermana Lena Taylor copia de un pagaré por esas tierras el cual usted firmó.

La sorpresa sobrecogió a la anciana, quien se levantó como un resorte de la butaca y golpeó con su puño la superficie del escritorio.

—¡Mentira! No tienen nada. ¡Muéstreme esa prueba de la que habla!

—No pensará que... que soy tan tonto como para cargar con una evidencia de esa magnitud.

—Usted es tan mentiroso como esos dos. Pero quiero que sepa que se necesita mucho más que eso para amedrentarme. ¿Quieren ir a al tribunal? Pues iremos. ¡Salga de mi casa ahora mismo!

Mary Annie se llevó la mano al pecho, pues le faltaba el aire.

—Señora ¿necesita ayuda? —James se acercó para asistirle, pero la anciana se mostró furibunda.

—¡Fuera le he dicho!

Lo que empujó a James a dejar el despacho fue que Mary Cooper caminó hasta un armario cercano y sacó un rifle.

—Pe... per... perdóneme, señora Cooper. No quise crearle un disgusto.

Tan pronto el abogado desapareció por la puerta, Mary Annie se dejó caer en la butaca. Con sus manos ansiosas buscó en los cajones del escritorio el medicamento para la tensión. Se tomó una pastilla y se arrellanó en la butaca.

«¡Maldito traidor Lucas Taylor! Ojalá y estés hirviendo en el infierno junto a Satanás», pensó la anciana. ¿Podría ser posible que su marido tomara aquella previsión?

Ese lunes Jill llegó a su turno en el dispensario con una enorme sonrisa, aunque sabía que en tres días William Taylor saldría de su vida y que con toda posibilidad sería un “por siempre”. Pero mientras eso ocurriera vivía en un idilio tan delicioso que no quería pensar en los días grises que sobrevendrían.

Rememoró la noche anterior cuando se citaron en el granero de Sunny Hill. Después de hacerlo sobre un pajar, caminaron por el rancho sin promesas, solo escuchando los sonidos de la noche, tomados de la mano. Ella estuvo a punto de cometer una locura y decirle a Will que lo dejaría todo por irse con él a Nashville, pero se imaginó el disgusto que le ocasionaría a sus tías. Además, era un alto riesgo para sí misma, ya no tenía diecisiete años. Era una profesional responsable. No podía dejarlo todo por ir tras una quimera sobre las llantas de una Harley Davidson hacia un futuro incierto.

—La doctora sonrío sola —comentó Peter Moore, su jefe, con voz

cantarina cuando arribó a la estación de enfermeras—. Me extraña que estés documentando tan feliz.

—Peter ¿cuándo dejarás de ser tan curioso? —A Jill le molestaba que el médico fuera tan entrometido. ¿Cuándo aceptaría que no tenía ninguna oportunidad con ella?

De todas formas, el doctor sonrió con malicia.

—El que te provoca esa sonrisa es un hombre muy afortunado, Jill.

—Tal vez.

—Espero que no sea el tal Travis Sullivan.

—Travis provoca sonrisas en otra.

En ese momento, el rostro deslumbrante y risueño de Stephanie hacía entrada en la sala de urgencias.

—Es un poco joven para él ¿no crees? —comentó Peter.

—No sabía que eras tan prejuicioso. ¿No has escuchado que el amor no tiene edad?

Peter negó con la cabeza y se dirigió al cubículo de un paciente, desistiendo de sus comentarios.

—Travis irá a hablar con mis padres el sábado —le dijo Stephanie a la doctora después de saludarla.

—¿No crees que vas muy rápido, Stephie?

—Es un hombre muy formal.

—¿Aún no le has dicho que finalizas el internado?

—¿Cómo quieres que le diga que en dos semanas tengo que regresar a una universidad a tres horas de aquí?

—Sería bueno que empieces por ser sincera porque cabe una gran posibilidad de que se enoje.

—Lo sé. Solo busco el momento.

—Procura que sea antes de que conozca a tus padres.

Stephanie torció la boca en señal de tristeza y arrastró los pies hasta el área de registro de asistencia. Jill la miró de reojo, también ella rehuía el momento de decirle adiós a William.

Se preguntó por qué los seres humanos eran dominados muchas veces por la cobardía. Resolvió que era debido al miedo al dolor.

Esa tarde Will decidió darle una mano a Tim para la reparación de las

goteras del techo en el templo The Calvary. Llevaban en la faena desde tempranas horas de la mañana, pero al mediodía tomaron un descanso porque el sol los castigaba sin misericordia. Se dejaron caer en el césped en la parte posterior del edificio después de degustar un succulento almuerzo que confeccionó Patrick Emerson. El anciano los había dejado solos, pues estaba seguro de que los hermanos tendrían muchas cosas de qué hablar, las cuales no le incumbían.

—Entonces, en vez de alejarte como te aconsejé, te fuiste de gira con la doctora —dijo Tim.

—Es difícil.

—Claro que vencer la tentación es difícil.

En eso, una de las puertas laterales del templo se abrió y una mujer joven, de cabello castaño, se asomó. Cargaba el cubo de trapear el piso. Era muy guapa y esbelta. Con un cabello lacio que le llegaba a la cintura y un rostro apuesto.

Will vio cómo su hermano perdió el hilo de la conversación tan pronto ese ángel apareció.

—Entonces, es muy difícil vencer la tentación, Tim —dijo Will, sonriente—. Es guapísima la chica. Te admiro, hermanito, yo no tendría tanto aguante como tú.

Tim tuvo que contenerse para no confesarle que había imaginado cosas muy calientes con aquella mujer. Era la maestra que había contratado para la escuela que pensaba establecer para la comunidad, pero antes de iniciar el curso estaba ayudando en las faenas de acondicionamiento del área de los salones.

Había tenido pensamientos muy eróticos y sí había hablado con Dios porque estaba convencido de que Él lo entendía. Estaba hecho a su imagen y semejanza. Dios le dio la sexualidad. Era imposible no desearla, pero la última vez fue la peor. Se imaginó empotrándola sobre su escritorio. Tuvo que hablar con Patrick y casi confesarse, pero para colmo de males el anciano rompió en un ataque de risas y le dijo que con treinta y cuatro años aquellos pensamientos eran muy normales. Era de los que pensaba que no todo en la vida se podía demonizar y que la sexualidad era algo básico e instintivo. Lo importante era no cruzar la línea y faltarle el respeto a la chica. “Invítala al cine, Tim”, le había dicho Patrick en aquella ocasión. “Antes de cumplir esos sueños tienes que conocerla, enamorarte, casarte y entonces tendrás todo el sexo que desees, hombre. Por lo menos eso hacen los hombres que le sirven al

Señor”.

—Te babeas por ella, Tim —le dijo Will sacándolo de sus pensamientos.

—Prefiero no tener problemas. Aquí soy el pastor.

—Pero ante todo eres un hombre y la deseas. Te gusta demasiado. Invítala a salir, pero intenta no ponerle un dedo encima, pues no estoy seguro de que puedas contenerte.

—Hablas de ti mismo con la doctora Hawkins.

Y era cierto lo que Tim aseveraba, Will era incapaz de resistirse a esa rubia tan sexy. De tan solo recordar cómo lo cabalgaba sintió una punzada de excitación.

—Es mejor que regresemos al techo y dejemos de decir sandeces —dijo Tim al incorporarse.

—Estoy de acuerdo con usted, pastor —dijo Will y lo siguió—. Pero no olvide que el hombre no se hizo para estar solo. Al menos eso dice la Biblia.

—No sabía que eras un erudito en La Palabra, Will.

—Una cosa es que no asista a la iglesia y otra muy diferente que no crea en Dios. En la cárcel hay mucho tiempo para leer.

—Ojalá y algún día decidas congregarte, Will.

El motociclista sonrió.

—**M**ujer de alrededor de setenta años —dijo Toni, uno de los enfermeros mientras empujaba una camilla—. Tiene una herida abierta en la cabeza.

Un par de paramédicos había llegado con la mujer, cuya identidad desconocían.

Jill salió del cubículo de un paciente para fijarse. Esa nueva urgencia le resultó curiosa. Cuando comprobó la identidad de la paciente notó que se trataba de Lena, la tía de los Taylor. Se acercó de inmediato.

—Está inconsciente —dijo Patrick—. Toni, coordina una ambulancia para que la trasladen de inmediato a Minot. Debe haberse caído. Tiene un fuerte olor a alcohol.

La médica se acercó para revisar los signos vitales de la anciana. Aquella herida en la cabeza no parecía un golpe producto de una caída, sino más bien parecía hecha con un objeto contundente para lastimarla.

Jill ordenó una medicación básica para el dolor y se acercó a la estación de enfermeras para consultar el caso con Patrick.

—Deberíamos dar parte a la policía —dijo ella.

—¿Por una caída? ¿No te das cuenta? La mujer está borracha —dijo Patrick.

—No sabemos qué le ocurrió.

—¿Acaso la conoces?

—Es la tía del reverendo Tim Taylor.

Patrick abrió la boca con sorpresa y dirigió su mirada hacia el cubículo en donde Lena descansaba sobre una camilla.

—De todas formas, activaré el protocolo —resolvió Jill.

—Perfecto —dijo Patrick y levantó las manos a modo de rendición—. Tú lidiarás con el sheriff Smith. Suerte con eso.

Después de informar a la policía, Jill decidió poner al tanto a William. El hombre apareció en la sala de urgencia junto a su hermano, de inmediato.

—¿Qué pasó? —preguntó Will en medio de la angustia.

—Creemos que sufrió una caída —dijo Jill.

Tim entró al cubículo en silencio.

—¿Crees que se pondrá bien? —preguntó Will.

—Hemos hecho una coordinación directa para que la reciban en el hospital de Minot. Allá estará mejor atendida.

—Eso espero —dijo el motociclista.

Cuando la ambulancia llegó, Will decidió acompañar a su tía mientras Tim se dirigió a la casa de Lena para buscar algunas cosas y reunirse con ellos en Minot.

—Por favor, mantenme al tanto —le dijo Jill a William antes de que dejara la sala.

—Te llamaré —prometió él.

Sin embargo, esa llamada nunca tuvo lugar, pues la escena que encontró Tim en la casa móvil de Lena indicaba que el motivo de la herida era otro. La vivienda había sido rebuscada hasta los cimientos. Hasta el perro de Lena, Duke, había sufrido consecuencias graves. Al menos, el veterinario del pueblo estuvo dispuesto a auxiliar al can.

Antes de dejar Towner, Tim se entrevistó con el sheriff en la delegación.

—Mejor fue que me llamaran —dijo Smith. Un hombre de mediana edad, calvo y con un poco de sobrepeso. Estaba tras su escritorio mientras Tim tenía la mano en el picaporte de la puerta presto a salir de esa oficina—. ¿Quién

quisiera hacerle daño a una mujer tan buena como Lena? Tal vez buscaban dinero.

—No, sheriff —dijo Tim—. Buscaban este papel. —El pastor sacó una carta de su bolsillo—. Al menos no lo encontraron.

—¿De qué se trata?

—De la única evidencia de que parte del rancho de Sunny Hill es nuestro —dijo Tim antes de dejar la oficina.

—¿Las Cooper le hicieron esto a su tía, reverendo? —preguntó Smith en el corredor.

—No quiero acusar a nadie —dijo Tim—. Ese es su trabajo, investigar quién hizo esto.

El pastor desapareció por la puerta de la comisaría después de saludar a la oficial que ocupaba el área de espera.

Mary Annie Cooper no sería capaz de un suceso así, pensó el sheriff.

Jill estuvo a punto de romper la barrera del orgullo y llamar a Will, pero al final se convenció de que no quería molestarlo en medio de la tensión de un episodio tan lamentable como el que le ocurrió a Lena. Con toda seguridad le harían tomografías de la cabeza para descartar alguna hemorragia o daño cerebral. Tal vez la operarían... No quiso darle más vueltas a la mente.

Al menos ese día estaba libre y se dedicaría a las faenas pendientes en el rancho, pues sus tías tenían un viaje pendiente a la ciudad de Fargo para visitar al médico de Chelsea. Lucile Hamilton conduciría la camioneta y las acompañaría, así que la médica se quedaría en el rancho el resto del día a sus anchas. Haría lo que quisiera, aunque de todo lo más que le urgía era hablar con Will.

Ya llamaría él o le enviaría un mensaje.

—Si viene Wilfred págale el gas, Jill —le dijo Mary Annie antes de subirse a la camioneta. Necesitaba dejar el rancho en control—. El dinero lo dejé sobre la cómoda. Si puedes, échale un ojo a la vaca. Está por parir.

—Quédate tranquila —le dijo Jill y la acompañó hasta la camioneta—. Todo estará bien.

—Eso espero —dijo la anciana. Exasperada.

Jill se mantuvo en el camino hasta que la camioneta desapareció. Sunny Hill estaba despejado. Suspiró aliviada. y se encaminó a la casona.

Al mediodía aún Will no se había comunicado. Jill tomó el almuerzo y luego decidió recostarse un rato en la hamaca de la terraza después de echarle un ojo a la vaca, que apenas comenzaba el trabajo de parto. Si se complicaba llamaría al veterinario para procurar su asistencia.

Cuando la brisa cálida y el trinar de los pájaros la empujaban al sueño, escuchó el sonido de una moto a lo lejos. ¿Sería posible que Will fuera hasta Sunny Hill? Era un acto imprudente, pero la palabra imprudencia parecía ser el apellido de ese hombre.

La mujer se incorporó y utilizando su mano derecha como visera lo vislumbró por el camino de grava que conducía a la casona. Bajó las escaleras de inmediato para recibirlo. Agradeció que su tía no estuviera. No se quería ni imaginar un encuentro entre Mary Annie y Will. Sería algo desastroso.

—¿Cómo está Lena? —preguntó ella tan pronto Will estacionó la moto y apagó el motor.

Se percató de que los ojos del hombre estaban inyectados de odio. Los movimientos de William eran cortos, pero precisos.

—¿Dónde está Mary Annie?

—No está.

—No mientas, Jill —reclamó William.

—¿Por qué tendría que mentir?

—Porque siempre has defendido a tu tía.

William le pasó por el lado para penetrar en la casona.

—No puedes entrar así.

—Intenta impedírmelo. ¡Mary Annie! —gritó él. Creía que Jill protegía a Mary Annie.

—Te dije que no está.

De todas formas, Will subió la media escalera que daba a la biblioteca para ganar acceso.

—¿Qué demonios te crees? —le recriminó Jill—. Esta no es tu casa, William Taylor.

—¿Sabías que fue tu tía quien mandó a unos matones a la casa de Lena?

—¡Mentira!

Se enfrentaron.

—Deja de hacer acusaciones sin fundamentos, Will. Tu odio no puede llegar a tanto.

—Buscaban la única evidencia de que parte de las tierras de Sunny Hill nos pertenece.

Jill lo observó sorprendida. Estaba segura de que su tía no sería capaz de un acto violento en contra de nadie. Quizá cuando más joven tuvo un carácter impulsivo, pero ahora estaba senil.

—Esos hombres por poco matan a mi tía —dijo él con los dientes apretados.

—Mary Annie no es capaz de algo así. Tiene casi ochenta años. ¿Cómo puedes pensar...?

—¿Se te olvida que la conozco demasiado bien? La imagen de dulce anciana que tienes de tu tía es errónea, Jill.

—Le tienes rencor. Estás segado por el dolor, William.

—Tú eres la única que no quieres ver la realidad.

—¡Vete! ¡Sal de aquí ahora mismo!

Will la miró con odio. También ella lo rechazaba. Siempre el origen de sus desgracias tenía un nombre, Mary Annie Cooper.

—¡No vuelvas a Sunny Hill nunca más! —le gritó ella.

—Reclamaremos lo que nos corresponde, Jill.

—¡Largo! Te odio por lo que intentas hacerle a mi única familia, William Taylor. La voy a proteger aún por encima de ti.

—No puedes proteger a un demonio como ella.

—¡No quiero volver a verte! —gritó ella con furia.

William se mantuvo en silencio observando el rostro de la mujer.

—Cabe una gran posibilidad de que no nos veamos nunca más Jill Hawkins, pero mis cuentas pendientes con Mary Annie no quedan saldadas porque me echas de esta mugrosa casona. Voy a hacer que pague por todo lo que nos ha hecho a mi hermano, a Lena y a mí. Tenlo por seguro.

El motociclista abandonó el despacho y Jill se dejó caer en la vieja alfombra frente al escritorio. Necesitaba llorar hasta desahogar su corazón.

Capítulo Trece

Al sheriff Tobías Smith le desagradaba ser el portavoz de malas noticias, pero eso era parte fundamental de su trabajo en Towner. Pocas veces pasaban tragedias como la ocurrida. Intentó recordar el último episodio de violencia en aquella remota región, pero le fue imposible recordar. Casi siempre se trataba de escalamientos de ganados, adolescentes que desaparecían un par de horas y que después eran encontrados en Minot o Bismarck, o accidentes graves de tránsito, pero no un asesinato con sorna y maldad y menos el de una anciana.

Estacionó el auto patrulla frente a la casona de Sunny Hill, aguardó unos segundos en su interior, se colocó el sombrero, se aseguró tener puesta la estrella que lo reconocía como sheriff, soltó un suspiro y bajó.

La primera en reconocer su presencia fue la ama de llaves.

—Buenas tardes, sheriff. ¿Ha ocurrido algo? —Lucile intentó obtener la noticia con anticipación. La cara adusta de Smith delataba la llegada de malas noticias. Con seguridad un gran predio de terreno había cogido fuego. Eso solía ocurrir con el sol de verano o con la mala intención de algún vecino.

—¿Se encuentra la doctora Hawkins? —preguntó el sheriff con tono seco.

—Puede pasar. La señorita Hawkins está en la biblioteca. Le aviso de inmediato.

Smith aguardó en la sala de la casona. Recordó que hacía dos décadas aquel lugar destilaba lujos y riquezas, pero ahora era una mole destruida por el inmisericorde tiempo. Nada estaba bien en Sunny Hill. Tan deteriorada como el trío de hermanas, la propiedad pedía ser rematada al mejor postor con la intención de ser restaurada. Hacía falta mucho trabajo y decisión para poner la propiedad en condiciones.

Lucile guio al sheriff hasta el despacho. Cuando logró acceso encontró a Jill sentada detrás del escritorio. Parecía que la mujer hacía las cuentas del rancho.

—Saludos, Sheriff —dijo Jill al levantarse de su asiento. Extendió su mano y le pidió a Lucile que los dejara a solas—. ¿En qué puedo servirle?

Jill imaginaba que se trataba de la infundada acusación de Will en contra de su tía. Jamás contemplaría la posibilidad de que Mary Annie atentara en

contra de Lena.

—Lamento que venga hasta aquí para darle una mala noticia, doctora — dijo el sheriff cuando se percató de que la ama de llaves había abandonado el despacho—. Hace una hora que mis muchachos encontraron el cuerpo de su tía en el camino Clement.

Jill sintió un vacío en el pecho, ese que recorre los cuerpos cuando el terror los acoge.

—¿A qué se refiere?

—Alguien asesinó a Mary Annie Cooper —dijo el sheriff.

Jill tuvo que sentarse en la butaca tras el escritorio para procesar la información. De pronto pensó que William Taylor no podía tener la sangre tan fría para asesinar a Mary Annie, pero él lo había prometido cuando engeguado por la rabia había amenazado con hacer pagar a la anciana.

La médica se llevó la mano al pecho para controlar el sobresalto de su corazón.

—¿Está seguro? Se puede tratar de un error.

—Encontraron sus pertenencias junto a ella y la camioneta del rancho.

Jill recordó que hacía un par de horas Mary Annie había salido del rancho aduciendo que visitaría a una antigua amiga en el pueblo. Recreó la escena y se dio cuenta de que la anciana lucía nerviosa, pero no le prestó la suficiente atención como para que le despertara ninguna sospecha.

—Estamos investigando, por eso he venido. ¿Sabe si su tía tenía algún enemigo?

La mujer no respondió de inmediato, aunque conocía muy bien el nombre del mayor enemigo de su tía.

—Necesitamos alguna pista que nos permita descifrar qué sucedió y acusar al asesino.

—William Taylor —mencionó Jill al rato, con la mirada perdida y el rostro humedecido por las lágrimas.

—Doctora... ¿Está segura de esa declaración?

Jill afirmó con la cabeza. Vio que sus manos temblaban.

—¿En qué basa esa declaración?

—William Taylor estuvo aquí hoy. Buscaba a Mary Annie para reclamarle por el ataque que recibió Lena Taylor. Mi tía había salido, pero afirmó que la haría pagar.

El sheriff tomaba nota en una pequeña libreta que llevaba a todas partes.

—¿Está convencida de que William Taylor es el asesino?

Jill se mantuvo en silencio por un rato.

—Él la odiaba desde siempre.

—¿Y por qué ese odio?

—Nunca se llevaron bien y en estos últimos tiempos fue peor por el asunto de la herencia.

El sheriff se acordó de la pasada conversación que tuvo con el reverendo Tim Taylor. Todo se trataba de la herencia.

Jill tenía el corazón destrozado. Por una parte, la tristeza de saber cómo acabó su tía, tirada como un animal a la orilla de la carretera y, por otro lado, el amor vivo y cierto que pese a todo sentía por William. Debería de aborrecerlo por abusador. ¿Cómo fue capaz de asesinar a una anciana de ochenta años a sangre fría por un pedazo de tierra? Pensaba que lo desconocía, que todo lo que habían vivido en esos últimos días era un espejismo.

Tendría que ser fuerte y separar sus sentimientos de lo que estaba llamada hacer. Ese hombre tenía que pagar por su crimen. Llegaría hasta lo último por procurar justicia.

—¿Usted está dispuesta a declarar, doctora?

Jill asintió con la cabeza.

—Entonces, deberá acompañarme a la delegación —dijo el sheriff.

—Permítame darles la noticia a mis tías, por favor.

—Por supuesto. La estaré esperando en el exterior.

—Gracias.

El sheriff dejó el despacho y Jill le dijo a Lucile que llamara a sus tías. La última en entrar al lugar fue Chelsea. Esta vez se guiaba por un bastón para no tropezar con los objetos en el camino. Jill compadeció a la menor de las hermanas.

—¿Qué pasó con Mary Annie? —preguntó Julie, angustiada—. ¿Por qué no ha regresado a la casa? Casi está por oscurecer. ¿Qué hace el sheriff aquí? Le pasó algo y tú no los quieres negar.

Jill suspiró para apaciguar los nervios y espero a que Chelsea se acomodara en una de las butacas frente al escritorio con la asistencia de Lucile.

—Ocurrió un accidente en el camino Clement —dijo Jill buscando no ser directa con los hechos.

—¿Qué tipo de accidente? —preguntó Chelsea.

—Mary Annie fue asaltada y... La asesinaron.

Los gritos se apoderaron del despacho. Una escena muy dramática se desató entre el dúo de hermanas. Lucile intentaba contener a Chelsea mientras Jill trataba de que Julie no cayera en histeria.

Ya nada sería igual en Sunny Hill. Desde aquel día el recuerdo de Mary Annie se pasearía por la casona como un fantasma triste que buscaba redención.

Tim Taylor regresaba a The Calvary tras días intensos en el hospital de Minot. Al menos los médicos habían dicho que Lena no tuvo daño cerebral y que con cuidado y reposo en pocos días estaría bien. Aún no entendía del todo el episodio que tuvo lugar en la casa móvil de su tía ni las motivaciones maquiavélicas de Mary Annie por hacerle daño. ¿Hasta dónde iba a llegar su maldad y avaricia? Ella mejor que nadie sabía que las tierras que reclamaban les pertenecían. Era una cuestión de justicia.

Cuando el pastor logró alcanzar el interior del templo se topó con Emily Stuart, la maestra. Esta vez la mujer le sonrió con alivio y caminó hacia él con el rostro reflejando alegría. A Tim se le tensaron todos los músculos cuando la mujer le plantó un beso en la mejilla.

—Ay, pastor, que bueno que ha regresado —dijo ella—. ¿Y su tía?

—Está mucho mejor. —El hombre intentó disimular lo mucho que lo perturbaba esa mujer—. El médico dice que con descanso y la medicación en unos días estará mucho mejor.

—Me alegra escuchar eso.

—Emily, me gustaría invitarte a salir este viernes —Tim sabía que era en ese momento o nunca se envalentonaría. Tal vez era la peor ocasión, pero cuando vio los ojos de la mujer llenos de ilusión se alivió—. No sé, podemos ir al cine a ver una película o a cenar a Bismarck. Incluso, podemos hacer las dos cosas.

—Por supuesto, pastor.

—Llámame Tim. Me hace sentir más cómodo.

Ella sonrió nerviosa.

En ese momento ambos visualizaron la cara preocupada de Patrick quien había arribado al templo desde las oficinas administrativas. Caminaba con prisa hacia la pareja.

—Lena acaba de llamar —informó el anciano—. Acaban de arrestar a tu hermano, Tim.

—¿Qué sucedió? —preguntó el pastor con el rostro desencajado.

¿En qué lío se había metido William? Ahora se arrepentía de haberle compartido sus sospechas.

—Lena no pudo explicarme la razón —añadió Patrick.

—Por favor, vayan a su casa y permanezcan con ella hasta que yo pueda averiguar de qué se trata —dijo el pastor—. Yo iré a la delegación.

Tim salió enseguida.

—Sin un abogado no diré nada —decía Will. Estaba en el interior de una celda en la delegación de Towner recostado de una de las paredes. Tenía actitud de claro desafío a la autoridad.

—Ya vienen dos detectives de Minot —le dijo uno de los policías para amedrentarlo—. Te apretarán los huevos hasta que confieses. Tienes que responder por el arma ilegal que portabas.

William sonrió con sorna. Después de ocho años y medio lidiando con la justicia esos procesos no le provocaban el más mínimo temor. A esas alturas estaba seguro de que perdería la libertad provisional y que tendría que regresar a la penitenciaría en Tennessee para cumplir el resto de su condena tras las rejas sin ninguna oportunidad de redención.

¿Quién diablos mató a Mary Annie? se preguntaba. Por más odio que le tuviera a su madrastra jamás hubiese considerado la idea de asesinarla. Sí, la quería enfrentar para decirle unas cuantas verdades en la cara. Reclamarle con dureza por su mezquindad, pero jamás utilizaría la violencia contra una anciana.

Escuchó que se acercaba el sheriff y se asomó por los barrotes para comprobar que Jill iba detrás de Smith. La mujer lo miró de reojo con rabia, pero no hizo comentario alguno. Ya la médica había hecho su juicio y había dictado sentencia sin conocer los argumentos. Will regresó a sentarse y soltó un suspiro cansado. Esperaba que al menos aquello terminara pronto.

Sabía el final. Lo transportarían a la correccional en Bismarck y de ahí iniciaría un largo viaje a Tennessee.

Cuando escuchó la voz de su hermano reclamando verlo se sintió aliviado. Tan pronto el pastor se le acercó se saludaron en medio de los barrotes.

—No he sido yo, Tim —fue lo primero que le dijo Will—. Te lo juro.

—Lo sé —aseguró el pastor.

—Han encontrado el arma ilegal que portaba.

Tim chascó la lengua. No era el momento de sermonear a William, pero estuvo a punto de decirle que se lo había advertido a su llegada a Towner.

—Necesito un abogado —dijo Will.

—Acabo de hablar con Anderson y, aunque él no atiende casos criminales, me dijo que hablaría con su hermano. Debe estar en camino.

—¿Y Lena? —preguntó Will—. La dejé llorando.

—Le he pedido a Patrick y a Emily que vayan a su casa. Ella estará bien.

—Smith trajo a Jill —dijo el motociclista con pesar—. Imagino que para que declare.

—Ella jamás hablaría en tu contra.

—No estoy tan seguro. La última vez que nos vimos discutimos y le dije que haría que Mary Annie pagara por todo lo que nos había hecho.

Tim se llevó las manos a la cabeza.

—Yo la odiaba, Tim, pero no al punto de querer asesinarla.

—Lo sé. Lo importante es que podamos probar que no has sido tú.

—Como quiera me encerrarán por lo del arma.

—No te adelantes a los acontecimientos. Esperemos a que el abogado llegue.

Varios minutos después Isaac Anderson hacía entrada en la delegación. Era un hombre de algunos cuarenta años, de una corpulencia que no pasaría desapercibida por nadie y una melena de color blanco. No sonreía y era parco en su hablar.

—Quiero ver a mi cliente —le dijo el abogado al policía que atendía la recepción—. William Taylor.

El oficial lo escoltó hasta la celda. Isaac saludó a Tim con un apretón de mano después de presentarse.

—Lo primero que voy a pedirle es que le quite las esposas a mi cliente. No tiene sentido que las tenga cuando está detenido en la celda. Espero que no lo hayan lacerado.

William extendió sus manos y el policía le retiró las esposas.

—En segundo lugar, me gustaría dialogar con mi cliente en privado.

—Tengo que consultarlo con el sheriff.

—Vaya y consulte, pero desde ahora le advierto que no permitiré ninguna violación a sus derechos.

El policía se encaminó a la oficina de su superior y cuando regresó guió a

los tres hombres hasta un cuarto de interrogatorio. Tim pidió permanecer afuera para no interferir en la conversación cliente abogado.

—A mí sí me tienes que decir toda la verdad, William —le dijo Isaac cuando ocupó una silla frente a él—Por lo poco que sé tienes una libertad condicionada tras una condena por doble asesinato en Tennessee.

—Yo no maté a esa mujer —masculló William.

—¿Y qué crees que pudo haber pasado?

—Eso le toca a la policía determinarlo.

—¿Y el arma era tuya o los policías te la sembraron?

—Era mía.

—¿Tiene muertes?

William negó con la cabeza.

—¿Cómo la adquiriste?

—La compré en una armería en Nashville.

Isaac tomaba nota.

—Pediré una prueba de balística del cadáver. Eso te liberará del asesinato, pero la ley de arma te enviará directo a la cárcel.

—Lo sé.

Jill acababa de dar su declaración, pero cuando se disponía a salir de la delegación se topó con Tim en el área de recepción. Ambos permanecieron en silencio un tiempo.

—Espero que no te arrepientas de tus suposiciones, Jill —dijo Tim.

—No son suposiciones. Es la realidad. William fue a Sunny Hill y amenazó con hacerla pagar.

—En el fondo sabes que no ha sido él.

—William amenazó con vengarse.

—Como te dije, ojalá y no tengas que arrepentirte.

La médica se acomodó el bolso en el hombro, se irguió y se dirigió a la salida, pero antes de dejar el lugar se giró para encontrarse con los ojos de William Taylor. Le produjo un gran dolor verlo esposado de manos y piernas, pero se mantuvo incólume. Haría todo por el bienestar de su familia, así eso supusiera romper su propio corazón.

William levantó el mentón en claro desafío sin dejar de mirarla.

—¡Muévete! —le dijo el policía y lo empujó hacia la celda.

Isaac volvió a invocar el asunto de los derechos y Jill se giró sobre sus talones para salir de allí.

Capítulo Catorce

La policía encontró a Darell Thompson en una de las caballerizas del rancho Bredford. El hombre estaba acuclillado contra una de las paredes en uno de los corrales con el cañón de un arma de fuego en el interior de su boca. Temblaba como una rata al ser acorralada. Los dos agentes le apuntaban con sus armas mientras intentaban negociar con el asesino.

Hacía media hora que Tobías Smith había recibido la oportuna llamada del lugarteniente Henry Bredford para denunciar a uno de sus hombres por la confesión del asesinato de Mary Annie Cooper, así que los policías de Towner se presentaron al lugar para detener al criminal.

Tobías Smith presenciaba el evento desde una esquina del corral.

—Darell, si te entregas te prometo que nadie te hará daño —le decía el sheriff con voz calma.

El asesino no confiaba. Introdujo más el cañón del arma en el interior de su boca. Se haría daño y Smith lo sabía.

Al final el disparo acaparó todo el corral y los relinchos de los caballos no se hicieron esperar. El cuerpo del criminal cayó de lado sobre la paja. Smith le quitó el arma de la mano izquierda, le tomó el pulso cuando colocó el dedo índice en el cuello y lo declaró muerto.

Diez horas después la unidad de balística de Bismarck confirmaba que aquella arma correspondía a la utilizada en el asesinato de Mary Annie Cooper. El asunto era saber el móvil del crimen, pero eso tal vez nadie lo sabría a ciencia cierta, aunque se manejaba la teoría de que Darell estaba molesto con la anciana por no querer pagarle por el trabajo en la casa de Lena, pues Mary Annie le reprochó que no hubiese podido dar con el documento del pagaré de los terrenos de Sunny Hill. La anciana se negó a pagarle por ese trabajo y por eso el hombre tomó venganza.

Dos días después William Taylor se presentó en la sala de un juez en Bismarck para enfrentar su sentencia. El jurista dictaminó una condena de tres años por ley de armas contra el motociclista, la cual debería pagar de forma concurrente al resto de su condena en la cárcel del estado de Tennessee. Esta vez sin derecho a libertad provisional, en una cárcel de máxima seguridad, lo

que suponía una hora de recreo. Cuarenta y dos meses de confinamiento que lo ayudarían a reflexionar sobre su conducta, según el juez.

Tim bajó la cabeza al escuchar la sentencia. Se encontraba en la sala como único pariente de Will. Esa mañana Lena reclamó estar presente, pero el pastor sabía que la mujer no soportaría esa sentencia, así que había asistido en solitario.

William levantó el mentón, se giró para saludar a su hermano a distancia y luego un alguacil lo sacó de la sala encadenado de pies y de mano. Su destino era Nashville. Tim hizo una mueca de tristeza al ver la escena. Recordó que durante toda la noche oró por aquella vista judicial y recibió el consuelo del Espíritu Santo. Aquella sentencia tenía un propósito para su hermano menor y no debía ir en contra de los designios del Señor.

A su regreso a The Calvary, el pastor se encerró en su oficina. Tenía que procurar dejar todo listo, pues esa misma tarde viajaría a Tennessee para procurar ver a William y asegurarse de que estuviera bien. En eso, escuchó dos golpes en la puerta.

Era Emily. Ese día la encontró más hermosa que nunca. ¡Cómo le gustaría recibir el abrazo de esa mujer! Hundirse en su pecho y obtener consuelo, pero eso sería una imprudencia total.

Después de explicarle la sentencia de su hermano le pidió que lo ayudara con Patrick en la administración de la iglesia durante su ausencia.

—Sabes que puedes estar tranquilo, Tim —dijo ella cuando se le aproximó.

—Lamento que este viernes no podamos...

Emily extendió su mano para cubrirle la boca, un gesto demasiado íntimo que tomó por sorpresa a Tim.

—Ya habrá otra ocasión —le dijo ella. Ya se había acercado lo suficiente como para que el hombre distinguiera las pecas en sus mejillas.

—Prometo recompensarte —dijo él.

Ella lo besó. Tim no supo cómo reaccionar ante ese imprevisto gesto. De nuevo todos los prejuicios acudieron a su mente. Esa mujer le regalaba un poco de cielo y él se sentía incapaz de responderle. Sin embargo, al final la dulzura y tenacidad de ella le permitieron relajarse.

—Me gustas mucho, Tim —dijo ella, directa.

El hombre se mojó los labios con la lengua en un gesto nervioso. Estaba sediento y aunque disimulaba lo alterado que estaba era imposible no sentirse tentado por esa mujer.

—Tú me encantas, Emily.

Esta vez Tim le comió la boca, dejando los prejuicios de lado. No se permitió faltarse ni llegar a más, pero disfrutó de ese beso hasta que sintió una excitación repentina e inoportuna. Recordó el consejo de Will: “intenta no ponerle un dedo encima”.

—Regresaré pronto —prometió él cuando se apartó con evidente dolor—. ¿Podrás esperarme?

—No tengo a dónde ir, pastor.

Emily sonrió y volvieron a besarse.

El cementerio de Towner se presentaba solitario y triste. Pocas personas asistieron al sepelio de Mary Annie Cooper, pues la anciana no era muy apreciada entre los vecinos.

Entre los presentes se encontraba el magnate ganadero Henry Bredford, un hombre tan enigmático como soberbio. Se acercó a Jill tan pronto el acto religioso culminó. Bredford, de carácter recio y de algunos setenta años, se quitó las gafas de sol y le extendió la mano a la médica. Jill respondió el saludo de forma automática.

—Siento su pérdida, doctora, pero los negocios no esperan. Necesito que nos reunamos. Me interesa mucho finiquitar la compra del rancho.

A Jill le pareció un acto impertinente no respetar ese momento de dolor, pero fue incapaz de reclamarle. Ese día en particular se sentía enferma, triste, devastada, pues se había enterado esa mañana de que William Taylor no era el asesino de su tía.

Cuando el sheriff le dio la noticia quiso contactar a Will para pedirle perdón, pero Tobías Smith le dejó saber que ya era tarde. En ese momento William era conducido a una prisión en Tennessee para cumplir por el resto de su condena. Se habían agotado las oportunidades y Jill se sentía miserable por su injusta acusación.

—Le pido que dejemos esa conversación para más adelante, Bredford —le dijo la médica al magnate ganadero, con una fuerte pronunciación nasal producto del llanto.

—Me urge y a usted también, antes de que el rancho se le caiga encima.

—Tenga un poco de humanidad, por favor. Necesito un tiempo para dialogar nuestro futuro con mis tías.

—Puedo retirar mi propuesta en cualquier momento. ¿Lo sabe? Entiendo que no hay una fila de compradores. Sunny Hill no es una propiedad muy atractiva.

Jill le torció los ojos con ira.

—Quedo en espera de su llamada, doctora, pero recuerde que el tiempo está en su contra.

Henry Bredford caminó hacia la camioneta en donde le esperaban dos de sus guardaespaldas. Jill no lo perdió de vista hasta que desaparecieron por el camino.

En ese momento, Lucile intentaba contener a Chelsea mientras Julie, arrodilla al lado de la cripta, no paraba de orar.

De pronto la doctora se sintió sin fuerzas, las piernas le fallaron, sintió un repentino mareo y si no llega a ser por Stephanie y Travis, hubiese caído sobre el césped del camposanto.

De pronto todo se volvió oscuro.

Capítulo Quince

Cuatro años después...

Jill terminó de acomodar la última pieza de ropa en el closet de la restaurada casona de Sunny Hill. Sonrió al comprobar que la decoración había quedado tal y como quería. Una variedad de tonalidades de color amarillo adornaba su alcoba. Se sintió feliz. Hacía unos días había cerrado un capítulo muy amargo de su vida, la venta definitiva del rancho, aunque logró salvar un predio de terreno que incluyó la casona, los corrales y parte del lago donde había hecho el amor con William Taylor. Canceló ese pensamiento de inmediato. No quería recordar a ese hombre. Mucho menos ahora que sabía, por medio de Tim, que Will no la había procurado durante todo ese tiempo. Incluso, cuando abogó por visitarlo a la cárcel Tim le había informado que William había dicho: “Que ni se le ocurra venir por aquí”.

La odiaba, eso era definitivo.

Su mente retornó a la venta del rancho. Cuando cerró la transacción accedió a todos los términos impuestos por el usurero de Henry Bredford, pues se ahogaba en deudas impagables, que al final arruinarían el patrimonio de sus tías. Con el acuerdo pactado al menos logró pagar la herencia de los Taylor, quienes salieron triunfantes de su juicio por herencia, y con el sobrante procuró la restauración de la deteriorada casona. Eso hizo muy feliz a Julie y a Chelsea, y para Jill eso era lo medular del asunto.

La médica soltó un suspiro de alivio. Esos años le habían servido para organizar su vida y procurar el bienestar de sus tías, aunque al final Chelsea perdió la vista de forma total y Julie enfrentaba un serio problema cardíaco.

En ese momento sintió la alarma de un nuevo mensaje en el celular. Tomó el aparato y contestó. Como la nueva directora médica del dispensario de Towner sus responsabilidades aumentaron en los últimos años de forma considerable. Se trataba de una consulta sobre unos medicamentos que no llegaron a tiempo. Maldijo en su mente la irresponsabilidad de algunos suplidores. Después de eso se concentró en acomodar sus cosas.

También extrañaba a Stephanie, pero su amiga hacía dos años que se había casado con Travis y se habían mudado a Seattle. Se escribían a diario por

WhatsApp y siempre se prometían reencontrarse, aunque no se había dado la oportunidad.

Se fijó a través de la ventana que aquel verano se presentaba en extremo seco y caluroso. ¿Por qué había permanecido en Towner cuando las ofertas de empleo le llovían? Ofertas que incluían ciudades como San Francisco, Chicago o Vancouver. Se escudó en sus tías. Las pobres ancianas no conocían otro entorno que el que le suministraba aquel apartado pueblo y esa casa. Sería una crueldad llevarlas a vivir a otro lugar, aunque muy en su interior sabía que aún tenía la esperanza de que William Taylor regresara y ella tuviera la oportunidad de pedirle perdón por la acusación errónea del asesinato de Mary Annie. Con lo testarudo que era el hombre no estaba segura de lograr su perdón, pero al menos esa culpa que la remordía la abandonaría para siempre.

Al menos eso le daría paz, porque ya no consideraba ni tan siquiera una leve oportunidad entre ellos. Se reprendió de nuevo. Debía concentrarse en su nueva relación con el médico veterinario Arnold Leroy, un hombre joven que la estuvo pretendiendo por más de un año y que apenas hacía un mes había aceptado como su novio.

No era feliz, eso ni dudarlo, pero al menos no se sentía sola y Leroy era muy buen platicador.

De nuevo la imagen de William se coló en su mente. ¿Por qué tenía que recordarlo tanto? Era tiempo de que se olvidara de él, pues el regreso de ese hombre a Towner era imposible. El propio Tim se había encargado de dejarle saber que hacía seis meses que William había salido de la cárcel y no tenía en sus planes retornar al pueblo. Debía ser fuerte y dejar de pensar en ese hombre de una vez y por todas. Más ahora, que tenía una razón poderosa para no rendirse ni desfallecer.

—¡Mamá! —escuchó la voz del bebé Daniels por el pasillo de la residencia y sonrió—. ¡Mamá!

El niño empujó la puerta entreabierta, extendió los brazos y se aferró a su madre con su rostro sonriente, como quien acaba de hacer una travesura. Jill lo cargó en brazos y lo besó. Era un niño hermoso, de cabellera marrón y ojos oscuros. Era el vivo rostro de los hombres Taylor, con su semblante ceñudo y sus repentinos berrinches. A Jill se le hacía difícil controlar el carácter recio del niño, pero con amor lo estaba consiguiendo.

—Se me escapó de la cocina —dijo Lucile, la ama de llaves, cuando alcanzó la habitación—. Se niega a comer los vegetales, Jill.

—Daniels, tienes que comer todo lo que esté en el plato —le dijo Jill—.

Ya hemos hablado de eso.

El niño negó con la cabeza y soltó una trompetilla.

—Eso no lo puedes hacer —le reprendió la médica—. ¿Quieres ser un niño fuerte y grande?

Al niño se le iluminaron los ojos y asintió con la cabeza.

—Pues tienes que comerte todo lo que te sirva Lucile. ¿Entendido?

Volvió a hacer una trompetilla, pero esta vez Jill lo amenazó con un castigo. Estaría dos minutos sin moverse, hablar o hacer nada.

Daniels era tan salvaje como su padre cuando era niño. Todo un Taylor, puro, nadie podía negarlo. Ella sonrió cuando lo vio sentarse en la butaca de castigo sin que el niño la viera. Lo amaba más que a su vida. Ese pequeño era la clara culminación de su amor por Will. De nuevo se reprendió mentalmente.

—¿Y mis tías? —preguntó Jill.

—Dejé a Chelsie en el huerto y Julie está tomando una siesta.

En eso sonó el teléfono de la casona y Lucile contestó. La cara de espanto de la mujer a medida que transcurría la conversación alertó a Jill.

—¿Qué ocurre? —preguntó la médica cuando la ama de llaves colgó.

—Acaban de encontrar a Lena Taylor muerta en su casa —dijo Lucile con voz apagada—. Aparenta ser que le dio un ataque al corazón.

William Taylor sintió que su recorrido por la ruta dos era un maldito *deja vu* que lo retornaba a ese lugar de dolor y sufrimiento, pero esta vez no iba a bordo de una Harley Davidson ni llevaba consigo un arma de fuego ilegal. Le acarició la cabeza a su perro Thor, un pastor alemán que había rescatado en las calles de Nashville hacía dos meses.

Cuando recibió la llamada de Tim esa mañana para darle la triste noticia del fallecimiento de su tía sorteó si tomar un avión hasta Dakota del Norte o hacer el recorrido conduciendo. Optó por conducir, pues eso lo relajaba y le permitía la compañía de su can. Hacía seis meses que era un hombre libre. Tras pagar su condena, fue directo a trabajar en un taller de mecánica, aunque tenía en mente adquirir un taller propio con el dinero producto de la herencia de la venta de los terrenos de Sunny Hill. Vivía tranquilo en un pequeño apartamento en medio de la ciudad. Con treinta y cinco años había logrado apaciguar a la bestia que vivía en él, solía decirse, aunque una que otra noche

acudía al bar en donde se reunían los miembros del club de motociclistas Los Hijos de la Noche. Hubo momentos en que se vio tentado a regresar, pero al pensarlo descartaba esa posibilidad. No quería problemas en su vida y llevar la cazadora de cuero con el logo del grupo representaba una gran responsabilidad y un gran riesgo de ser apresado de nuevo.

Durante la llamada de su hermano fue vencido por el orgullo una vez más y no preguntó por Jill. Sentía mucho resentimiento hacia la doctora. Tanto, que tan pronto algún pensamiento quería hacer nido en su mente, lo repelía con vehemencia. Ya no le importaba. En realidad, no le importaba ninguna mujer. Ese tema estaba en suspenso. Estaba dedicado a su trabajo y a vivir en libertad.

Cuando vio el letrero de bienvenida a Towner sintió un repentino nerviosismo en las tripas. «Jill Hawkins ya no vive aquí, necio. ¿Cuándo vas a entenderlo? Vendió el rancho y se largó», pensó, aunque no le constaba, solo lo suponía. Daba por hecho que la médica vivía en otro estado y que para ese momento estaría casada y con un tremendo empleo.

El camino a The Calvary se le hizo eterno, pero cuando logró llegar al templo bajó a Thor para que el perro hiciera sus necesidades, lo ató bajo un árbol, después de darle agua, y caminó al edificio.

Tan pronto entró se encontró con la esposa de su hermano. Esta vez Emily no cargaba el cubo de trapear, sino que llevaba en brazos a un niño de dos años y exhibía una enorme panza por su próximo alumbramiento. La mujer se giró y le sonrió a su cuñado con cariño. No importaba los cuatro años que llevaba casada con Tim y su fase como madre, se veía estupenda. La verdad era que se habían visto en contadas ocasiones cuando Tim la llevaba a verlo en la cárcel, pero se apreciaban. Se saludaron con un beso en la mejilla.

William le dio un beso a su sobrino en la frente.

—Está enorme —observó el motociclista respecto al niño.

—Crece muy rápido.

—¿Se porta bien?

—Como todo un Taylor —dijo Emily.

Ambos rieron. En ese momento sintieron pasos a sus espaldas. Tan pronto los hermanos se reencontraron se dieron un abrazo largo. Hacía seis meses que no se veían, desde que Tim lo fue a buscar a la penitenciaría de Tennessee a su salida. Esa vez el pastor intentó convencerlo para que regresara a Towner, pero Will se mostró renuente. Le preocupaba que se quedara en Nashville y regresara a su vida anterior. Pero Will no quería regresar a vivir a ese pueblo,

sin embargo, allí estaba, aunque esta vez las circunstancias eran distintas.

—¿Qué pasó con Lena? —preguntó Will cuando Emily se disculpó para dejarlos a solas.

—Tuvo un ataque al corazón fulminante. Los médicos le habían advertido de que si seguía bebiendo... La encontramos en el baño —dijo Tim con la voz quebrantada.

—Qué triste.

—Pienso que la afectó mucho la muerte de su perro Duke. Desde ese tiempo se entregó a la bebida día y noche. Traté de ayudarla, pero fue inútil.

—No te culpes. Lena tenía sus propios demonios.

—Me duele que se haya ido sin salvación.

William posó su brazo sobre los hombros de su hermano para consolarlo.

—Eso solo lo sabe Dios, Tim. —Lo zarandeó por los hombros para hacerlo reaccionar—. No sabemos si en esos últimos minutos le pidió a Dios.

El pastor se limpió el rostro con un pañuelo.

—Debí ser más persistente.

—No es tu culpa, Tim. Hiciste lo que estaba en tus manos. ¿Y Patrick? —Will preguntó por el pastor retirado y mano derecha de Tim para desviar la conversación.

—Está coordinando el servicio funerario. No sé de dónde saca tantas fuerzas ese hombre.

—Ojalá y que cuando tengamos su edad tengamos ese ánimo.

—Ojalá —dijo Tim.

—Veo que no has perdido tiempo con Emily. ¿Cómo va todo?

—Esa mujer me hace muy feliz, Will.

—Se nota que tienes mucho sexo. —El motociclista sonrió con malicia.

Tim le golpeó el hombro para que desistiera del tema.

—Me siento renovado.

—Te felicito —dijo Will.

La mente traicionera del motociclista le trajo la imagen de una mujer rubia, sexy y pertinaz. Su amazona, la mujer que lo hacía desfallecer de deseo. Desistió. No sufriría por una quimera. «La odias, no olvides lo que te hizo», pensó para convencerse.

A esas alturas Jill estaba segura de que William Taylor no retornaría a

Towner, así fuera el sepelio de Lena, su tía. Tal vez ya tendría una relación con una mujer de Nashville o habría retornado al club de motociclistas. Él mismo le había hecho saber en uno de sus encuentros que quizás jamás dejaría esa vida, así que no había nada que temer.

Pese a que en los últimos tiempos había estado algo distanciada de Tim, le tenía mucho aprecio al pastor y a Lena, pues la mujer había acudido a urgencias por un par de caídas y dos recaídas por gastritis. Durante sus visitas a la sala de urgencias Lena siempre se empeñaba en recordarle su amor por Will y solía decirle que ni el tiempo ni la distancia acabarían con aquel sentimiento.

—¿Irás al sepelio? —le preguntó Julie desde la puerta de su habitación.

Jill agradeció la oportuna intervención de su tía.

—Iré para darle el pésame a Tim. No quiero imaginar cómo se sentirá.

—Debe estar devastado. Quería muchísimo a Lena. —Julie se mantuvo en silencio un rato—. ¿Crees que William haya venido?

Jill se tensó frente al espejo del tocador. Esa posibilidad era nula, pero de tan solo pensarlo se le erizó la piel de la nuca.

—No creo que deje Nashville. Tim me hizo saber que no desea regresar a Towner por nada del mundo.

—Es lo mejor. Bueno... Lo digo por el bebé Daniels. Si se entera de que es su hijo puede reclamarte.

—Daniels es mío y de nadie más.

Cuando el niño nació Jill lo inscribió con su apellido. No figuraba un padre en su acta de nacimiento y estaba convencida de que así sería por siempre.

—Espero que todo salga bien —dijo Julie y salió.

La doctora se sentó en la orilla de la cama. Rememoró el momento en que en el dispensario le entregaron la prueba de embarazo de Daniels. A dos semanas del entierro de su tía Mary Annie le comenzó un malestar estomacal y, pese a los remedios, los mareos no la abandonaron, así que a insistencias de Stephanie accedió a la prueba. El diagnóstico era certero, tenía cuatro semanas de embarazo. Imposible, era estéril, pensó en ese momento, pero sacó una cita con su ginecólogo en Minot, de inmediato.

—Se dio el milagro, Jill —le dijo el médico tras una segunda prueba y un ultrasonido que mostró el corazón de Daniels latiendo con fuerza—. Eres un caso raro.

Regresar al rancho para darle la noticia a sus tías le tomó tiempo, pero

Julie y Chelsea hicieron planes para la criatura tan pronto se enteraron. Esa nueva vida las llenó de entusiasmo y les devolvió la alegría.

Daniels nació fuerte y sano. Tan pronto llegó al mundo lloró sin forzarlo, reclamando un espacio en el pecho de su madre. A Jill le costó aceptar que ese niño, que crecía sano y fuerte, lo haría sin la presencia de su padre, pero era lo mejor.

William Taylor jamás debería saber la verdad.

La casa de Tim quedaba en un terreno aldeaño al templo The Calvary. El pastor adquirió el terreno justo antes de casarse con Emily Stuart y mandó a fabricar una estructura modesta que le permitiera disfrutar con su nueva familia. A Will le agradaba el calor de hogar que se respiraba en el recinto. Para él y para Tim nunca hubo un hogar, pues Sunny Hill fue un lugar de castigo y reprensión, así que se alegró por su hermano.

Durante su corta estadía, de dos días, en Towner ocuparía una habitación de huéspedes en la casa de Tim. Al menos Thor disfrutaría del patio, puesto que en Nashville el can estaba encerrado la mayor parte del tiempo en el apartamento de William.

—No te acostumbres demasiado, amigo —le había dicho Will al perro cuando lo dejó recorrer los alrededores.

Acababa de darse una ducha y se afeitaba frente al espejo del baño. Sonrió, pronto cumpliría treinta y seis, aunque era joven y aún conservaba un gran magnetismo para las mujeres, que para esa época intentaba reprimir para evitarse problemas, pero a veces era imposible.

Cuando llegó a los actos fúnebres de su tía se acomodó en el primer banco, frente al féretro. Miró la foto de Lena, sonreía. Definitivamente aquella imagen era de cuando la mujer fue acogida por mejores tiempos. Sin duda, había sufrido mucho. La vida había sido condenadamente injusta con ella, pensó William al rememorar la tragedia que sufrió su familia.

Tim le daba la bienvenida a los que iban llegando. En ese momento, Will se giró hacia la entrada. Hizo acopio de fuerzas cuando vio a Jill Hawkins atravesar la nave central de la iglesia del brazo de un hombre rubio de gran estatura. ¿Qué diablos hacía Jill allí? ¿No se suponía que estuviera en cualquier otra parte, casada y con un mejor trabajo, según él?

Will se arrellanó en su asiento, se acomodó la corbata e intentó sosegar los nervios. «La odias. Esa mujer te quitó la libertad injustamente. No confío en ti», pensó dijo.

Pero de todas formas la tentación y la curiosidad le ganaron y la observó de reojo cuando se acomodó en un banco cercano junto al gigantón rubio. Desistió de mirarla. No se torturaría.

Lo inesperado ocurrió, sus miradas se encontraron y la explosión de sentimientos y recuerdos no se hizo esperar. William se incorporó, se acercó y le extendió la mano con una sonrisa socarrona cuando se le acercó con un porte soberbio.

—Hola, Jill. —Recabaría su lado hipócrita—. Tanto tiempo sin verte.

A Jill se le atoraron las palabras en la garganta. Quiso responder el gesto con rapidez, pero fue incapaz. Al final su mente dominó los sentimientos y logró disimular el nerviosismo que la recorría. ¿Qué hacía William Taylor allí? De nuevo la vida se empeñaba en reencontrarlos.

Así que ese fulano de casi dos metros de estatura, cabellera rubia y carita de niño lindo era la nueva conquista de Jill, pensaba Will en medio del culto con motivo del funeral. Ella lo había presentado como el doctor Leroy simplemente y el individuo hasta le había sonreído a William al estrecharle la mano.

Los miró de reojo y vio a Jill cuchichearle algo en el oído al tipo. Sintió una punzada de celos cuando la vio sonreír. Esa mujer le había pertenecido desde siempre. Era suya. La había amado, conocía sus gestos cuando alcanzaba los orgasmos, tenía tatuado en su mente cada centímetro de su piel, su olor, sus risas, sus lágrimas, sus besos fueron suyos y ahora eran de ese.

Will intentó concentrarse en el sermón. Se arrepintió de haber regresado a ese pueblo que solo le traía sufrimientos. Era masoquista, definitivamente. Se fijo de nuevo y esta vez ella lo sorprendió. Fingió que no la miraba, pero era imposible. Estaba más bella, más mujer. ¿Sus pechos le habían crecido o eran ideas suyas?

—Hermanos, la Palabra de Dios nos enseña que solo con Él tendremos vida eterna —decía Tim en medio del sermón—. Solo nos corresponde seguir a Jesús.

Jill perdió el hilo del mensaje. Había visto que Will la miraba con insistencia, pero ella también había caído en la tentación de contemplarlo. Estaba tan guapo. Esta vez llevaba su rostro rasurado al ras, lo que hacía que se viera mucho más joven y apuesto. Estaba igual de corpulento, aunque para la ocasión utilizaba un traje formal que ocultaba sus tatuajes. Lo prefería en vaqueros y playera. «¿En qué estás pensando?», se cuestionó la médica. Evocó los encuentros más candentes con aquel hombre.

Cuando el servicio acabó se dirigieron al cementerio. Allí hubo una nueva ronda de tortura, aunque esta vez mucho peor, pues Jill y Will quedaron de frente acompañando el ataúd. Will agradecía que las gafas oscuras le permitían admirarla. Aún estaba con el gigante rubio a su lado. Ya tendría tiempo para indagar quién era ese tipo. Will se fijó en que ella llevaba un diamante muy llamativo en el dedo anular. William maldijo en su mente al imaginarla intimar con otro hombre. «No seas idiota. Es una mujer hermosa y tiene pleno derecho a ser feliz y disfrutar del sexo», pensó el motociclista.

—Siento mucho tu pérdida, Will —dijo ella.

El hombre sonrió sin mostrar los dientes.

—Estoy acostumbrado a perder afectos, así que descuida.

Jill sabía que no era el momento de provocar un enfrentamiento con William, por eso se giró para caminar hacia donde la esperaba Leroy. El hombre la abrazó por la cintura, saludó a Will con un gesto de cabeza y la dirigió a su auto. Sí, definitivamente aquel alcornoque era su pareja, pensó William. El hombre que calentaba sus sábanas y disfrutaba con ella hasta el amanecer.

Capítulo Dieciséis

Will acababa de entrar al Bar de Johnny. Para su sorpresa muchas cosas habían cambiado en aquel lugar. Ya no era Travis Sullivan el dueño del local, sino un matrimonio que se había instalado en Towner hacía tres años. De todas formas, se le hizo fácil entablar una charla con el hombre tras pedirle una cerveza.

—Travis fue sorprendido por el amor —dijo Steve, el propietario, con una sonrisa cargada de picardía—. La pelirroja pecosa logró encandilarlo y llevárselo a la ciudad. Ahora viven en Seattle.

El motociclista sonrió. Al menos Travis logró la felicidad, pensó el motociclista con un dejo de envidia.

Will se extendió en la conversación y preguntó por varios residentes del pueblo. Buscaba ganarse la confianza de Steve, quien era un bocajarro sin remedio. Tal vez el hombre tenía información sobre la doctora y no le costaría compartirla. Información que interesaba a Will.

—¿Y la doctora guapa que atendía en el dispensario? —preguntó el motociclista de forma casual—. Era una rubia muy atractiva —fingió para sacarle información al hombre.

—¿Jill Hawkins? —Steve sonrió con malicia y miró en dirección a su mujer para asegurarse de que no escuchaba la conversación—. Es la única guapa en ese lugar. ¡Tiene unos pechos!

El motociclista tuvo que hacer acopio de paciencia para no revelar los celos que se apoderaron de él de forma instantánea.

—Sí, creo que así se llamaba, doctora Hawkins.

—Continúa trabajando en el dispensario —dijo Steve.

Ese dato sorprendió a Will.

—Ahora es la jefa de todo el hospital —añadió el propietario del bar cuando le sirvió otra cerveza a Will—. Tiene un hijo, pero no es del doctor ese que la pretende.

Esta vez Will perdió el aliento.

—¿Un hijo?

—Parece que tuvo una aventura con un mal nacido hace unos años y la dejó embarazada. Ya sabes, esos crápulas que embarazan a las mujeres y luego

se desaparecen.

Jill no podía tener hijos, pensó Will. Ella misma se lo había hecho saber. No la creía capaz de mentir sobre ese tema.

—Una pena —dijo Will para disimular.

Miró su reloj de muñeca. Iban a ser las nueve de la noche. Tal vez era hora de hacer una visita y conocer de primera mano los detalles provistos por Steve.

Jill acababa de acostar a Daniels después de un berrinche de casi quince minutos. El niño reclamaba atención y lo único que consiguió calmarlo fue un baño de agua tibia y el calor de su madre a su lado sobre el colchón. Ahora que estaba dormido la médica podía apreciarlo. Le acarició las cejas evocando esa forma del rostro de su padre. Le besó la mejilla y terminó de cubrirlo con la manta.

Al salir de la habitación se topó con Lucile en el pasillo. La mujer proyectaba un gran aspaviento.

—¿Qué sucede?

—William Taylor está... Está en la puerta, Jill, y procura por ti. Le dije que no podías atenderlo, pero insistió. Ya sabes cómo es. No lo he dejado pasar porque puede descubrir lo de Daniels.

Jill intentó calmar los nervios y bajó las escaleras despacio para ganar tiempo. ¿Qué hacía ese hombre allí? ¿Qué buscaba? ¿Reclamarle por la acusación? Estaba dispuesta a pedirle perdón por ese asunto tan injusto, pero dependería de su actitud. Conociéndolo, reclamaría con gritos e improperios y no estaba dispuesta a dejarse humillar.

Vio a través de los vitrales la sombra del hombre. Contó hasta diez y abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo él con su rostro sonriente.

—¿Qué haces aquí? —Jill no le daría tregua. Si quería guerra, la tendría.

—¿Así recibes a un amigo que hace mucho tiempo no ves?

La doctora procuró un cambio de actitud. Después de todo, debería ser Will quien tuviera una mala manera hacia ella por lo de la acusación, pero no quería que el hombre atravesara el umbral de la casona. El riesgo era demasiado. Los juguetes de Daniels estaban esparcidos por todas partes. Habría preguntas para las cuales Jill no tenía respuestas.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó él con tono seductor mientras la miraba con lujuria y empujaba la puerta.

Apenas estaba cubierta por el pijama.

—Mis tías están adentro y no creo que sea conveniente.

—¿Todavía piensan que soy el asesino de Mary Annie?

Jill cerró los ojos buscando aliviar la tensión del momento. De todos los temas ese era uno que prefería evitar.

—¿Aún lo sigues pensando tú? —preguntó él con cinismo.

—Las autoridades descubrieron al verdadero asesino.

Will sonrió sin mostrar los dientes.

—No creíste en mi inocencia. Era mejor acusarme.

—Fue muy doloroso, Will. Te pido perdón, pero...

—Ese asunto está olvidado, Jill. No te guardo rencor, aunque en un principio estaba muy dolido por tu denuncia.

Mintió, pues la herida estaba latente, pero su propósito de visitar Sunny Hill era mucho más importante. La permanencia de la doctora en Towner, ese novio idiota y la existencia de un hijo lo cambiaba todo. Necesitaba saber qué había pasado durante esos cuatro años en la vida de Jill Hawkins.

—Fui injusta y lo siento, William.

—Te felicito. La casona se ve muy bien —dijo él admirando su alrededor para aliviar un poco la tensión de la conversación—. Me enteré de que la conservaste.

—No quería que mis tías se afectaran. Ya sabes, están muy ancianas.

—¿De verás no me invitarás a pasar? —insistió él y de nuevo puso la mano en la puerta.

—No, Will. Ya te dije. Mis tías...

—¿Qué escondes allá adentro?

—No sé a qué te refieres. —Era imposible que Will supiera de la existencia de Daniels, a menos que Emily Taylor, la esposa de Tim, ya le hubiera dicho.

—A tu hijo.

Jill quedó desarmada. Le costó contestar. Will había descubierto el secreto demasiado pronto, pensó.

—¿De quién es? ¿Del veterinario?

—Ese asunto no es de tu incumbencia, Will.

—Me dijiste que no podías tener hijos. ¿Sabes? Lo hicimos sin protección durante la gira al parque.

En eso, Jill sintió la voz de Chelsea en el interior de la casona.

—Jill ¿qué haces afuera? —preguntó la tía desde el interior—. Ya es muy tarde.

—Entro en un momento, Chelsie. Voy a revisar algo en los corrales.

La médica camino en dirección al granero para desviar la atención de su tía. William la seguía en silencio.

—Sabes que no deberías estar aquí —dijo ella ya en el interior del lugar.

—Nunca me rijo por las normas. Háblame de tu hijo. ¿Qué edad tiene?

—Es un bebé.

El motociclista sonrió.

—Puede ser mío y lo sabes.

—No es tuyo, Will.

Él se le acercó peligrosamente hasta arrinconarla contra una de las paredes. Le acarició la mejilla y luego pasó su mano por el cabello.

—Eres tan hermosa.

—Vete, por favor.

Will se fijó en los pechos, ahora más abultados. No llevaba sostén y la camisa del pijama era incapaz de ocultar los pezones erectos. Sintió una punzada de deseo al imaginarlos en su boca.

—¿Eso quiere de verdad, doctora Hawkins? —Will se acercó más—. ¿Recuerdas cuando lo hicimos en este pajar? Lo mucho que disfrutamos. Hace cuarenta y dos meses que no disfruto de una mujer, Jill.

Ella quiso decirle que era el mismo tiempo que llevaba sin disfrutar de sexo, pero eso sería incitarlo. Había evitado intimar con Leroy, aunque el hombre estaba perdiendo la paciencia ante sus continuas excusas.

—No sé por qué me cuentas eso, William.

—Porque sé que te excita saber que eres con la última mujer que tuve sexo. No hay una sola noche que no te recuerde y anhele estar en tu interior.

A Jill le temblaba todo el cuerpo. Will se acercó aún más. Ahora que vestía un vaquero y una playera ajustada, a la doctora le faltó voluntad para no recrearse con aquel magnífico cuerpo hecho de fibra y músculo. Se fijó en que un enorme bulto sobresalía del vaquero.

—Por favor...

—¿Por favor qué, Jill? Dilo. Di que me necesitas tanto como yo a ti.

—Es un error.

—Nuestra vida está llena de errores. Uno más no hará diferencia —le dijo él a centímetros de sus labios.

Ella cerró los ojos en busca de voluntad y Will aprovechó para comerle el cuello mientras le acariciaba el trasero con lujuria. ¿Se podía odiar y desear en partes iguales? Estaba muy resentido con ella, pero la deseaba como un loco.

Para Jill era delicioso sentir la pasión y el desenfreno del hombre. Su necesidad la excitaba, sentir su furia al besarla y aquella posesión masculina la dominaba.

—¿Quieres que te haga el amor, Jill Hawkins?

Ella lo miró con sus ojos embebidos de deseo. No hubo una respuesta de su parte, pero la doctora se aferró al cuello masculino y lo rodeó con sus piernas. Eso era un sí contundente. William buscó sus pechos, ansioso. Ahora más grandes y generosos, se volvió loco de deseo. Los abandonó cuando vio que la piel comenzaba a enrojecer. No quería hacerle daño a esa preciosa mujer. Fue en ruta de su vientre y llegó al centro de su feminidad. Succionó la fruta de su placer hasta que la mujer gritó por piedad con las piernas temblorosas alrededor de su cuello.

William sonrió satisfecho cuando ella perdió la consciencia para entregarse al goce y al placer. Tan pronto se recuperó, Jill se incorporó. Era su turno de tortura. Se arrodilló frente a él, con parsimonia le quitó el cinturón y le bajó los vaqueros hasta la rodilla. Jugó con su excitación por encima del calzoncillo. Cuando Will, desesperado y ansioso, intentó desenfundar su miembro, Jill no se lo permitió. Quería atormentarlo, hacer que desfalleciera de deseo.

Al final, presa de su propia lujuria, lo libero. Lo lamió despacio hasta que Will la tomó de la melena para guiarla. Era una sensación de dominio tan exquisita que ella tuvo otro orgasmo, momento que Will aprovechó para poseerla. Se revolcaban sobre la paja. A veces era ella quien lo cabalgaba, a veces era él quien la embestía con fuerza, hasta que lograron alcanzar el cielo de los amantes.

Terminaron abrazados y sedientos, pero felices. Después de eso, los eternos amantes se entregaron de nuevo hasta que saciados y vencidos se quedaron dormidos.

—¿De quién es el niño? —William estaba aún desnudo y tendido sobre el pajar.

En cambio, Jill se había incorporado para vestirse. Intentaba disimular el temblor de sus manos, pero era imposible. Estaba de espaldas al hombre para que no viera el rubor de su rostro. Le costó trabajo contestar, pero al final dijo:

—Es adoptado.

William soltó un suspiro triste. Había albergado la esperanza de que ese niño fuera el eslabón que los uniera irremediamente. Un lazo de por vida que confirmaría su amor. Muy en su interior anhelaba la familia que nunca tuvo, formar un hogar y tener un poco de felicidad.

—Debo regresar —dijo ella con voz apagada, pero William se incorporó para tomarla de la barbilla.

—¿Cómo se llama?

Jill intentó zafarse.

—Daniels —le dijo ella sin mirarlo a los ojos.

—Me alegro de que de esa manera hayas logrado ser madre.

Ella bajó la cabeza. Le dolía mentirle, pero le aterraba que Will reclamara su paternidad. Su vida sería un infierno si tuviera que compartir la custodia de Daniels con su padre. Durante los veranos y en las festividades navideñas el niño tendría que irse con Will a Nashville y eso le rompería el corazón a su madre. Era tan pequeño e indefenso. Además, seguramente ese hombre ya había regresado a su vida en esa ciudad. No sabía con certeza si aún era parte del club de motociclistas.

—Gracias por lo que acaba de pasar —dijo él y le dio un corto beso—. Lo necesitaba.

Jill se mantuvo en silencio.

—Antes eras más platicadora.

—No hay temas en común entre tu y yo.

—Lo dudo, pese a todo éramos muy afines.

—Es tarde y mañana trabajo muy temprano.

Will la soltó y Jill abandonó el granero. Necesitaba alcanzar el interior de la casona y derrumbarse para llorar. ¿Por qué el destino se empeñaba con ella de esa forma?

Capítulo Diecisiete

Al día siguiente Will disfrutaba de un succulento desayuno que había preparado su cuñada. Tim, a la cabeza de la mesa, dialogaba con su hermano sobre distintos temas. Emily regresó a la mesa cuando terminó de servir el jugo.

—Anoche me enteré de que Jill tiene un hijo —mencionó William de forma casual cuando disfrutaba de una deliciosa tortilla.

Tim y Emily se miraron entre sí. Un silencio repentino cayó sobre la reunión como si Will hubiese proferido una herejía,

—No me habías dicho nada, Tim —añadió Will.

—Pensé que no te interesaba saber nada de la doctora. En todo este tiempo no habías preguntado por ella. Además, las veces que intenté convencerte de que la dejaras visitarte te mostraste renuente.

—Pero ese hecho era importante. Me dijo que lo adoptó y que es un bebé.

El matrimonio volvió a mirarse entre sí. Will sospechaba que algo no andaba bien con el tema de ese niño.

—Nunca lo he visto —afirmó Tim—. Me enteré de manera casual, pero desconocía ese detalle de que el niño es adoptado.

—Ella lleva al niño al mismo pediatra que llevo a Peter —Emily se refería a su propio hijo.

Tim le torció la mirada a su mujer por su imprudencia.

—Entonces, lo has visto, Emily —dijo Will.

—Sí, es un niño hermoso —La mujer miró a su marido con cierto temor, como si tuviera una verdad atragantada, presta a salir.

—¿Y qué edad tiene? —preguntó el motociclista después de darle un sorbo a su taza de café. Eso le ayudaría a descifrar el misterio.

Emily dudo, miró a Tim y se mantuvo en silencio.

—Creo que deberías olvidarte de ese tema, Will —intervino Tim.

Él sabía muy bien las sospechas de su esposa, pero ambos habían prometido mantenerse al margen de ese asunto.

—¿Qué edad tiene el niño, Emily? —insistió Will, esta vez con voz decidida.

—Al... Algunos tres años —dijo la mujer al final. No podía mentir. Sus

creencias no se lo permitían.

William miró a su hermano mayor con los ojos entornados. Estaba casi seguro de que ese niño era suyo porque de no ser así no se justificaba la actitud evasiva de Jill la noche anterior. Buscaría respuestas. Sabía cómo encontrarlas.

Jill estaba completando unos formularios para cumplir con la vista de la junta inspectora de hospitales a nivel federal. El hecho de que la institución tuviera la visita de los inspectores en dos semanas la tenía muy tensa, pues de ello dependía la operación. Aunque administraba el dispensario como un reloj suizo, siempre existía la posibilidad de que encontraran algún hallazgo negativo que pusiera la operación de la institución en jaque.

“William Taylor estuvo aquí y habló con el bebé Daniels”, acababa de llegar un mensaje de Lucile a su celular.

La doctora apenas podía sostener el aparato cuando releyó el escrito. Dejó los papeles de lado, se quitó la bata y salió en ruta a Sunny Hill enseguida.

—¿Dónde está Daniels? —llamó al rancho desde el interior del auto en marcha.

—Está conmigo —dijo Lucile—. Está bien. No te preocupes. William ya se fue.

—¿Por qué dejaste que Will...?

—Julie le dio entrada y casualmente el niño jugaba en la terraza.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Permiten que un extraño entre a la casa?

—Perdóname, Jill, pero Will no es un extraño para tus tías.

—Quiero que mantengan al niño dentro de la casa y cierren todas las puertas. Si William Taylor regresa a la casa no lo dejen entrar por ningún motivo. —dijo la doctora mientras hacía un viraje en dirección contraria.

—Jill ¿qué vas a hacer?

—Tratar de remediar el error.

Cortó la llamada e impulsada por sus miedos se dirigió a The Calvary con el objetivo de ahuyentar a William Taylor de su hijo, así tuviera que escoltarlo hacia la salida del pueblo.

William estaba hablando con Tim en la oficina administrativa del templo.

Hacía media hora que charlaban sobre los planes de expansión del pastor y sobre el éxito de la operación de la escuela elemental.

Luego pasaron al tema obligado, Jill Hawkins.

—Tiene el mismo lunar que tenemos tú y yo detrás de la oreja —dijo Will mientras caminaba de un lado a otro en el despacho.

Acababa de descubrir que aquel hermoso niño era su hijo y se sentía eufórico. ¿Cómo alguien tan pequeño podía ser casi su propia copia?

Tim no quiso abundar en las sospechas de su hermano, pero sabía perfectamente la marca a la que Will hacía referencia. Su padre también tuvo ese lunar marrón y su hijo, Peter, exhibía esa misma marca en el lóbulo izquierdo.

—Cuando extendí mi mano para saludarlo, el niño frunció el ceño, como hacemos nosotros y se negó a saludarme —añadió Will entre risas—. No sonrió ni un solo momento, Tim. ¿Puedes creerlo? Es un Taylor.

—Debes tomarlo con calma, William. Es mejor que hables con Jill primero.

—¡No quiero hablar con esa mujer! Reclamaré mis derechos como padre.

—No te apresures.

—Exigiré una prueba de paternidad.

—¿No acabas de decir que es un Taylor puro?

—Pero quiero que en la corte no haya dudas.

—¿Irás a la corte? —Tim se levantó de la butaca tras el escritorio—. Piensa bien las cosas.

—No tengo nada qué pensar. Soy un hombre libre y tengo pleno derecho de disfrutar de mi hijo. ¿O es que Jill Hawkins me quiere hacer pagar?

—Desconozco las razones para ocultar el hecho de que eres el padre de ese niño, pero ella tendrá que aclararte su decisión.

—¡No quiero verla!

—Pues te tengo malas noticias, ya no tienes diecinueve años para armar un berrinche de proporciones épicas y salir huyendo. Esta vez ambos deberán comportarse como adultos y procurar el bienestar de ese niño.

En eso, Patrick Emerson tocó a la puerta. El anciano asomó su rostro preocupado.

—La doctora Jill Hawkins está aquí —anunció.

Debía reconocer que Jill era valiente. Irlo a buscar en el peor de sus momentos. No quería verla porque podría actuar con total crueldad contra ella. ¿Cómo fue tan egoísta de ocultarle la existencia de un hijo? ¿Acaso por su pasado? Ese suceso hubiese sido un gran aliciente durante sus días en la cárcel. Una razón poderosa que lo impulsara a ser una mejor persona cuando saliera de allí, pero ella se había guardado el hecho. ¡Mezquina!, pensó. Pero la haría pagar.

Ni mil Jill Hawkins le quitarían el derecho de relacionarse con su hijo.

—¿Crees que puedes comportarte de manera civilizada, Will? —le preguntó Tim antes de dejar la oficina.

El pastor sabía muy bien cómo podía reaccionar su hermano. Will asintió, aunque no estaba seguro de que la ira que lo consumía por dentro no jugara a su favor. De todas formas, le aseguró a su hermano que se comportaría.

—Estaré en el pasillo —dijo Tim—. Si escucho gritos o insultos, voy a intervenir.

Con esa sentencia el pastor abandonó la oficina para permitirle a Jill entrar.

El silencio se apoderó del lugar tan pronto la doctora ganó acceso al interior. Jill mostraba una actitud aprensiva. Tampoco era que subestimara a William Taylor. Reclamaría, pero tampoco estiraría demasiado la cuerda por temor a que se partiera.

Will estaba de espaldas mirando el panorama a través de la única ventana del despacho.

—¿Por qué fuiste a Sunny Hill? —preguntó la doctora.

—¿Por qué dijiste que Daniels es adoptado? ¡Eres una mentirosa!

—¡No te quiero cerca de mi casa! —exigió ella determinada a alejarlo de su vida y sobre todo de Daniels.

El hombre se giró para enfrentarla.

—¿Por cuánto tiempo pensabas ocultarme que ese niño es mi hijo? —William hablaba de forma pausada, conteniendo la ira que lo dominaba.

—¡No es tu hijo! —sostuvo la mujer, aunque sabía que era cuestión de tiempo para que el teatro se viniera abajo.

Will no pudo evitar acercarse para desafiarla.

—¡No soy imbécil, Jill! —gritó él con su vena yugular a punto de estallar por la rabia—. Es mío y lo sabes. ¿Por qué fuiste tan mezquina y me lo ocultaste? ¿Por qué me mentiste y dijiste que eras estéril?

—¡Porque lo era! —gritó ella—. Daniels es un milagro.

Para ese momento a Jill se le escapaban las lágrimas.

—¡No es tu hijo! —aseguró ella en medio del llanto.

—¡Mentirosa! Eso lo veremos en el tribunal.

Ella lo miró perpleja. William no podía hablar en serio. No sometería a Daniels a un proceso tan cruel. Era tan pequeño e indefenso.

—Pediré una prueba de paternidad, solo para que no haya ninguna duda y exigiré mis derechos.

Jill, enceguecida de ira, dolor y miedo, lo empujó al darle en el pecho con sus puños. Era la primera vez que lo agredía de esa forma, pero estaba desesperada, muerta de miedo, aniquilada por el dolor. Will la tomó de las muñecas para contenerla.

—No quiero que le hagas daño —decía ella—. Que se encariñe contigo y luego te marches. No permitiré que lo hagas sufrir y que le rompas el corazón como hiciste conmigo cuando tenía diecisiete años. ¿Entendiste?

Hablaba desde su propia realidad, de las veces que sufrió las ausencias de William.

—Quiero que mi hijo sea feliz —dijo ella.

—Te recuerdo que la última vez me llevaron de forma involuntaria. ¡Tú me acusaste!

Jill se mantuvo en silencio remordida por la culpa.

—Regresarás con ese maldito club y lo abandonarás —recriminó ella—. Amas la calle, la vida de delincuencia, tu sexualidad desenfrenada... Eres un delincuente. Has pasado la mayoría de tus años en la cárcel.

Jill hablaba de un William Taylor que ya había muerto. Él mismo se encargó de enterrarlo cuando dejó la prisión por segunda vez.

—No lo abandonaré —prometió el hombre, desarmado.

Era la primera vez que podía ver la situación desde la perspectiva de Jill.

—¡Mentira! —ella volvió a empujarlo—. Ni tan siquiera pudiste esperar cuatro meses a lo que cumplía mi mayoría de edad para irme contigo. Te marchaste y me abandonaste.

—Quise que te fueras conmigo, pero como siempre, nunca asumes riesgos, Jill. Te gusta el control, la vida segura, ordenada, no te arriesgas más allá de lo conocido.

—¿Para qué? ¿Para acabar como tú? Mis padres tenían razón, hubiese tronchado mi vida.

Will apretó la mandíbula. Jill no tenía la más mínima idea de lo que le

costó esa decisión de huir. No había un maldito día que no se arrepintiera de haberse escapado de Sunny Hill sin ella, pero no era el momento de remover viejas heridas. Se enfocaría en Daniels.

—Te irás tan pronto el niño se encariñe contigo. No quiero eso para mi hijo, Will. Él es un niño feliz y no voy a permitir que le hagas daño.

—Lucharé por mis derechos.

Jill se limpió el rostro con el dorso de la mano y lo miró fijamente para decirle:

—Daniels es mi vida y no voy a dejar que nos destruyas, William Taylor. Esta vez no lo voy a permitir. Ya fue suficiente.

Se dirigió a la puerta en dos zancadas y se marchó.

Dos semanas después Jill se sentía angustiada ante el hecho de que William insistía con el asunto de Daniels. La médica no tuvo otro remedio que prohibirle las visitas a Sunny Hill y evitar contestar sus llamadas. Para ese tiempo su relación con el doctor Arnold Leroy pasaba por una mala racha. Desde que le explicó que el padre del niño había regresado, el veterinario tomó una actitud hostil. Ahora demandaba que pasaran más tiempo juntos y eso a Jill la tenía agobiada. Si las cosas continuaban por ese camino tendría que tomar una decisión radical. No estaba dispuesta a añadirle más tensiones a su vida.

Esa mañana después de dejar a Daniels en el jardín de infantes pasó por la oficina postal. Gran sorpresa se llevó cuando al abrir el apartado se encontró con un sobre en cuya dirección figuraba el Tribunal de Familias de Minot. Lo abrió con manos trémulas.

Era una citación para comparecer ante un juez de familia por la alegación de William Taylor de que era el padre del niño. La médica soltó un suspiro de hastío e intentó disimular los nervios ante las miradas curiosas de todos los presentes.

Definitivamente, tendría que presentarse a la corte. Le aterraba el hecho de someter a su hijo a los rigurosos procesos legales, pero no tenía otra alternativa. Odio a William Taylor más que nunca.

El pequeño huerto de Sunny Hill era el único lugar en el cual Jill podía

experimentar verdadera paz. Ese día, después de visitar el correo para recibir la citación, la doctora se dirigió a atender la siembra de hortalizas. Presentía que el calor del verano la echaría a perder. Una verdadera pena si consideraba el trabajo de meses que le costó.

Se acuclilló frente a la siembra de zanahorias y papas, se acomodó el sombrero de paja que la cubría del sol, soltó un suspiro cansado y tarareó una canción. Buscaba no pensar en la correspondencia que acababa de recibir.

—La doctora ha venido a recrearse. —La voz de Chelsea a sus espaldas la sorprendió.

La médica se giró para observar a su tía. Estaba allí en la esquina en donde se cultivaban los girasoles, vestida con un overol de color azul añil.

—Digamos que no me apetecía trabajar —dijo Jill.

—¿Y eso?

—La visita de Will a Sunny Hill lo desprogramó todo —se quejó la doctora mientras batallaba con la pequeña huerta. Odiaba cuando la hierba mala se quería apoderar del cultivo—. Hoy recibí una citación del tribunal de familia. Will exige una prueba de paternidad y días para compartir con Daniels.

—Sabías que tarde o temprano eso podía suceder. Es el padre del niño.

Chelsea tenía una visión de la vida sencilla y directa.

—No contaba con que regresaría. Tim siempre me hizo ver que Will no tenía la más mínima intención de volver a Towner.

—William Taylor siempre retornará porque esto es lo más parecido a su hogar, aunque odie su vida pasada aquí.

Jill se secó el sudor de la frente con el dorso del brazo. Cuando pensó en pasar un tiempo en huerto no contó con que tendría una conversación con su tía. Siempre que Chelsea tomaba la palabra era lo más parecido a una terapia psicológica. No en balde la mujer había sido una educadora destacada en la escuela primaria de Towner.

—¿Por qué lo dejaron pasar hasta la terraza sabiendo el peligro que representaba para Daniels? —preguntó la doctora al rato.

—Will es parte de Sunny Hill —dijo Chelsea—. ¿O se te olvida que creció en este rancho también?

—Pero estaba Daniels... Debieron protegerlo.

—¿Hasta cuándo creíste que podías ocultarle a un hombre tan taimado como Will la existencia de Daniels? Te diré algo, William será terco, rebelde, renegado, pero es un tipo listo como ningún otro. Cuando fue mi alumno en la

escuela, no había otro mejor para resolver problemas matemáticos. Tiene una lógica innata. Además, Daniels y él son muy parecidos. Lo hubiese descubierto de todas formas.

Jill soltó un suspiro cansado.

—¿No crees que es tiempo de dejar caer las fortalezas, Jill? —le preguntó la anciana de forma reflexiva—. De tender puentes de comunicación por el bien del niño.

—William Taylor se irá de Towner y hará sufrir a Daniels cuando el niño se encariñe. No quiero eso para mi hijo.

—¿Hablas por ti, querida? ¿Acaso no has perdonado el abandono de Will cuando eran jóvenes?

Jill intentó concentrarse en las hortalizas. No quería recordar ese episodio tan amargo.

—No regresó, aunque lo juró —dijo la médica después de un largo silencio.

—¿Y le has preguntado qué pasó, Jill?

—Que era mentira que tuviera intención de regresar por mí cuando cumpliera la mayoría de edad. Lo dijo para que me calmara.

—Opino muy diferente a ti. Creo que sacrificó su amor para que pudieras irte a la universidad y tener una mejor vida. ¿No te das cuenta? William Taylor te ha idealizado desde siempre. Piensa que eres una mujer demasiado especial como para merecerte. Eso no quiere decir que no te ame. Si huyó fue por los malos tratos de Mary Annie. Ya Tim no vivía en el pueblo y no le quedaba nadie en este lugar.

—Pero su padre...

—Lucas Taylor fue el peor padre del mundo. Nunca tuvo amor para sus hijos. —La anciana hizo una pausa como quien medita lo que está a punto de decir—. Creo que es tiempo de que sepas una verdad que tal vez ni el propio Will te ha contado. Una semana antes de venir a Sunny Hill esos chicos encontraron a su madre colgada del closet. No se encontró una nota suicida, pero la gente comentaba que se debía a que la pobre mujer no soportaba los maltratos de Lucas Taylor y sus infidelidades. Te imaginas el trauma de esos dos niños cuando vieron a su madre muerta.

A Jill le escocieron los ojos. Se detuvo al imaginar a Will, de la misma edad de Daniels, viendo aquella escena tan dantesca. Tuvo que hacer acopio de fortaleza para no derrumbarse. ¿Por qué Will nunca le había contado ese episodio tan doloroso?

—Lo peor fue venir a vivir a un lugar en donde su madrastra no se cansó de decirle hasta la saciedad que eran unos recogidos, de humillarlos. Crecieron con mucho odio en su corazón, Jill. Entonces, llega a la adolescencia y se encuentra con esa ilusión contigo.

La doctora soltó las herramientas y se dejó caer de rodillas al piso, derrotada.

—Tu padre jugó una parte importante para que Will no regresara por ti.

Jill se quedó petrificada, las manos le temblaban.

—Se encargó de hacerle ver que él era un bueno para nada. Un obstáculo en tu vida, y Will, joven al fin, se lo creyó. Por eso no regresó por ti.

Chelsea hizo una pausa.

—Este es el momento de recuperar todo el tiempo que han perdido, Jill. Derrumba los miedos que sientes.

La doctora no pudo evitar el llanto.

—La vida es un riesgo, Jill. Vivir es un riesgo, amar es un riesgo. No hay nada que pueda garantizar que las cosas marcharán bien para ustedes, pero tienen que intentarlo por ese amor que se tienen y por ese niño. Creo que es hora, hija, que le hagas saber lo mucho que lo amas. Tal vez después sea tarde.

—¿Quieres que le ruegue? No le pediré que se quede.

—Sí es preciso, sí. El amor no se basa en el orgullo. Tal vez lo que él está esperando es que se lo pidas porque también es orgulloso. Jill, sé sabia y lucha por tu felicidad y la de tu hijo. No dejes pasar esta oportunidad porque tal vez sea la última que la vida te dé para ser feliz junto Will.

Capítulo Dieciocho

Jill lo tenía decidido. Ese día iría en busca de William para decirle que se quedara en Towner, que formaran un hogar, que lo amaba y que quería vivir a su lado por el resto de su vida. Nada podía salir mal, a menos que el hombre no deseara lo mismo que ella.

A la hora de salida de su turno en el dispensario el miedo amenazaba con traicionarla. Tan pronto alcanzó el interior de su auto las dudas sobrevinieron. ¿Y si Will al final le decía que no quería nada serio? Estaba bien un poco de sexo ardiente, pero tal vez no estaba interesado en una relación seria. ¿Y si arrastraba su orgullo y salía lastimada una vez más? ¿Estaría haciendo lo correcto?

Aferró las manos al volante cuando tomó el camino hacia la casa de Tim en los terrenos aledaños a The Calvary. La decisión estaba tomada. Si algo salía mal se arrancaría para siempre la ilusión que tenía con Will y se dedicaría a su hijo y a su trabajo.

En eso sonó el celular. Lo contestó con el sistema de manos libres del auto. Soltó un suspiro de hastío cuando vio el nombre de Leroy. «Mal momento para llamarme», pensó ella, pero decidió contestar, pues sabía que el hombre era demasiado insistente. Además, en los últimos días lo había evitado.

Quizás era la oportunidad de ser sincera y de una vez y por toda quitarle cualquier expectativa.

—Ya no contestas mis llamadas —dijo el hombre con voz jovial.

—He estado muy ocupada con el trabajo. En cuatro días será la visita de la comisión. Aún siento que hay cosas atrasadas en el dispensario.

—Eres muy perfeccionista, Jill. Quieres controlarlo todo.

Le molestaba cuando Leroy le señalaba sus defectos como si él fuera perfecto. Intentó no contestarle con una grosería, aunque se la merecía.

—¿Crees que podemos cenar hoy? —preguntó el hombre—. Puedo llevar algo de comer a Sunny Hill y ver una película.

—Hoy es un mal día, Leroy. Tengo que atender un asunto importante.

—¿Qué asunto?

Tal vez era un buen momento para decirle la verdad, aunque fuera de

manera parcial y acabar de una vez y por toda esa farsa.

—El padre de Daniels...

Hubo un silencio en la línea.

—No me digas que pretendes regresar con ese delincuente.

Jill hizo una mueca.

—Aún no lo decido, pero siempre procuraré el bienestar de Daniels.

—¿Cómo puedes darle la oportunidad a ese tipo, Jill? ¿No dijiste que estuvo en prisión por muchos años? Pretendes que un delincuente sea la figura paterna de Daniels. No entiendo.

—Creo que es momento de finalizar la llamada, Leroy. Prefiero conservar tu amistad.

—Jill...

La doctora cortó la llamada. Ese fue el último impulso que necesitaba para convencerse de que hacía lo correcto. Aceleró el auto para acortar el recorrido y sonrió con satisfacción. Iba en busca de su felicidad y esta vez nada ni nadie se la arrebataría.

William Taylor cortaba el césped de la casa de su hermano cuando vio un auto sedán estacionarse frente a la propiedad. Para él fue una enorme sorpresa que Jill estuviera allí.

Lamentó que estuviera sudado y sin camisa, pero no tuvo tiempo de remediarlo. Al menos esta vez la doctora se veía con un semblante más afable cuando descendió del vehículo. ¿Qué quería? ¿Convencerlo de que no se relacionara con su hijo? Si había ido para eso, perdería el tiempo.

De todas formas, él se le acercó. No pudo evitar encandilarse con el vestido que lucía la médica. Un conjunto ejecutivo que puntualizaba demasiado bien las curvas y los pechos de la mujer. ¿Por qué tenía que ser tan hermosa y deseable?

—¿Qué milagro! —dijo él de forma casual—. La doctora por aquí. ¿Está pérdida?

Jill soltó un suspiro para ganar tiempo.

—Quiero que hablemos, William.

Sabía muy bien que cuando una mujer pronunciaba una frase como esa era mejor hacerse el hombre muerto. Sí, definitivamente quería convencerlo de que renunciara a Daniels. Perdía el tiempo, estaba determinado en

relacionarse con su hijo.

—¿Quieres pasar? —preguntó él—. Tim y Emily están en el templo, pero creo que no les molestará tu visita.

—Prefiero que hablemos aquí —Jill se mantuvo en el balcón de madera que rodeaba la residencia.

—¿Y cómo está Daniels? —le preguntó Will cuando se acomodó en una mecedora cerca de ella—. Me muero de curiosidad eso que vas a decirme.

Jill se arrellanó en la silla para intentar calmar los nervios y las dudas.

—Lo he pensado bien y creo que lo mejor para Daniels es que nos casemos y vivamos juntos.

Will soltó una carcajada.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—No lo hagas más difícil, Will. No sabes lo que me ha costado dar este paso.

El hombre la miró fijamente, con su mandíbula tensa y el entrecejo fruncido. Jill pensaba que para salvar la situación la solución era que vivieran juntos como una familia feliz.

—¿Y qué haremos con el gigante rubio? —Will se refería a doctor Leroy.

—Ya me encargué de eso.

El motociclista se incorporó de su asiento.

—Entre mis planes futuros no está el matrimonio, Jill.

Ella sintió como si le golpearan el estómago. Por un instante se sintió tan perdida que sintió vértigo. Había dejado su corazón al descubierto frente a un hombre que no mostraba ni un mínimo de sentimientos hacia ella.

—Siento si tenías otras expectativas —añadió él—. Mi interés por Daniels no tiene nada que ver contigo.

Jill se acomodó el bolso en el hombro, se levantó y se dirigió al camino que la conducía hasta su auto. También tenía dignidad y no permitiría que él se la pisoteara. Se prometió arrancarlo de su corazón para siempre.

—¡Jill Hawkins!

Ella se detuvo en seco ante el grito estridente del hombre.

—No puedes pretender que te perdone por lo que hiciste. Estoy muy herido.

—¡Vete al diablo, William Taylor!

—Nos veremos en la corte.

La médica se subió al auto y arrancó a toda prisa.

—¡Soy un bruto! El más estúpido de todos los hombres del mundo —se

dijo cuando la vio alejarse por el camino.

Como siempre sucedía, en los momentos difíciles se refugiaba en la oficina del pastor, pues su hermano siempre estaba dispuesto a escucharlo. Esta vez Will estaba sentado en la butaca detrás del escritorio mientras Tim se encargaba de limpiar las repisas.

—No puede pretender que la perdone y seamos una familia feliz —decía William mientras jugaba con un lapicero—. La vida no es siempre justa.

—Debe de amarte mucho para proponerte matrimonio. ¿No te has fijado en cómo la has tratado?

—Se merece lo peor por lo que me hizo.

Tim se giró para observarlo.

—Según tú todos tienen la culpa menos tú, Will. ¿No te das cuenta lo que hizo ella?

—Mandarme a la cárcel y negarme la existencia de mi hijo.

—Te has pasado de necio.

—¿Estás de su parte?

—Veo la realidad, Will. Ella no te envió a la cárcel. Tú tenías una probatoria y cargabas un arma de fuego ilegal. Jugaste con tu libertad y perdiste. Superado ese primer punto, vamos al del niño. Media docena de veces ella intentó que aceptaras sus visitas a la cárcel, pero no, tú te empeñaste en hacerte el fuerte y alejarla.

—No quería que mis compañeros de prisión la miraran y la desearan.

Tim soltó un suspiro de hastío.

—Además, estaba muy dolido con ella. ¿Cómo pudo pensar que asesiné a Mary Annie?

—Porque tenías muchas razones para hacerlo. La odiabas.

—No soy un asesino... Bueno maté a varios hombres, pero esa fue otra época.

—Los errores del pasado siempre serán parte de tu vida, Will. Eso nadie lo puede borrar.

—Habló el pastor.

—Dios lo perdona todo, pero los hombres siempre pasan juicio sobre nuestros actos. El punto es que ella decidió tener al bebé, sola. ¿Sabes? Pudo optar por un aborto, en silencio. Ella mejor que nadie sabe cómo hacerlo. Es

médica. O pudo elegir darlo en adopción. Después de todo ¿quién quiere tener al hijo de un delincuente?

William apretó los dientes. Tim estaba siendo brutalmente franco sobre lo sucedido.

—Fue valiente y lo tuvo. No solo eso, lo protegió de todo y de todos.

—¿Tenía que protegerlo de mí?

—Por supuesto, no estaba segura de que cuando salieras de la cárcel no regresarías a tu vida de criminal. Tenía que protegerlo. Eso hacen las buenas madres.

—Sabes que dejé la calle.

—Pero ella aún no está segura y nunca lo estará si tú no le das esa seguridad, Will.

—No importa, fue una egoísta.

—Entonces ¿no vas a perdonarla?

Will hizo una mueca de dudas.

—Los dos tienen que perdonarse. Lo necesitan porque de lo contrario no serán felices. Esta vez deberías bajar las armas, William. Creo que es hora de que hagas lo correcto y saques todo ese dolor y resentimiento de tu corazón.

El motociclista soltó una sonrisa triste.

—¿Resentimiento? ¿Sabes todo lo que hemos , Tim? Perdimos a mamá de esa manera tan cruel, perdimos nuestra casa, fuimos a vivir con esa bruja... ¿Hay motivos para ser feliz?

—Tal vez no, pero tienes que hallar un motivo, sacar todo ese rencor de tu corazón, perdonar a quienes te hicieron daño y comenzar a vivir, Will. Ahora tienes a Daniels.

—¿Tú has perdonado?

Tim asintió.

—Primero a nuestro padre, a mamá por su decisión y a Mary Annie por sus malos tratos. El perdón es liberador, William.

—No sé si pueda.

—Al menos debes intentarlo.

Capítulo Diecinueve

A William Taylor no le gustaban los cementerios. Encontraba que eran lugares lúgubres solitarios y demasiados silenciosos. Pero de todas formas se adentró al camposanto de Towner, donde descansaban gran parte de los cuerpos de los pobladores del pueblo. Se detuvo en frente a una lápida que leía aquí yace Melanie Taylor, una mujer como pocas.

Dejó un ramo de rosas blancas en un florero y se dispuso a orar. La realidad es que no sabía qué debería decirle a su madre. Ahora le parecía tan lejana que se le hacía difícil el diálogo. Simplemente evocó los pocos recuerdos que tenía de ella. Luego prosiguió por el camposanto en busca de otra lápida.

El encargado del cementerio le había indicado que la tumba estaba ubicada bajo un álamo. Después de varios minutos encontró la cripta en donde descansaba su padre y Mary Annie. Allí estaban las personas que más daño le habían hecho en su vida, pero ese día no estaba allí para reclamarles, sino para lograr la liberación que solo logra el perdón.

Lo había ponderado por varios días hasta que se decidió. Era un paso importante para lograr la felicidad que tanto anhelaba. No podía arrastrar por más tiempo aquellas raíces de amargura que no lo dejaban vivir,

—Los perdono por todo el daño que me hicieron—pronunció Will con su rostro bañado en lágrimas—. Los perdono y me libero de todos los recuerdos amargos.

Tomó un puño de tierra y lo esparció sobre la lápida.

Se incorporó y se encaminó a su camioneta. A cada paso sentía cómo su alma se liberaba y se sentía liviana. Allí había cerrado uno de los capítulos más amargos de su vida.

El primer domingo de visitas supervisadas Will llegó a Sunny Hill a la hora indicada por el tribunal. Tuvo la suerte de que Daniels se mostró responsivo a sus juegos y pudieron recorrer en caballo parte de los terrenos del rancho. Al menos Jill no estuvo vigilante todo el tiempo, sino que los dejó

disfrutar a solas, aunque Will sospechaba que los espiaba desde alguna de las ventanas de la casona.

De todas formas, fue el mejor domingo de su vida. Le encantaba la curiosidad de su hijo, su capacidad de sorprenderse con cosas simples y su interés en aprender. Cuando la tarde comenzó a caer regresaron a la casona, cansados y hambrientos.

—Daniels tiene hambre —dijo William. Todavía cargaba al niño en brazos.

Jill tomó al niño. En todo ese tiempo le había dirigido la palabra a Will para lo necesario. Todavía estaba resentida.

—Quiero que hablemos —dijo William.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo ella.

—Tenemos un hijo que nos unirá para siempre. ¿Te parece poco?

Jill llamó a Lucile para que se llevara a Daniels. William le besó la frente a su hijo y le prometió visitarlo durante la semana.

—No debes prometer lo que no vas a cumplir —dijo Jill cuando Lucile desapareció en el interior de la casa junto a Daniels—. El juez...

—Me importa un comino lo que haya dictaminado el juez. Daniels es mi hijo y lo veré cuando quiera.

—¿Siempre tienes que salirte con la tuya?

—No siempre. Hay cosas que aún no logro —dijo él y la observó con lujuria.

—¿De qué quieres hablar?

—Necesito un poco de intimidad para hablar. ¿Podemos ir a la biblioteca?

Jill titubeó, pero al final le dio acceso. William soltó un suspiro cuando ella cerró la puerta.

—No sé por donde empezar —admitió el hombre—. Soy muy malo para estas cosas.

—Si lo que quieres decirme es que te vas, no tienes que hacerte problemas. Estoy preparada y creo que Daniels lo superará. Ha demostrado que es un niño fuerte —Jill se detuvo frente a una de las ventanas para fijarse en los verdes prados de Sunny Hill—. Te puedo entender. No es necesario ni excusas ni explicaciones. Eres un alma libre. No te comprometes con nada. Así que no te sientas culpable. Daniels siempre será tu hijo y...

Ella se detuvo cuando sintió las manos de William en su cintura. Su aliento en la nuca era una tortura.

—Sabes que no soy un romántico cursi. Me considero un hombre muy

práctico y básico en las relaciones, pero quiero que sepas que eres la mujer de mi vida, Jill Hawkins. Soy un idiota y un bruto. He estropeado todo por mi orgullo y terquedad. Me comporté como un necio cuando fuiste a casa de Tim, pero buscaba herirte porque me sentía traicionado. Quiero que me perdones. Estoy loco por ti, pero me aterra la idea de tener un hogar. Un hogar que nunca he tenido, que no sé si podré tener.

Will la giró para mirarla a los ojos.

—Sí, William Taylor, eres un bruto y un necio.

—No te haré sufrir nunca más. Te lo juro y si fallo en eso puedes darme en la cabeza.

Él la abrazó para después besarla.

—Quiero que te cases conmigo —dijo el hombre.

—Will...

De todo, lo menos que se esperaba era aquella petición junto a un anillo y el hombre de rodilla ante ella. El hombre no esperó respuesta, le colocó el anillo en el dedo anular.

—No te he dicho que sí aún —dijo ella con una enorme sonrisa.

—Tengo otras estrategias para que diga que sí, doctora.

La osadía del hombre no reconocía límites. Le acarició la entrepierna de inmediato y Jill cedió. Era tan fácil dejarse amar por él. Cuando ese hombre la tocaba la reducía.

—Te amo, William Taylor, pese a que eres el hombre más necio que conozco —le dijo ella cuando el hombre se incorporó para besarla—. ¿Y si me niego a ese matrimonio?

—Te obligaría.

—¿Cómo?

—Tengo mis métodos. —Will volvió a besarla—. Quiero estar dentro de ti, nena.

—Tienes poca fuerza de voluntad, William.

—Cuando se trata de ti tengo cero voluntad y lo sabes.

Will se afanó en darle placer con la boca cuando se colocó debajo de su vestido. Jill cerró los ojos para entregarse al goce y al placer.

—Sí acepto casarme contigo y vivir junto a ti el resto de nuestros días.

—La amo mucho, doctora.

—No me dejes nunca, William Taylor —dijo ella.

—No podría vivir sin ti, Jill Hawkins.

Epílogo

Un año después...

La efervescencia del pueblo durante la celebración del cuatro de julio de ese año era única. Will y Jill acababan de dejar a Daniels en casa de Tim, pues el pastor y su esposa habían disfrutado de la verbena durante el día. Además, el niño se había portado de forma impecable durante la semana para disfrutar del fin de semana con su primo Peter.

—Esta noche somos solteros —le dijo Will a Jill en el oído con una sonrisa traviesa.

Lo vio alejarse entre la multitud para saludar a los miembros de su club de motociclistas. Hacía seis meses Will había conformado un grupo cuyos intereses eran correr motos los fines de semana, beberse un par de cervezas en un bar de carretera y regresar con sus familias tan pronto el sol cayera. De esa forma no perdió su afición a las motos. Aunque como dueño de un próspero taller de mecánica el tiempo lo tenía bastante limitado.

Por su parte, la médica se dedicaba a atender pacientes desde un consultorio privado que había abierto en el pueblo, lo que le permitía mayor tiempo para atender a Daniels. Hacía unos meses que habían adquirido una casa a las afueras del pueblo, pero pese a eso Jill visitaba a diario a sus tías en Sunny Hill. Agradecía que aún Lucile se mantenía a su cuidado.

Will regresó con una sonrisa traviesa, la tomó de la mano y a cinco minutos para que dieran las doce la llevó hasta el tejado de la casona Fernsby, desde donde observarían los fuegos artificiales y harían el amor.

—Hoy concebiremos a nuestro segundo hijo, cariño —dijo Will mientras la desnudaba—. Será una niña y se llamará Alicia.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé. Como también se que te amo más que a mi vida, Jill Hawkins.

Ella sonrió y se dejó amar. Tal y como dijo William Taylor, esa noche concibieron una niña.

El amor hay que disfrutarlo sin miedo a los riesgos porque el amor en sí mismo es el mayor de los riesgos.

—Fin—

Saludos, queridos lectores:

Gracias por darme la oportunidad de presentarles la historia de William y Jill. Esta historia la he disfrutado muchísimo porque me lleno de muchas emociones positivas con la transformación de los personajes, pues mi interés era llevar el mensaje de que la redención es posible.

Si les place, me gustaría que dejaran su comentario en Amazon porque me ayuda a mejorar y a reforzar lo que les ha gustado. Los comentarios de nuestros lectores son una extraordinaria forma de apoyar a los escritores.

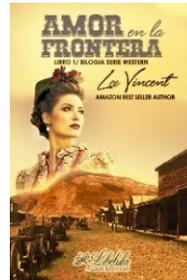
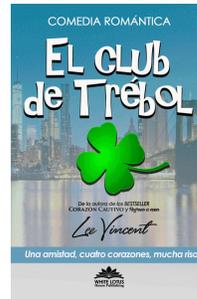
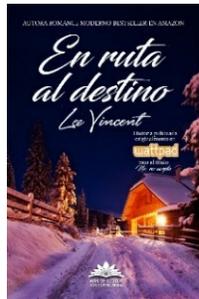
De otra parte, si les ha gustado la obra, compartan su experiencia con otros y ánimenlos a adquirirla. También eso nos ayuda para que otras personas nos conozcan.

No quiero despedirme sin decirles que estos pasados meses los he dedicado a hacer de esta novela una buena historia, cuyo último fin era que se divirtieran. Y con honestidad, espero haberlo logrado.

Gracias por dejarme entrar en su imaginación. Hasta la próxima historia, que será muy pronto.

Lee Vincent

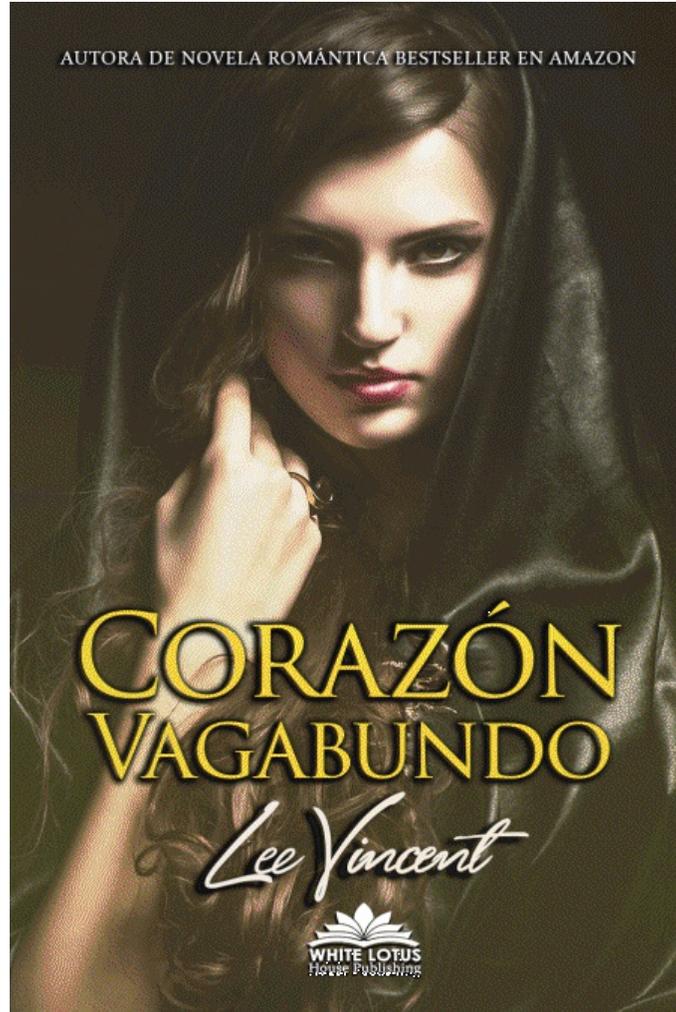
Otras novelas de Lee Vincent



Todas estas novelas las puedes adquirir en todas las plataformas de Amazon, tanto de forma digital como en libro impreso.

Lo próximo

Esta primavera la pasión arderá una vez más





Biografía de la autora

LEE VINCENT es una escritora independiente que desde muy temprana edad se hizo aficionada a la novela romántica, relatos autobiográficos y del género de la ficción. Estudió relaciones públicas y publicidad, lo que le ha permitido desarrollar su pasión por la escritura de novelas y relatos cortos. Actualmente cursa una maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón en San Juan de Puerto Rico.

Cabe destacar que la autora creó su propio sello editorial con el nombre White Lotus House Publishing, bajo el cual publicó su primera novela Corazón Cautivo (febrero, 2016), obra que en sus primeros 30 días de lanzamiento logró colocarse #1 en ventas en Amazon en las categorías Romance, Contemporáneo y Suspense.

Entre sus otras historias se encuentran Corazón Cautivo (febrero 2016), Regreso a casa (agosto, 2016), El club de Trébol (comedia romántica, octubre 2016), Amor en la Frontera (primera entrega de la serie Western- febrero 2017), En ruta al destino (junio 2017), Manual de Seducción (agosto 2017), Tú, mi mejor regalo (diciembre 2017) y Amor en la Frontera (segunda entrega de la serie Western- abril 2018)

En la actualidad vive con su esposo, sus dos perros y su gata en un pueblo del noreste en su natal Puerto Rico.

CONTACTO DE LA AUTORA:

Email: leevincentauthor@gmail.com

Twitter: [@AutoraVincent](https://twitter.com/AutoraVincent)

Facebook; Lee Vincent (Escritora)

“Para mí es muy importante saber de ti, querido lector.
Por eso, no dejes de contactarme”— Lee Vincent